



recuerdos congelados

jose m. juliá

Recuerdos congelados
Jose M. Juliá



safe creative

1904180696468

INFO ABOUT RIGHTS

La chica del campo de nieve apareció de entre las nieblas del tiempo
vivió en hojas de papel arrugado, en ficheros word olvidados en viejos discos
ideas inconexas dadas por perdidas
y de pronto renació gracias exclusivamente a ella y a su energía vital
que derrite la nieve cada mañana desde la página en blanco

Capítulo 1

Abrió los ojos y vio unas vigas de madera sobre ella. Las vigas sostenían un techo de madera y a la mujer, a primera vista, le pareció una construcción muy sólida y muy bien pensada. La manera en que unas vigas encajaban con otras sugería robustez, fuerza. Sí: le dio calma mirar las vigas. Al cabo de un momento la mujer se dio cuenta de que no sabía dónde estaba. Más preocupante incluso era que tampoco sabía cómo se llamaba.

Se incorporó en la cama y miró a su alrededor. Estaba en un dormitorio desconocido de una casa desconocida, cuyas paredes eran de madera y cuyas vigas también lo eran. Una luz tenue entraba a través de los cortinajes de la única ventana, y la mujer se levantó de la cama, descalza, para mirar afuera.

Nieve. Una extensión de nieve hasta donde alcanzaba la vista, con árboles dispersos aquí y allá. Y entonces fue cuando la mujer comenzó a sentir ansiedad. ¿Qué era aquel lugar? ¿Cómo había llegado allí? ¿Por qué estaba descalza? ¿Por qué vestía camiseta y vaqueros para dormir? ¿Por qué le dolía tanto la cabeza? Tantas preguntas comenzaron a apelotonarse en su cabeza como un alud de nieve, y comenzó a sentir dificultad para respirar.

—Esto no puede ser —se dijo—. Calma, calma. Cierra los ojos y recordarás.

Se sentó en la cama y cerró los ojos. No recordó nada. Volvió a abrirlos pasados unos minutos, la luz de la ventana seguía igual. Se examinó los dedos de las manos. Le parecían familiares, como a cualquiera que se mire los dedos de sus propias manos, pero algo no encajaba. No sabía que era.

Decidió examinar toda la habitación para encontrar alguna pista de lo que le podía estar pasando. Para empezar, se miró al espejo. Sí, era ella, sin duda. Se reconoció al instante, si es que eso significa algo útil. Pero no pudo asociar ningún nombre a esa imagen familiar. Trató de ahondar en sus recuerdos, extraer algo que le sugiriera aquella cara con expresión angustiada, aquella mujer que la miraba desde el espejo, de largo pelo oscuro, ojos negros y piel pálida.

—¿Quién demonios eres...?

El resto de la habitación consistía de una silla, una mesa junto al espejo,

un armario lleno de ropa extrañamente colorista, un equipo de música. Estaba encendido, con un CD dentro, y decidió pulsar el *Play* para ver si aquello le daba alguna pista. Una atronadora canción de *death metal* la sobresaltó. Pero qué narices era aquello, pensó apagando el equipo al instante. Aquella música no le gustaba nada, ¿eso significaba que estaba en una casa ajena? Tenía que ser así, ella nunca se habría comprado aquel CD. Entonces, ¿dónde estaba?

Caminó en torno a la cama, observando cada detalle. Se dio cuenta, mientras lo hacía, de que le dolía todo el cuerpo. ¿Qué había ocurrido? La angustia de no recordar nada le hizo imaginar escenarios horribles durante unos instantes. ¿Le habrían dado una paliza... o algo peor? Nada venía a su memoria por más que se esforzaba, y sintió miedo de nuevo.

Entonces se fijó de nuevo en la silla llena de ropa: unos pantalones vaqueros, una chaqueta de lana, un abrigo de nieve. Parecían de su talla, y dedicó unos momentos a hurgar cuidadosamente en los bolsillos en busca de alguna identificación, una tarjeta de crédito, lo que fuera. Necesitaba un nombre, una foto, una dirección. Algo que despertase su cerebro entumecido. Pero aparte de algún paquete de pañuelos de papel, nada había allí que la pudiera ayudar.

¿Sería buena idea salir a investigar? ¿Habría alguien más en aquella casa?

Como en respuesta a su pregunta, unos pasos sonaron al otro lado de la puerta de madera. Lentos, pausados... y la mujer se preguntó si no acababa de firmar su sentencia de muerte, poniendo la música alta y haciendo ruidos. Como en esas películas donde un loco mantiene secuestrada a una chica para... Un escalofrío la recorrió al ver que alguien giraba el picaporte de la puerta, y buscó un sitio para poder esconderse, pero ya no había tiempo.

—*Olet hereillä!* —dijo la sonriente señora que entró al dormitorio, mirándola con alegría. La mujer con amnesia sintió alivio y sorpresa; alivio porque no era un tipo con un cuchillo, sino una figura maternal, con trenzas en el pelo y un delantal sobre su oronda barriga; sorpresa porque se dio cuenta de que la señora hablaba finlandés, y de que ella podía entenderlo sin ningún problema.

—Sí, ya he despertado —contestó en su mismo idioma, encogiéndose de hombros.

Capítulo 2

—Estábamos muy preocupados por ti —decía la buena mujer, que se llamaba Helena, mientras preparaba la cena—. Te encontré mi hijo en la carretera, sentada en tu coche, desmayada, medio volcada en la cuneta. Debiste resbalar con tanto hielo... con sangre en el pelo y todo, un horror, ¡menos mal que al final no era nada!

—No me acuerdo demasiado, la verdad —decía la desconocida, sentada a la mesa de la cocina. El olor del guiso la reconfortaba, pero aún no entendía qué ocurría. Decidió ser sincera—. Mire, señora, en realidad no me acuerdo de nada. No sé qué hago aquí, no sé qué es este lugar... no sé por qué conducía ese coche... y eso me pone bastante nerviosa. Estoy casi mareada, de hecho.

—Oh, mi niña...—la mujer dejó de remover el guiso—. El golpe ha debido de ser gordo... no te preocupes de nada. Aquí estás a salvo. Anni te dará todo lo que necesites. Es mi hija, es su habitación en la que estabas durmiendo... mi otro hijo, el que te trajo, está cortando leña ahora mismo. En un momento vendrá y nos echará una mano. Él te llevará al pueblo mañana, cuando hayas descansado y se te haya pasado ese malestar...

—Qué... ¿qué pueblo?

—Tervola. Está a una media hora de aquí: me temo que estamos un poco apartados de todas partes, pero tranquila, no te agobies: allí te ayudarán, hay un pequeño consultorio de salud. Ahora sólo piensa en descansar.

—Disculpe, pero no voy a poder descansar hasta no saber algo más. Para empezar... ¿esto es Finlandia? Sé que lo es, sé qué idioma habla usted, suomi, y... por algún motivo también lo entiendo, aparte del español, por lo que imagino que debo ser de allí.

—Claro que es Finlandia. ¿Te das cuenta? Ya sabes algo.

—No, no sé nada —observó el paño bordado que cubría la mesa de la cocina, como si significara algo—, sólo sé que estoy muy lejos de casa. Y no tengo ni idea de por qué. Sólo sé que sé finlandés y que eso debe significar que estoy aquí de turismo, o por trabajo...

—Fíjate —rió la buena señora—, sólo con eso ya has conseguido

averiguar alguna cosa más; es cuestión de tiempo hasta que logres... ¡Oh! Aquí llegan mis hijos.

La muchacha se volvió con incertidumbre hacia la puerta, que se abrió dejando paso a un hombre alto, de unos treinta y tantos años, con barba, vestido con un espeso abrigo y un gorro de colores, y a una muchacha veinteañera, vestida de igual manera, pero con una enorme carpeta bajo el brazo, como las que usan los diseñadores. Iban cubiertos de nieve, y una oleada de viento helado entró con ellos durante un instante.

—Fíjate lo que ha traído la ventisca —dijo divertido el hombre a su madre, señalando a su hermana—. Me la he encontrado cuando estaba terminando de... ¡oh!

Sus ojos se habían encontrado con los de la desconocida sentada a la mesa, y se la quedó mirando unos instantes sin decir nada. ¿La mujer del coche? Bella y misteriosa, con grandes ojos oscuros y mirada de preocupación... y vistiendo la camiseta de pijama de su hermana. Claro, cuando la trajo horas atrás estaba inconsciente y herida; la había dejado en manos de su hermana y de su madre, inseguro de qué hacer. Pero en aquel momento, con el susto, ni había reparado en lo atractiva que era.

Y ahora ni sabía qué decirle.

—¡Oh, qué alivio, ya estás mejor! —exclamó Anni, anticipándose a su hermano, y corriendo a mirar de cerca a la desconocida—. ¿Has descansado bien? ¿Te duele algo? ¿Quieres comer? Mamá, ¿le queda mucho al guiso?

—Yo... —la muchacha miraba aturdida alternativamente a la joven finlandesa y al hombre de la puerta, que seguía mirándola sin abrir la boca—. Estoy mejor, gracias... creo que tú debes de ser...

—¡Anni! Encantada —dijo quitándose el gorro y soltándolo sobre una silla—. Y tú te llamas...

—Pues...

Miradas sorprendidas de los demás. Sólo la madre se atrevió a romper aquel silencio incómodo.

—Hija, resulta que se ha despertado y no recuerda nada.

—¿Nada?

—Ni cómo se llama.

—¿No tiene documentos encima? —preguntó Anni.

La mujer desconocida se encogió de hombros, palpándose los bolsillos de su pijama prestado.

—Ya revisé mi ropa en la habitación —explicó—. Me temo que estoy tan en blanco como vosotros.

—Yo... lo siento, debí haber registrado el coche antes de traerte —se excusó el hombre—. Pero pensé que lo primero era ver si estabas bien. Y ahora, con tanta nieve, no sé si sabré encontrarlo otra vez... ¡qué idiota!

—Oye, no, te lo agradezco mucho —dijo la aturdida mujer—, creo que hiciste lo mejor. Quién sabe qué me habría pasado de no haber pasado tú por ahí.

—Claro que sí, hijo. Ya habrá tiempo para eso.

—Pero... mirad, yo no quiero molestaros ni ser un estorbo para vosotros... —continuó la desconocida—, y estaba pensando que, si me podéis hacer el favor de acercarme a alguna ciudad grande, quizás pueda ir a la embajada y allí me echarán una mano, supongo... ¡Ay!

—Aún te duele la cabeza, hija —apuntó Helena—, necesitas que te vea un médico primero. Jakke, ¿puedes llevarla?

El hombre, que se había quitado el abrigo, mostrando la gruesa camisa de leñador que vestía, llena de remiendos, negó con la cabeza.

—¿No has mirado por la ventana? —replicó—. ¿Ni has visto la información del tiempo en la tele? Viene una ventisca de las complicadas. Por eso he estado acumulando leña. Ya no se puede estar fuera, y no quisiera conducir si no es absolutamente imprescindible.

—Pero esta chica... —insistió la madre—, tiene que verla un médico...

—Puede quedarse aquí un par de días —interrumpió Anni sonriente, mientras se quitaba también el grueso abrigo—. Ya lo habéis oído: con esa ventisca no se puede ir a ningún sitio. Y aquí hay sitio de sobra; yo puedo dormir en el salón sin problema.

—Es que no quisiera...

—Te cuidaré bien —intervino el leñador, y al instante enrojeció, tímido—. Es decir, te *cuidaremos*.

La mujer tuvo que sonreír y al fin aceptó, agradecida. ¿Qué iba a hacer? Parecía una gente bastante amable y ya no tenía miedo de que fueran a acuchillarla. Y en cuanto al chico, bueno, era bastante guapo, y... reconoció para sus adentros que eso también había influido.

Capítulo 3

Lumikenttä estaba sentada en un banco de madera, entre los árboles del jardín nevado. El sol lucía hermoso, y sintió el calor de éste en su rostro. Sintió felicidad por estar viva y disfrutando de aquel momento. Podía haber sido peor, mucho peor. El aire era puro, el viento suave y fresco agitaba su flequillo y ella sonreía. Olvidar sus problemas por un rato le hizo mucho bien.

Escuchó los pasos de Anni a su espalda, saliendo de la casa, y notó el tacto de su manopla posándose sobre su hombro.

—Qué bien te veo —dijo la chica, sonriente.

—Gracias —respondió Lumikenttä, mirándola con gratitud—. Te vas a reír, pero desde que tu hermano me dio este nombre “provisional”, me siento como más completa. Con más ánimo, como volviendo a arrancar mi vida. No recordar tu nombre es una mierda, y te impide situarte en el mundo. Es como que te falta la base, el suelo para caminar.

—Es sólo un préstamo hasta que recuperes la memoria, “campo de nieve” —dijo la joven, riendo.

—Tengo que darle las gracias por el nombre: es muy apropiado estando aquí. Me hace sentir que tengo un futuro. Es muy agradable tu hermano, de verdad.

Y mientras decía aquello, volvió a sentir aquella sensación en su interior, de pequeños nervios y agradables tensiones dentro de su carne. Sonrió sin que Anni la viera. ¿Qué le estaba pasando? Sólo conocía a Jakke desde hacía una semana, pero cada vez que pensaba en él, o hablaba de él con su hermana o su madre, se le aceleraba el pulso. ¿Eso era normal en ella? Quién sabe. Quizás nunca lo sabría. De cualquier modo, sintió ganas de estar sola, en una gran bañera llena de agua tibia, lejos de todos... y cerró los ojos pensando en el guapo leñador. Los abrió al instante, escandalizada de los primeros pensamientos que se le ocurrían. Tranquila, chica. ¿De qué vas?

Eran pequeñas cosas, pero le pasaban a menudo desde que estaba en aquella casa. Estaba, por ejemplo, al lado de Jakke, que quizás volvía de dar de comer a los animales; y al ver cómo se quitaba los guantes ella sentía el imperioso deseo de sentir uno o dos de sus dedos dentro de su boca. O quizás

él se sentaba a ver la televisión por la noche, en pijama, y ella reflexionaba cómo sería mordisquearle el cuello hasta hacerle moretones. ¿Qué le estaba pasando?

Respiró hondo y se concentró en hablar otra vez con la joven finlandesa, de lo que fuera menos de su hermano.

—¿Cómo va lo de la carretera? —preguntó.

—Bastante complicado —dijo Anni sentándose a su lado—. Hemos llamado por teléfono y las quitanieves están atareadas en otras partes de la comarca. La última semana ha sido terrible, incluso para Laponia. Me temo que, como no uses esquís, no vas a poder ir a ninguna parte. De esa manera podrías acercarte al pueblo, pero te llevaría toda la mañana. No sé si...

—No hay prisa —respondió ella—. Aquí me siento como de vacaciones. En serio: no sé cómo puedo agradeceros lo que estáis haciendo por mí...

—Ya se nos ocurrirá. ¡Mira! Tenemos compañía. Un ratoncito de la nieve que se acerca a ver si le damos de comer. Hay muchos por esta parte del bosque. Deja que vaya a ver si tenemos zanahorias en la cocina...

El pequeño bichito peludo daba saltitos entre la nieve acercándose a donde ellas estaban.

—No es un ratón —comentó Lumikenttä—, es una musaraña de Laxan. ¡No son fáciles de ver! Tráele mejor...

Los ojos asombrados de Anni se cruzaron entonces con los suyos.

—Joder —susurró—, ¿y eso?

La española se encogió de hombros.

—Ya ves. Me ha salido, sin más. Mi cabeza es ahora mismo un trastero lleno de informaciones inútiles.

—¡Nada de inútiles! —exclamó Anni, entusiasmada—. ¿No te das cuenta? Esto nos da una pista para averiguar quién eres en realidad. Mira: llevo toda mi vida viviendo entre estos bosques y no tenía ni idea de que ese bichejo se llamaba así. Así que ya tenemos, con toda seguridad, un dato más sobre ti: eres bióloga o zoóloga o algo así. ¿Te trae eso algún recuerdo?

Ella volvió a mirar a la pequeña musaraña que, ya sin interés por las dos humanas, se volvía dando saltitos hacia los árboles cercanos en busca de semillas. Era un punto de partida interesante, admitió para sus adentros. Dejó vagar su vista alrededor y se dio cuenta de que reconocía muchos detalles y particularidades de los árboles y de las aves que pasaban volando bajo, entre ellas y su casa.

“¿Quién soy?”, se preguntó una vez más.

Al menos ya no sentía ganas de darse puñetazos en la cabeza, como le había ocurrido alguna vez durante los últimos días. Se culpaba a sí misma, y en repetidas ocasiones se encontró llamándose estúpida, mirándose en el espejo, por ser incapaz de hacer algo tan sencillo como recordar su vida. “¡Si lo puede hacer todo el mundo!” se decía, y acababa tumbada en la cama llena de frustración. No podía encontrar ni una sola explicación para lo que estaba pasando, y entonces cometió el peor error posible: buscar en internet.

Le pidió permiso a Anni para usar su ordenador, y durante una tarde entera estuvo buscando razones médicas para lo que le ocurría. Leyó todo lo que encontró sobre accidentes vasculares dentro del cerebro, traumas espantosos, patologías variadas, y casi tuvo un ataque de ansiedad antes de que Anni le quitara el ordenador de las manos, casi a la fuerza, y la llevara abajo a ver la televisión. Aun así, le costó horas quitarse esas imágenes de la cabeza.

—Nunca busques en internet nada sobre síntomas médicos —le advirtió su anfitriona—. Una vez me picaba un ojo tras estar varias horas jugando a la consola, y después de buscar un par de webs acabé mirándome en el espejo del baño, convencida de tener parásitos anidando dentro.

La chica sin memoria sonrió al recordar las carcajadas que se habían echado las dos. Sí, se dijo, era mucho mejor pasear y mirar aquellos preciosos paisajes helados, aunque el tiempo todavía no era del todo apacible. Sintió un poco de viento frío en su rostro, y Anni debió sentirlo también, porque le propuso volver a casa a descansar. Se levantaron y comenzaron el camino de regreso haciendo crujir la nieve con sus botas. Lumikenttä vio al lado de la casa a Jakke, paleando nieve a la entrada de su pequeño garaje, y suspiró.

De nuevo le dieron ganas de darse ese baño caliente...

Capítulo 4

El agua templada alrededor de su cuerpo era como un acogedor abrazo, y Lumikenttä sonrió, con los ojos cerrados. El pequeño baño de la planta de arriba estaba preparado para ella, con albornoz y toallas apiladas en un montoncito. Aquella familia de verdad se preocupaba por ella, se dijo hundiéndose hasta la barbilla en la bañera llena de agua y espuma.

Antes de meterse en el agua, había contemplado con curiosidad su cuerpo desnudo ante el espejo. Cualquier cosa podría ser una pista más para averiguar cosas, un tatuaje, una cicatriz antigua, quién sabe. Aparte de algún lunar, nada había en su piel que pudiera hacerle disparar algún resorte oculto de su memoria. Su piel era pálida y suave, y se preguntó qué otras personas la habrían visto y tocado, aparte de ella misma.

Así que trató de relajarse. El baño tenía las paredes decoradas con pequeños cuadros y ramilletes de flores secas, y era muy agradable estar allí; el agua estaba en su punto, bastante caliente para contrastar con el viento desapacible que comenzaba a soplar afuera. Las sales de baño que había esparcido mientras llenaba la bañera producían un olor floral delicioso, e hicieron que el agua tuviera una textura diferente sobre su piel. Se acarició los brazos con las manos y disfrutó de las sensaciones de calma y paz. También fue consciente del roce de la piel de sus muslos entre sí al acomodarse dentro de la bañera, y algo se estremeció dentro de ella. Sin haberlo planeado, volvió a su mente la imagen de Jakke...

Respiró hondo una vez más y dejó que sus manos se sumergieran bajo el agua, acariciándose el ombligo y las caderas. “Ojalá fueran las de él” pensó. Sus dedos recorriendo su piel despertaron en ella sentimientos y sensaciones de un pasado que no reconocía, pero que en aquel momento le daba igual. Su corazón acelerado, su imaginación desbocada, algo había ahí que le impedía estarse quieta. Su mano derecha fue, como si tuviera vida propia, a enterrarse entre sus muslos, cerca de su sexo, y las oleadas de sensaciones que la recorrieron al hacerlo le hicieron soltar un gemido sin querer.

Se detuvo, preocupada de que la hubiera oído alguien. Pero la puerta estaba cerrada, y el único sonido era el del zumbido del agua pasando por las

tuberías de la calefacción. Entonces deseó más, cerró los ojos y entreabrió sus muslos un poco, para dejar más espacio a su mano y a sus dedos... impacientes por explorar su nuevo territorio.

Pero no era del todo nuevo, por supuesto. Las yemas de sus dedos se dirigieron sin dudarlo a los lugares precisos, a los puntos concretos que Lumikenttä, en algún punto del pasado lejano, había descubierto sin duda tras horas de laborioso trabajo. Dobló sus dos dedos más hábiles en el ángulo que su instinto más primario le aconsejó, y su respiración se volvió súbitamente entrecortada al sentir la descarga eléctrica resultante. Toda la piel de su cuerpo era ahora un amplificador de sensaciones, y cualquier roce o movimiento aquí o allá, por ejemplo, la presión de su brazo derecho contra su seno al cambiar de postura, se convertía ahora en una tensión que se acumulaba, más y más, y que sólo podía descargarse de una manera. Y ella sabía bien cómo.

La mujer sin memoria sonrió y se mordió el labio inferior cuando las sensaciones comenzaron a ser demasiado intensas...

Jakke subió las escaleras para quitarse la ropa mojada de la nieve. Caminó por el pasillo, escuchando crujir el suelo de madera bajo sus botas. Entonces vio la puerta del baño cerrada a su lado, y pensando un segundo, se dio cuenta de quién estaba dentro. Sonrió, recordando a aquella preciosa morena del sur, y entonces, cuando ya se encaminaba a su propia habitación, oyó el primer gemido.

—Oh...

Se quedó paralizado allí de pie, con los ojos muy abiertos. Estuvo a punto de llamar a la puerta, por si Lumikenttä tenía algún problema, pero entonces...

—Ohhh...

Aquél no era un gruñido de alguien que se encuentra mal o que llora, se dijo. Aquello era placer, sin más. Y no de cualquier tipo. Con cuidado pegó su oreja a la puerta, sintiéndose como un intruso al hacerlo. Si alguien le viera... si ella abriese la puerta en ese momento... pudo escuchar con claridad la respiración entrecortada de la mujer, a través de la madera. No podía creerlo. Entonces Jakke se dio cuenta, mirando hacia abajo, de la repentina erección que se le había provocado bajo su pantalón.

—Oh... ¡oh! —dijo de nuevo la voz, y Jakke no pudo más; tuvo que

alejarse de la puerta y caminar con sigilo a su dormitorio. Si ella supiera que estaba allí, escuchando... si de repente abriese la puerta y le pillase allí... Imagínate el escándalo, los gritos, la vergüenza. Su hermana no querría ni mirarlo a la cara, y su madre ya no digamos; ese comportamiento de pervertido con su invitada, para más inri aquejada la pobre de aquella tremenda amnesia. Suerte tendría si no le pusiera una denuncia a la policía.

Y sin embargo, Jakke pensó en ella durante los minutos siguientes, mientras se calmaba leyendo un libro, o intentándolo. Se preguntó qué clase de persona sería, para tomarse la confianza de hacer ese tipo de cosas en una casa que no es la suya. Pero se dijo que cada uno tiene su manera favorita de liberarse de la ansiedad o el estrés, y sin duda Lumikenttä tenía que estar pasando bastante de esas cosas. Hay quien la recetaría tranquilizantes, música clásica, o sesiones de terapia. Pero sencillamente, su invitada tenía una manera mucho más deliciosa e imaginativa.

Era ya de noche cuando Lumikenttä, vestida con un cálido albornoz, estaba sentada en el sofá al lado de la señora Helena. Ya más calmada, contemplaba con interés el álbum de fotos que la madre desplegaba sobre sus rodillas, mientras el fuego en la chimenea les calentaba a distancia.

—Puede que esto te ayude a recordar —explicaba—. Ahora todo son móviles y cámaras digitales, pero esto es más auténtico, y a lo mejor te trae a la mente algo de tu propio pasado. Mira, mis hijos Anni y Jakke cuando nacieron.

La española miraba las fotos, en papel ya un poco descolorido por el tiempo, imaginando que era ella aquella niña que corría por un parque de Helsinki, aquel niño que jugaba subido en un bote de remos en un fiordo. ¿Tendría ella fotos iguales en algún sitio? Seguramente sí, pero ¿volvería a verlas alguna vez?

—¿Tu infancia? —preguntó Helena, mirando a su invitada—. Debió ser igual que ésta. Todos los niños disfrutaban con las mismas cosas. Piensa en ello. ¿Te gustaba ir al parque? ¿Jugar con tus amigas? ¿Tenías algún juguete favorito?

—Sé... creo saber que me gustaba montar en bicicleta —dijo despacio Lumikenttä—, allá en España... o eso me parece. Creo recordar cómo se hace, así que debo haber practicado mucho de niña. También nadar, siento como si

hubiera vivido cerca de un sitio con agua, quizás un lago o una playa.

—Sí —la animó la señora—, vas bien por ahí. Piensa en esas cosas, intenta sentir las dentro de ti. Al final acabará por salir a la luz. ¡Sigue, hojear el álbum todo lo que quieras, mientras yo termino de hacer la cena!

Jakke apareció bajando las escaleras en aquel momento, para ayudar a su madre a cocinar, cuando posó sus ojos sobre la española que seguía en albornoz sentada en el sofá. Ella le sonrió, educada, pero cuando sus miradas se cruzaron Lumikenttä no pudo evitar recordar los momentos vividos en la bañera... Todo su cuerpo había estado temblando pensando en él, hacía tan sólo unos minutos, y ahí estaba frente a ella en aquel momento, tímido, pero absolutamente irresistible.

Se avergonzó un poco y volvió a mirar el álbum, apartando sus ojos de Jakke... ¿por qué esos deseos tan fuertes hacia él? ¿Era normal aquello? ¿Tendría ella pareja en su “vida anterior”? Decidió aplicar lo que acababa de sugerirle la señora Helena, para intentar recordar. Conocía lo que se sentía con el sexo, eso estaba claro. Ansiaba las manos de aquel hombre sobre su cuerpo, y eso significaba algo, significaba que ya lo había experimentado antes... decidió desplegar su imaginación, pensar en situaciones con él, y con ello intentar sentir si lo que le venía a la mente era rechazo o por el contrario lo aceptaba como algo ya conocido por ella. Cerró los ojos y pensó en otras manos, en otras caras, en otros cuerpos, pero su memoria siguió siendo una nebulosa de confusión.

Jakke la miraba de reojo mientras ponía la mesa, al otro lado de la estancia.

—¿Qué hace, mamá? No parece que se encuentre bien —preguntó en voz baja.

—Está imaginando. Está recordando —replicó la madre, dando vueltas al guiso—. Déjala.

Jakke la hizo caso y continuó distribuyendo platos y vasos, pero siguió mirándola furtivamente. Se preguntó, curioso, por qué aun con los ojos cerrados parecía suspirar... sus mejillas se ponían coloradas... y una leve sonrisa asomaba a sus labios.

¿En qué estaría pensando?

Entonces abrió los ojos, parpadeó y resopló durante unos momentos, como acalorada.

—¿Qué hay de cenar? —preguntó.

Capítulo 5

Eran las tres de la mañana y Jakke por fin había terminado todas sus tareas. Repasar las cuentas de la casa, revisar los documentos del negocio que estaba pensando en montar, ayudar a recoger la cocina para su madre, demasiado mayor ya para esas cosas. Con razón siempre estaba agotado, durmiendo tan poco. Subió a su habitación, con toda la casa silenciosa, dispuesto a descansar. Sólo que aún había algo en su mente que no le dejaba hacerlo.

Pasó con cuidado frente a la puerta de Lumikenttä, su invitada, que ocupaba el dormitorio de su hermana, pared con pared con el suyo propio. De forma inconsciente, pasar frente a la puerta le hizo aguzar el oído, y acelerar el corazón también, pues aún seguían vivos los recuerdos de la tarde anterior, cuando la escuchó en la bañera haciendo... lo que sin duda estaba haciendo. Le daba vueltas la cabeza solo pensarlo. Tan bella... tan sensual... esa mirada y esa sonrisa tan misteriosa siempre que le miraba... ¿Qué le pasaba con aquella chica? No tenía nada que ver con ella, no la conocía de nada, pero sin embargo...

La sensación lo acompañó mientras se metía entre sus mantas y apagaba la luz. Todo era silencio, pero Jakke aún podía escuchar, en sus recuerdos, los suaves gemidos desde el otro lado de la puerta del baño...

La erección le volvió al momento, pero por suerte en aquel momento estaba solo y sin nada mejor que hacer, así que, debajo de sus mantas, se bajó la ropa interior para liberar aquella presión creciente. Y entonces Jakke cerró los ojos y procedió a hacer lo que en el fondo estaba deseando hacer durante todo el día.

Pensó en los ojos de su invitada, en su pelo largo, en su sonrisa, mientras con la mano acariciaba toda la extensión de su sexo y recibía a cambio una estimulante sensación por todo el cuerpo. Suspiró, mientras se estiraba en su cama, imaginándola a ella en la bañera, su cara de placer, con los ojos entrecerrados, no muy diferente de la que él estaba teniendo en aquel momento.

Se acarició como ella lo haría. “Si estuvieras aquí, a mi lado”, pensó, “te

pondrías de rodillas y nos besaríamos mucho, y tu mano haría justamente esto, una y otra vez, y querríamos cada vez más, nos miraríamos a los ojos y...”

Con aquellos pensamientos en la cabeza, se dio cuenta de que su velocidad se incrementaba, a la vez que su excitación. Sabía que era incapaz de ir más lento, porque vio en su memoria la mirada de ella mirándole de hito en hito, sonriendo, y eso le hizo sentir algo parecido a una corriente eléctrica. “Lumikenttä...” gritó en su cabeza, mientras respiraba cada vez más hondo, y pensó en su sonrisa, pensó en su boca, pensó en sus labios; y pensó en qué pasaría si ella en aquel momento posara aquellos mismos labios sobre su carne excitada y comenzara a...

Lumikenttä despertó en su cama, inquieta, al escuchar los crujidos de la madera a su alrededor. Escuchó con atención, pensando si no sería otra tormenta de nieve agitando las paredes de la casa, pero pudo oír con claridad que el sonido venía de la habitación vecina. ¡La de Jakke!

Se levantó de la cama, descalza, y pegó el oído a la pared. Se quedó boquiabierto por lo que escuchó. No era posible. Pero sí lo era. Se mordió los labios de puro deseo... y continuó escuchando todo lo que ocurrió, con las rodillas temblorosas de la emoción que estaba sintiendo.

Jakke terminó de limpiar cuidadosamente los restos de sus emociones desbocadas, y miró a la pared que le separaba de aquella mujer. “Qué locura”, se dijo, “imagina que me hubiera oído. No tendría más que abrir la puerta, dar dos pasos, abrir la suya... y... pero es absurdo, no son más que fantasías de película”.

Se volvió a tumbar en la cama, relajado y cayendo ya en los brazos de Morfeo. Cómo iba a pasar tal cosa, por favor; las mujeres nunca se habían fijado en él. Bueno, excepto aquella empleada de la frutería con la que estuvo tres meses, y porque ella fue quien se atrevió a dar el paso de decirle algo. Pero la decisión de su familia de mudarse a la granja dio al traste con todo plan para enamorarse o al menos tener una aventura con alguna chica que quisiera hacer algo en la vida. ¿Quién se va a fijar en un granjero de la Laponia profunda, sin oficio ni beneficio, que sólo se muestra en público una vez al mes? Y su timidez no ayudaba demasiado. Se consideraba un tipo

simpático; pero cuando tenía que hablar con alguna mujer, le entraba un miedo insoportable a hacer el ridículo, a hablar de su vida sencilla en el campo, o a contar las cosas que le gustaban, con naturalidad. Eso le limitaba mucho, claro, y nunca llegaba a conocer a alguien más allá de lo superficial. Ojalá fuera como su hermana Anni, que conocía gente por internet y tenía amigos y amigas en todos los pueblos cercanos. Sintió un poco de rabia por ello.

“Algún día Lumikenttä se irá,” se dijo, “y será muy pronto, en cuanto recupere un poco la memoria. Entonces sólo me quedará su recuerdo para hacer estas cosas en mi cama, y ya”. ¿Y qué otra cosa le iba a quedar? Pensar que ella pudiera fijarse en un desconocido como él era una fantasía total. Pero aun así...

Las sensaciones del orgasmo aún palpitaban dentro de él cuando se durmió pensando en su invitada.

—Ya han abierto la carretera hacia el pueblo —anunció Anni, mientras se preparaba el desayuno—. Han estado toda la noche pasando las quitanieves, dicen en Twitter.

—¿Has oído? —exclamó su madre, sentada a la mesa frente a una bandeja de magdalenas—. Jakke, entonces no pierdas un minuto, coge el todoterreno y llévate a Lumikenttä a ver al doctor.

El granjero, sentado en el sofá al otro lado de la sala, recién levantado, bostezó ruidosamente.

—Por mí vale —declaró—, pero necesito un café bien cargado antes...

—Mira que te van a cerrar el consultorio —insistió su madre—, ya son las once... vaya horas.

Lumikenttä, terminando su cacao al otro lado de la mesa, sonrió y quiso calmar a la buena señora.

—Tranquila, Helena, no te preocupes —dijo con familiaridad—. Me encuentro muy bien, y, además, mira al pobre muchacho, que anoche se acostó casi a las cuatro...

Al instante se puso roja como un tomate, dándose cuenta de lo que acababa de decir, y sus ojos se cruzaron con los de Jakke, que al instante se sintió morir de la vergüenza. La madre miró a uno y a otra y no entendió nada.

—¿Pues qué te ha pasado? —quiso saber.

Lumikenttä evitó los ojos de Jakke y quiso hundirse muy profundo bajo la

mesa, bajando hasta muy dentro de la corteza terrestre; pero él respondió airoso tras tragar saliva un instante.

—Estuve... escuchando música hasta tarde en mi habitación —inventó sobre la marcha, tragando de golpe el resto del café—. ¡Pero ya estoy listo! Cuando tú lo estés, por supuesto, Lu... Lumikenttä.

La española asintió con la cabeza, sin atreverse a decir una palabra más, y se bebió de tres sorbos rápidos su cacao, meditando sobre el jardín en el que acababa de meterse. ¡Él se había dado cuenta! ¡Él *sabía* que ella *sabía*! Sólo pensarlo le aceleró el corazón, y trató de reprimir una sonrisa. Pero ahora era totalmente distinto, se iban a meter en un coche juntos toda la mañana, y lo que era peor ¡tendrían que hablar!

Levantó la mirada y lo vio paseando por la cocina y ayudando a recoger. No era hablar lo que, en el fondo, deseaba hacer con él. Se preguntó qué tacto tendría su piel, cómo sería su voz cuando... Y entonces volvió a sentir aquella sensación de culpa. “¿Por qué digo esto? ¿Qué me pasa? Es efecto de la amnesia, seguro, pero tengo que controlarme” se dijo para calmarse un poco; pero pasaron un par de minutos hasta que pudo pensar en otra cosa distinta a Jakke.

Subió un momento a la habitación y se vistió con lo primero que encontró en el armario de Anni, un espeso abrigo azul para nieve y un pantalón vaquero morado, y se dispuso a bajar al garaje a montar en el todoterreno con Jakke. Pero antes se miró en el espejo.

—Pórtate bien, ¿eh? —le susurró a su reflejo.

No estaba segura de poder lograrlo...

Capítulo 6

—Esto es muy irregular, comprenderá usted —dijo el médico, volviéndose a sentar tras su mesa—. No tener una ficha ni su historial médico ya es bastante complicado, pero ni siquiera su nombre... en fin, estas cosas pasan.

Lumikenttä se incorporó sobre la camilla y se dispuso a sentarse en la silla frente al doctor. El hombre parecía buena persona, como un padre de familia bonachón que ha mandado a sus hijos a la facultad de medicina y se prepara para su jubilación y a comprar una cabaña en Menorca. La miró con curiosidad, ajustándose las gafas.

—Me resulta divertido llamarla Nieve, digo “Campo de Nieve”, y ponerlo así en la ficha provisional; pero lo importante ahora es que se sienta usted cómoda —prosiguió—. En fin, no tiene usted ninguna secuela física importante, salvo ese chichón debido al accidente que ya casi no se nota. Pero ya ve que en este pueblo casi no tenemos equipos; me gustaría enviarla a Helsinki a que le hicieran un TAC, un escáner craneal más detallado, pero tengo que consultar cómo hacerlo si no dispongo de su identidad ni sus datos...

—Haga lo que pueda —dijo Lumikenttä, aliviada en parte, pero asustada por la idea de meterse en uno de esos aparatos que siempre significaban problemas—. Entonces, ¿no puede decirme usted nada de lo que me pasa? ¿La amnesia?

—La verdad es que no —respondió él, encogiéndose de hombros—, esto requiere un especialista, y en este pueblo es la primera vez que me encuentro con un caso así. Si fuera una gripe, o una mordedura de reno...

—Los renos no suelen morder, comen líquenes —respondió ella de forma automática.

El doctor se la quedó mirando con curiosidad.

—No lo sabía —dijo echando una risa—, es que yo en realidad soy de ciudad. En fin, lo que le quiero decir es que le voy a dar cita para que se acerque a la capital si en unos días no mejora. Sabe, las amnesias debido a accidentes suelen remitir pasados unos pocos días, y el suyo no parece que haya sido demasiado traumático. Y, además, me da mala espina la

profundidad, por así decirlo, de su olvido: que no sepa usted su nombre o su procedencia ni qué hacía aquí hace pensar en algo más profundo. Lesiones o problemas circulatorios en alguna zona de su cerebro. No, no ponga esa cara, señorita; solo estoy haciendo patente mi ignorancia. ¡No tengo equipo para saberlo!

—Lo entiendo, doctor —respondió Lumikenttä manteniendo la compostura todo lo que podía. Nada más podía averiguar allí—. Entonces ¿qué me recomienda?

El hombre se estiró en su silla.

—Relájese. No tenga prisa. Disfrute unos días hasta que se vaya del todo el mal tiempo. Y si en dos o tres días no ha mejorado, haga que alguien la lleve a Helsinki —le dio un papel—, vaya a este hospital y con mi autorización le harán las pruebas. ¿Tiene dónde quedarse?

—Me las apañaré. Muchas gracias por su tiempo —respondió la muchacha, que salió de la consulta con la mirada perdida y dando vueltas en su cabeza a todas aquellas palabras e implicaciones que había soltado el médico. Estaba decepcionada: ya contaba con poder darle una solución, algo como tomarse unas pastillas, o que le dijera que eso iba a durar un par de semanas, algo concreto con lo que poder tranquilizar sus emociones. Y sin embargo, aún no tenía nada. Más visitas, más médicos... sintió que había perdido el tiempo, y temió que al final nada de aquello sirviese, y que fuera a quedar en aquel estado para siempre.

Jakke, apoyado sobre el capó del todoterreno a la puerta del consultorio, pudo ver en seguida la cara de preocupación de Lumikenttä nada más pisar la calle, y se acercó a ella.

—¿Todo bien? —quiso saber.

—Que descanse —resumió ella—, y que vaya a hacerme unas pruebas en unos días si no mejoro, y ya está. La verdad es que esperaba algo más, pero...

—Pues a descansar —dijo él, tomándola de la mano para que no resbalase en la acera helada, y la ayudó a entrar de vuelta en el coche. El sol radiante invitaba a un tranquilo paseo a pie por las afueras del pueblo, quizás tomar algo en alguna de las cafeterías que bordeaban la calle principal, pero Jakke sospechó que ella no tenía muchas ganas de eso.

Arrancaron y recorrieron con calma las calles de Tervola, bordeando el río aún helado. Él esperaba que ella sintiese algo de calma ante aquellas riberas rodeadas de árboles cubiertos de nieve, pero Lumikenttä miraba por la

ventanilla, inexpresiva. De pronto, ella se tapó la cara con las manos y Jakke sintió que debía hacer algo. Sacó el coche de la carretera, cerca de un embarcadero del río, y paró el motor. No sabía qué decir, no sabía qué sería apropiado o si cualquier cosa que dijera sería inmiscuirse en algo tan íntimo como su salud. Pero verla así le rompía el alma.

—Escucha —murmuró, sin soltar las manos del volante—, no sé qué te ha dicho el doctor, pero quiero que sepas que puedes contarme lo que sea... si necesitas hablar, o si quieres ver a otro médico, o que te lleve a la embajada para que...

Ella lo abrazó, súbitamente. No dijo nada al principio, ella sólo necesitaba sentir aquellos brazos a su alrededor. Venía todo el camino pensando en que no veía ningún futuro frente a ella, y lo peor, ningún pasado tampoco, y aquello era demasiado para Lumikenttä. Y en ésas Jakke había hablado, y se dio cuenta de que lo único que en aquel momento la ataba al mundo, lo único que podía dar algo de sentido a su vida, allí perdida en la nieve, era aquel hombre a su lado, con miedo de meter la pata en todo momento pero con una mirada que derretía glaciares. Así que sí, se quitó el cinturón de seguridad y lo abrazó, sin pensarlo, repitiéndose a sí misma que era casi un desconocido y que ella vivía en su casa gracias a la hospitalidad de su familia, y que aquello era un abuso de confianza; pero aun así necesitaba sentir el olor de su piel cerca de ella, a su alrededor, dentro de ella incluso.

“Pero qué estás haciendo”, le gritaba su parte racional, “no está bien actuar así”. Se separó un instante de él, y le miró a los ojos. “Muy cerca, demasiado cerca”, insistió su parte racional una vez más. “Él no es así. Es tímido y vive con su madre y su hermana. Mira sus ojos. Mira sus labios y su barbilla. Pero no pienses ni por un instante...”

—Calla —susurró Lumikenttä.

—¿Eh? —dijo extrañado Jakke, pero no pudo decir nada más porque ella pegó sus labios a los suyos, besándolo una, dos, tres veces con decisión, y la cuarta vez fue lenta y profunda, mientras acercaba más su cuerpo al de él. Su sabor era delicioso, y su boca ansiosa se comía a la suya propia con hambre, como si llevase meses sin probar bocado. Le sentía respirar acelerado, mientras entrelazaba sus brazos tras el cuello de él.

—Espera, espera —Jakke tuvo que separarse un momento de aquellos labios para poder hablar y respirar un poco. Después la tomó por la cintura y la sacó de su asiento, poniéndola en su regazo, pero el volante ocupaba mucho

espacio y ambos se rieron por la incomodidad de la situación.

—Atrás —susurró ella.

—¿Atrás? ¿Estás segura?

—Sí. Lo necesito —dijo la española, decidida, volviendo a su asiento, abriendo su puerta y saltando fuera, a la nieve, para volver a entrar por la puerta trasera. Él hizo lo propio, sin pensar mucho en lo que estaba ocurriendo, y cuando se sentó al lado de la muchacha en el asiento de atrás las cosas sucedieron aún más rápido: ella le atrajo hacia sí, y en un instante estaba sentada a horcajadas sobre él, besándolo con intensidad. Él la tomó por las caderas y sintió que estaba viviendo un sueño, notando su lengua rozando la de ella y dejándose llevar por las descargas eléctricas que le recorrían la espalda. Aquella mujer, aquella preciosidad, lo estaba besando en el asiento de atrás de su coche, y llevado por aquella locura Jakke le agarró el trasero con sus dos grandes manos.

Lumikenttä dejó escapar un gritito de sorpresa, dio un respingo y golpeó con la cabeza en el techo del todoterreno. Con una sonrisa, miró con ternura renovada a aquel maravilloso hombre que acababa de conocer y que no sólo besaba como los ángeles, sino que también era capaz de semejantes atrevimientos de adolescente. Se mordió los labios, llena de deseo, olvidando todos sus problemas y ansiando tener a aquel leñador más cerca aún. Se quitó el abrigo con algo parecido a la furia y lo tiró al asiento delantero, quedando con una sudadera deportiva (de Anni) que ya empezaba incluso a sobrarle por el calor que sentía; entonces se lanzó a besar de nuevo a Jakke, pero él la detuvo un instante.

—Espera —dijo él, y le bajó la cremallera de la sudadera, dejando ver su camiseta de algodón. Ella sonrió, feliz: le había leído el pensamiento. Pronto sintió las manos del chico recorriéndola bajo la camiseta, sus dedos sobre su piel al fin, acariciando toda su espalda, tropezando con el cierre del sujetador, llegando hasta sus caderas, y deseó que se atreviera a más, que Jakke pusiera sus manos en otros lugares. Y soñando con ello le besaba sin fin, enredando sus dedos en el pelo de él, y viendo de reojo cómo las ventanillas del coche comenzaban a empañarse de vaho.

Ella sentía como si el tiempo se hubiera detenido, como si le hubiera atacado una fiebre mala que no lograba aplacar con aquellos besos. Deseaba más, no le bastaba con aquel abrazo ni con aquellos labios hambrientos. Su ropa interior estaba ya húmeda por su excitación, y deseó que él lo adivinara y

que introdujese su mano dentro de...

Se escuchó el ruido de un motor, y ambos miraron por la ventanilla trasera, sobresaltados. Otro coche había elegido aquel lugar para aparcar, al lado del río. Sin mover un músculo, observaron cómo de él salía un tipo con un par de niños y unas cañas de pescar.

Jakke miró a Lumikenttä a los ojos, preocupado.

—Oye, yo creo que...

Ella resopló, divertida. Le dio un beso casto y bonito en los labios antes de responder.

—Tranquilo. Esperamos dos minutos y nos vamos. Ahora tendremos que volver al asiento delantero sin salir, para que no nos vean ¿no te parece? Haciendo el contorsionista.

Se sentó al lado del chico, mientras lo miraba divertida de arriba abajo. Por supuesto, no se le escapó que tenía una estupenda erección bajo el pantalón, y se preguntó si no estaba aún a tiempo de... no, chica, cálmate, no quieras dar un escándalo a unos niños. No estaba dispuesta a tener que declarar delante de...

—¡La policía! —exclamó.

—¿Eh? —Jakke miró en todas direcciones, angustiado, limpiando el vaho de las ventanas con la mano—. ¿Dónde?

—No, tonto. Digo que si podemos ir a la policía. Si hay policía en este pueblo.

—Claro que hay —respondió Jakke, más tranquilo.

—Vamos a pensar con calma —Lumikenttä volvió a ponerse su abrigo mientras hablaba—, existe la posibilidad de que yo no viniera aquí sola. Que fuera parte de un equipo, o de una familia, o de una expedición científica de... yo qué sé... expertos en la fauna del círculo ártico. Entonces, en estos días que he estado accidentada, alguien puede haber dado aviso de mi pérdida. Es posible que la policía de toda la comarca esté buscándome desesperada. Ellos pueden saber quién soy y ponerme en contacto con la gente que me trajo aquí. ¿No crees?

—Supongo que sí, y es lo más sensato —él sonreía por la buena idea—, y es gracioso que hasta ahora ni lo habíamos pensado, por estar siempre imaginando maneras de hacerte recordar. Vamos a sentarnos delante y nos relajamos un poco... y nos acercamos a la comisaría ¿vale?

Cambiaron con cuidado a los asientos delanteros intentando que los del

otro coche no los vieran. Sonreían mientras lo hacían, y se lanzaban miradas cómplices, pero al arrancar el coche, Jakke sintió como un pinchazo de tristeza. Pues por una parte se alegraba de que posiblemente, en unas horas, Lumikenttä sabría al fin todo sobre su identidad. Pero por otra parte eso significaba que se alejaría de él para volver a su vida auténtica... el momento que tanto había temido.

Miró al frente y se dijo que debía prestar atención a lo importante, respiró hondo un par de veces y salió conduciendo hacia la carretera de nuevo.

Capítulo 7

Esperó dentro del coche, frente a la pequeña comisaría y al lado de la tienda de artículos de caza y pesca del pueblo. Jakke sabía que tenía que comprar varias cosas allí, y en otras circunstancias habría aprovechado para entrar, saludar a Mika, y habría salido cargado con dos bolsas de artículos; pero en lugar de eso continuó sentado en el coche, los ojos fijos en la puerta de la comisaría. Esperando a Lumikenttä. Pensando que quizás cuando saliera, ya no sería la misma. ¿Saldría feliz sabiendo que alguien la buscaba y que pronto estaría con los suyos? ¿Saldría triste por no haber averiguado nada de nada?

Y por otro lado... ¿Qué había pasado, antes, en el coche? Se encontró a sí mismo intentando entenderlo. Y sobre todo, pensando en cómo gestionarlo, con la cabeza fría. ¿Cómo se habla de esas cosas con alguien? Carecía totalmente de ese tipo de experiencias...

Ella bajó los escalones de la comisaría de policía al cabo de media hora, con unos papeles en las manos. Al ver a Jakke, simplemente se encogió de hombros y sonrió con resignación.

—No me han dicho gran cosa —explicó—, han revisado y me han dicho que nadie ha presentado una denuncia de búsqueda en la comarca.

—¿Nadie? ¿Seguro?

—Parece que a nadie le importo —dijo riendo.

Él se fingió ofendido.

—Oye, no digas eso, parece mentira. Con lo que estoy haciendo por ti.

La muchacha le miró, sonriendo, de una manera que le hizo derretirse por dentro.

—Ya lo sé, tonto. Lo que quiero decir es que parece que nadie estaba conmigo el día de mi accidente, o nadie me está echando de menos. Lo cual es raro porque, fíjate, no llevo mi documentación ni mi pasaporte, por fuerza ha de estar en algún sitio. En alguna casa, algún hotel. Y a nadie le ha parecido rara mi ausencia tantos días.

—¿Y en qué ha quedado la cosa? —dijo él, abriendo la puerta del coche para que ella entrara.

—Me han dado unos números de teléfono para que llame si recuerdo algo. Les he dado vuestra dirección como lugar de contacto por si ellos averiguan alguna cosa. Me han hecho un montón de preguntas y claro, no he podido contestar a ninguna. ¡No tengo nada interesante que decirles!

Arrancaron y recorrieron de nuevo la calle principal del pueblo para salir hacia la carretera, de vuelta a su casa. La chica jugó, un poco nerviosa, con los bucles de su melena al pasar por el sitio, cerca del río, donde sólo hacía unos minutos...

—En cambio, creo que nosotros sí que deberíamos hablar... —murmuró, un poco avergonzada.

El la miró de reojo, sin perder la vista de la carretera, enrojeciendo un poco por timidez.

—Bueno, si crees que es necesario...

—Me encantas —respondió ella de sopetón. A él se le desvió el volante veinte grados a la izquierda y pisó la línea continua. Necesitó un momento para centrar el coche de nuevo en su carril.

—Yo... bueno, tú también eres genial —fue su improvisada respuesta. No, definitivamente no se le daban nada bien ese tipo de conversaciones.

—Lo digo en serio —ella se había vuelto hacia Jakke, seria—. Me encantas. Desde que estoy en tu casa... Siento mil millones de cosas cuando te veo, me dan ganas de comerte vivo, maldita sea, y eso me resulta muy extraño. Porque no sé nada de mí, no sé si estoy casada, si tengo novio, joder, ¡no sé siquiera si soy lesbiana! ¿Te imaginas?

Él rió con aquella frase.

—Creo que eso último puedes deducirlo fácilmente si miras a una chica mona. ¿No es así?

Ella levantó las manos en el aire.

—Vale, lo he exagerado. Pero lo que quiero decir es que, a ver, ¿a ti no te resulta raro que una mujer desconocida te diga estas cosas? ¿Que sienta tanta atracción hacia ti, así por las buenas?

Él se encogió de hombros, guasón.

—Es el sueño de mi vida y el de casi todos los tíos de mi edad.

Lumikenttä se quedó mirando unos instantes por la ventana.

—Quizás yo sea actriz porno. Eh, ¡sigue conduciendo bien o nos iremos al río helado, y queda mucho aún! Así, mejor. En serio, quizás tengo tanto deseo dentro de mí porque en mi vida anterior al accidente yo fui actriz porno. O

puta de lujo. Quizás es mi trabajo, vivo en una cabaña atendiendo a los deseos de un millonario finlandés y...

—No digas tonterías —respondió él, amable—. Una *escort* de lujo tan experta en la fauna y flora de Laponia que podría dar clases en la universidad. ¡Deja de tener esas ideas! No es raro ser apasionada. Muchas chicas lo son... sólo que yo nunca he conocido a una así, claro.

—Venga ya —ahora fue el turno de ella de reírse—. No puedo creerme eso. Eres un tipo muy atractivo, y no me vas a hacer creer que ninguna chica de por aquí haya disfrutado de este cuerpazo.

Jakke se encogió de hombros, sin soltar el volante.

—A ver —explicó—, hubo una chica... durante unos meses, pero al final la cosa quedó en nada. Pero no era como tú, era, no sé, tradicional, tranquila, y esto del coche con ella nunca podría haber pasado. Créeme, lo intenté un par de veces. Con ella sólo podía ser en su casa, cuando no estuviera su familia, y eso era bastante poco frecuente. Entonces, cuando tú... antes... ha sido casi como un sueño para mí.

—Qué exagerado...

—Además, recuerda que no estaba planeado, ni se me habría ocurrido. Yo sólo quería darte un abrazo para darte un poco de bienestar, no contaba con que fueras a asaltarme de esa manera. Cómo vas así por la vida, chica —respondió Jakke con un guiño guasón.

Ella le acarició la cara con la mano, muy dulce.

—Gracias por ayudarme —le susurró—. Y ahora portémonos bien y vayamos a tu casa.

El resto del camino fue tranquilo y silencioso, apacible, mientras la española contemplaba los paisajes nevados por la ventana.

—¿Y qué vamos a decir en casa? —preguntó Jakke al cabo de unos kilómetros.

Ella lo miró, insegura de qué responder a eso. También pensaba en ese inevitable momento.

—Decir... ¿sobre qué? No estoy segura de querer mencionar esto a nadie... sea lo que sea.

—Supongo que es lo mejor —él se encogió de hombros.

—Es que imagínate que tu madre me echa de casa si se entera de esto.

Jakke soltó una carcajada.

—A ver, mi madre es muy tradicional para esas cosas, pero no tienes que temer que te eche a la nieve. Como mucho te dejaría sin comer y te encerraría debajo de la escalera. Pero no, en serio, ella no te va a abandonar a tu suerte hasta que no hayas vuelto a ser tú misma. Creo que ahora eres como una nueva hija para ella.

Ella suspiró aliviada, dejando vagar la vista por los paisajes de ensueño al otro lado del cristal.

—¿Y si cuando descubra mi verdadera identidad, mi historia —comentó ella de repente—, ya no te gusta la persona que soy en realidad?

Jakke pensó un momento, mientras ya veía aparecer su casa en la lejanía, entre los campos de nieve.

—Preocúpate de que a *ti* te guste la persona que eres —respondió—, que estés contenta contigo misma. A mí me vas a gustar seguro. No tengo motivo para cambiar de opinión.

Ella lo miró con infinita ternura.

Lumikenttä pasó el resto de la tarde sentada en el sofá haciendo dibujos en un bloc. Todo a sugerencia de Anni, que había leído que la escritura automática desvela los secretos del inconsciente. Fue justo antes de la cena cuando llamaron a la puerta.

Un hombre de unos cuarenta años, vestido con traje y corbata y un elegante abrigo, apareció en el umbral cuando Anni abrió.

—Buenas tardes —dijo a la muchacha—, no sé si me han dado la dirección correctamente, vengo de la comisaría de policía del pueblo. Estoy buscando a...

Lumikenttä escuchó aquellas palabras y se levantó del sofá, como impulsada por un resorte, para mirar al visitante que debía traer noticias para ella. Pero no se esperaba las siguientes palabras que él pronunció, al verla por primera vez desde la puerta.

—Cariño, estás aquí. ¡Qué preocupado me tenías!

Las miradas de Anni, de su madre y de Jakke se volvieron entonces hacia la española, sorprendidos. Ella miraba al recién llegado como quien mira a un vendedor de enciclopedias que acaba de llegar a casa. Incluso peor, porque

fue plenamente consciente de que todos ellos esperaban una respuesta emocional por su parte. Algo del estilo de echarse a llorar, o lanzarse a sus brazos gritando “¡Recuerdo! ¡Recuerdo! ¡Al fin recuerdo, amor mío! ¡Has venido a por mí!”.

Sin embargo, nada de eso ocurrió. Lumikenttä se lo quedó mirando bloqueada por completo. Sin saber qué decir o qué hacer, pues aquel hombre, aquella cara, aquella voz... no le decían absolutamente nada.

El hombre pareció decepcionado.

—¿Qué te ocurre, Sue? ¿no te alegras de verme?

Ella dio un respingo al oír aquello. Sue. Así que al fin conocía su verdadero nombre. No era lo que esperaba, la verdad.

—Sue —repitió la madre—, qué bonito, cariño. No se preocupe, caballero; tiene que tener paciencia, ella aún se está recuperando de su accidente. Pase, por favor.

—¿Accidente? —contestó el hombre, alarmado—. Pero la policía no me dijo nada de ningún accidente.

Entonces dio un paso hacia Lumikenttä, o Sue, y la abrazó con la efusividad de un oso. Anni y la madre sonreían, Jakke desvió la mirada, incómodo, y Lumikenttä, o Sue, solamente tenía la mirada perdida, muy lejos de allí.

Minutos después, la madre ya había invitado al desconocido a cenar, y ante su insistencia, él no pudo negarse a compartir la mesa de aquella amable gente. El hombre, llamado Oscar, había agradecido a la familia todos los días de cuidados que habían prestado a su novia, y ahora escuchaba con atención las explicaciones de Anni y su madre sobre la amnesia de Sue. Era bien parecido, y aunque ya le iba faltando un poco de pelo sobre la frente, aún tenía un innegable atractivo, y una mirada de inteligencia y curiosidad por todo a su alrededor. Hablaba con acento del sur, de la capital, y eso hizo preguntarse a todos qué hacía por allá.

Tenía su mano entrelazada con la de ella, encantado de volver a verla, hablándola continuamente, preguntándole cosas; pero ella nada respondía. Tampoco le soltaba la mano, pero miraba su plato y a Oscar una y otra vez, confusa, como asustada, insegura de qué debía sentir. Sin saber *si debía* sentir algo. La mirada cálida de Jakke desde el otro lado de la mesa la hacía sentir

aún peor.

Capítulo 8

—Salió una tarde de casa y ya no volvió por la noche, justo cuando comenzó a empeorar el tiempo hace unos días —explicó Oscar—, y supe que le había pasado algo. A ella le encanta salir a ver puestas de sol y a pasear, sola, para aliviarse del estrés del trabajo; pero esto ya no era normal, y salí a buscarla.

—Qué angustia —comentó Helena, horrorizada.

—Imagínese. Avisé a las autoridades de los pueblos cercanos, pero con la ventisca, me dijeron que poco podrían hacer. Ni helicópteros ni vehículos pueden recorrer las carreteras con el tiempo así; frustrante, en los tiempos que corren, pero es lo que hay. Sin embargo, tuve la suerte de hacerme con una moto de nieve y estuve varios días dando vueltas por la comarca, cada día en una dirección, preguntando en aldeas y pueblos, y al final ya casi había perdido la esperanza. Entonces el tiempo mejoró y empecé a visitar los pueblos un poco más alejados, y finalmente hace un rato pasé por Tervola y... allí me dieron vuestros datos. ¡Casi me puse a llorar frente al policía! No puedo entender qué hacías tan lejos de casa —dijo a la incómoda española—, pero ya da todo igual. Estás a salvo y eso es lo único que me importa, mi vida.

—Entonces ¿usted es... su marido? —inquirió Anni tras unos segundos en los que esperaron por si Lumikenttä tenía algo que comentar, cosa que no ocurrió.

—Aún no. Susana, bueno, a ella le gusta que la llamen Sue —explicó él, mirándola de reojo—, y yo nos prometimos hace unos meses, en España, antes de venir aquí... somos compañeros de trabajo, en realidad; vivimos y trabajamos en un centro de investigación que hay a un par de horas al norte de aquí. Estuve en su universidad buscando graduados para el proyecto que yo estaba comenzando a montar aquí en Laponia, y ella fue la seleccionada. Y ya incluso antes de mudarse aquí... bueno, saltó la chispa.

—Qué fuerte —comentó Anni, ensimismada con la historia.

—Teníamos pensado casarnos en verano, pero ahora, después de esto, nos

lo vamos a tomar con calma: seguramente me la llevaré a su país una temporada para que se recupere. Cuando vuelva a su pueblo, yo creo que unos meses de tranquilidad, entre gente y lugares familiares de por allí le servirán para...

Oscar le rodeó los hombros con su brazo mientras hablaba, y esa fue para ella la gota que colmó el vaso.

—No —dijo ella. Él detuvo su movimiento en seco, sorprendido como si le hubieran mordido; al igual que el resto de la familia, puso mirada de genuino desconcierto.

—Pero...

—No has entendido mi situación —explicó Sue, o Lumikenttä—, y creo que te la voy a tener que explicar. Para empezar, no voy a irme contigo a ningún sitio. No sé quién eres.

—Pero cielo, soy Oscar.

—En lo que a mí respecta, no te he visto en la vida. No me resultas familiar, es la primera vez que veo tu cara y escucho tu voz. No sé tus costumbres, no sé de qué nos conocemos, y lo de que estamos prometidos lo dices tú y tendré que creerte, aunque bien podrías ser un completo desconocido que quiere llevarme lejos para Dios sabe qué. Ahora mismo sólo es tu palabra lo que tengo.

—Cariño —intercedió la madre, un poco escandalizada—, no digas eso, ha venido a ayudarte y es normal que te resulte raro.

El hombre no se lo tomó tan bien. Con expresión seria, buscó en un bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre.

—¿Tendría yo esto —dijo, soltando sobre la mesa un pasaporte, un carné de conducir y otros papeles diversos— si no fuera tu novio? ¿Un completo desconocido tendría todo esto?

Todos dejaron de comer y estiraron el cuello para ver mejor aquellos documentos, pero sólo la española, tras un momento de duda, alargó la mano y abrió el pasaporte para mirar la primera página.

“Susana Casado Hernández” ponía, al lado de su foto. Era ella, por supuesto. “Nacida en El Escorial en 1976”. Fecha de nacimiento. Domicilio. Datos. Repasó aquellas hojas una y otra vez, mientras los comensales la observaban expectantes en silencio total. Entonces ¿ésa era ella? Esperó que su mente, o su corazón, o algo dentro de ella levantara una banderita y dijera “síiii, el Escorial, claro que sí”. Pero nada de eso sucedió. Y, sin embargo,

aquellos documentos existían y los tenía en las manos. ¿No era aquello lo que llevaba días buscando? ¿Una pista, al fin, sobre su identidad?

Tenía que tomar una decisión. Miró a Oscar y se encogió de hombros. Qué demonios: era lo único que tenía, y no podía ignorarlo sin más. El momento había llegado.

—Supongo —dijo lentamente— que te debo una disculpa. Entiéndeme...

Él esbozó una sonrisa amable.

—No, por favor: no tienes que pedir perdón por nada. Sé que esto es muy complicado para ti, yo no era consciente de esta amnesia tan intensa que tienes... sé que vas a necesitar mucho tiempo y apoyo para recuperar tus recuerdos y tu vida. Y yo me ofrezco para ayudarte, a tu ritmo, con calma. Si confías en mí, claro.

Sue miró a Oscar y luego al resto de la familia que la había acogido en aquella casa. Sobre todo a Jakke. Él la miraba sonriendo, pero ella no podía quitarse de la cabeza las emociones que debían estar pasando por dentro de aquel dulce muchacho. No se sentía cómoda dejándolo allí, sin más, después de todo lo que había ocurrido entre ellos. Si había alguien que la hiciera sentir mejor, más recuperada, era sin duda Jakke. Y, sin embargo, estaba claro que tenía que hacer lo correcto. ¿Verdad? También ella se sentía presa de un torbellino de emociones demasiado fuerte para ella, que no tenía tiempo ni energía para entender en aquel momento. Así que suspiró antes de volverse a mirar a Oscar.

—Vas a tener que tener mucha paciencia conmigo —le dijo, poniendo su mano sobre la de él.

—No te preocupes, paciencia es algo que me sobra. Pídeme todo lo que necesites.

—Para empezar... necesitaré volver aquí de vez en cuando.

Oscar pareció sorprendido por aquella petición.

—¿Por qué? —exclamó, casi dolido—. Aún no estás convencida de que soy quien digo ser ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza, sonriendo.

—No es eso, tranquilo. Este proceso va a llevar tiempo, y esta familia me ayudó, me dio confianza —miró a Jakke por el rabillo del ojo—... me ayudó a salir de la desesperación de estos días confusos en los que creí volverme loca. Puede que tenga que venir a visitarlos, a hablar, todo eso puede ayudarme. Simplemente eso.

Oscar resopló, aliviado, antes de hablar a toda la familia.

—Eso es cierto, y por supuesto, no tengo ningún problema —les dijo—. Ustedes la han salvado de la nieve y es lo menos que puedo hacer. Les estamos en deuda.

Jakke, Anni y su madre agradecieron aquellas palabras y la cena continuó en un ambiente más relajado, aunque para al menos dos de aquellas personas fue el preludio a un momento agrídulce. En efecto, al terminar los postres la española se puso en pie y anunció que sí, que se iba a ir con Oscar a intentar recuperar su vida anterior, no sin antes darles unos grandes abrazos a todos en la puerta de la casa. Corrió alguna lagrimita y Sue prometió volver en unos días.

—Ya te contaré —susurró ella al oído de Jakke durante su abrazo, el más largo e intenso de todos—. Oye, no quiero irme sin decirte que eres...

—No hace falta que digas nada —a él le costó pronunciar aquellas palabras—, sólo ten cuidado e intenta recordar todo lo que puedas a su lado. Parece un buen hombre.

Ella le dio un beso en la mejilla y eso fue todo, partiendo en el coche de su novio hacia la oscuridad de la noche ártica.

Tardaron varios días en volver a saber de ella. Durante más de una semana, la pequeña familia intentó volver a su rutina normal, pero para Jakke fue un poco más difícil. Cuando se quedaba solo en casa, pasaba ratos en la habitación que había ocupado su invitada y que ahora habitaba de nuevo su hermana: aún creía poder percibir algo de su olor, de su presencia. ¿Por qué le había marcado tanto aquella desconocida?

Poco a poco iba hallando posibles razones. Su encantador descaro. Su sensualidad innata de la que ella parecía no darse cuenta. Y sobre todo, el sencillo hecho de que ella, por algún inexplicable motivo, se había visto atraída hacia él. Eso ya era suficiente milagro en aquel remoto lugar: ¿cuándo volverían a alinearse los planetas para alguien como él?, se preguntaba Jakke mientras recorría los pasillos de su casa y los de su memoria.

Y fue en uno de aquellos momentos solitarios, una mañana en que su hermana y su madre habían salido de compras, cuando Sue volvió, sola, conduciendo el coche de Oscar. Jakke la vio por la ventana del dormitorio mientras ella aparcaba y bajó corriendo a recibirla. Parecía distinta, pensó al

verla bajar del coche: iba vestida más elegante, con una chaqueta clara, falda corta y tacones, tan inapropiados para la nieve. ¿Qué vida llevaría ahora? Seguro que ya estaba recuperada, habría recordado todo y estaría reintegrada por completo a la convivencia con su rico prometido... Pero todos aquellos pensamientos se desvanecieron cuando ella cerró el coche y se volvió hacia él. La bella española le lanzó aquella amplia sonrisa, feliz, qué hacía que a Jakke le temblasen las piernas.

—Eh —dijo— ¿me invitas a un café? Tengo mucho que contarte.

Capítulo 9

El humeante brebaje llenó sus tazas rápidamente, y como si las semanas anteriores no hubieran existido nunca, Jakke y Sue estaban de nuevo sentados en sus sillas alrededor de la mesa de madera de la cocina. Ella dejó pasear su mirada por los familiares armarios, por las vigas de oscura y sólida madera de roble que sostenían el techo, por la mesa con su florero en el centro, por Jakke.

—Me miras mucho —comentó finalmente, con picardía.

—Es que te veo diferente —admitió él—. Elegante, sofisticada. ¿Muchos cambios recientes en tu vida?

Ambos rieron con ganas.

—Tengo un armario lleno de estas cosas, al parecer —dijo Sue, cruzando las piernas de forma que Jakke tuvo que contener la respiración un momento—. Vestidos de marca, zapatos de diseño, esquís y equipos de nieve carísimos. No te lo imaginas. Y yo que aparecí aquí con cualquier cosa. Con esta minifalda vengo helada, pero el coche de Oscar tiene buena calefacción. En fin, he estado esta mañana dando un paseo por los alrededores, para quitarme un poco el miedo a conducir, y al pasar por Tervola me he dicho que bien podía visitaros.

—Pues bienvenida —dijo él, encantado—. ¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal te trata?

Ella miró un momento al techo antes de contestar.

—No me quejo. Es un buen tipo, pero muy ocupado. Resulta que yo trabajo con él ¿sabes? Tiene una empresa de biotecnología, como a ochenta kilómetros al norte de aquí, todo tecnología punta. No veas. Y resulta que su casa, nuestra casa, parece, está al lado de la factoría, en medio de un bosquecillo. Todo diseño minimalista, debe haberse gastado una pasta en diseñadores de vanguardia. Todo es blanco y gris, hay cuadros abstractos por las paredes, los muebles son plateados y la televisión tiene 90 pulgadas; parece un hotel de lujo. En fin, y como te digo yo trabajo con él, en su empresa. Me ha contado algunos detalles, ya sabes, cómo nos conocimos en España durante uno de sus viajes, cómo acepté venir a trabajar aquí, cómo nos enamoramos. Así que

nada —ella se encogió de hombros—, supongo que tendré que creerle. He estado viendo fotos, cosas así. Pero de momento, recuerdos de verdad, nada de nada. Esto va a ser muy largo, Jakke.

—Pero no me has respondido —insistió el leñador— ¿cómo te trata?

Ella se encogió de hombros otra vez, como si no supiera qué contestar.

—Es un buen tipo. Me tiene cariño. Y eh, es guapo. Está forrado de dinero... se me ocurren otros destinos mucho peores para alguien que ha perdido la memoria ¿no crees? Imagina ser la novia de un traficante en busca y captura.

Jakke miró su café, y Sue debió notar cierta decepción en su cara, porque se apresuró a añadir algo.

—No es como tú.

—¿Qué... quieres decir?

—Bueno —explicó—, me tiene cariño, me cuida, eso sí... se preocupa por mi recuperación, me comprende cada vez que le hago ver que algo no me es familiar, pero...

—¿Qué?

—Le falta algo. Le falta pasión. Echo en falta...

Se acercó un poco más a Jakke, cosa que le aceleró la respiración y le hizo recordar los últimos momentos a su lado... toda la semana recorriendo la casa en busca de su esencia...

—...echo en falta que me abrace con locura. Que me mire como me miras tú, o me diga las cosas que me dices tú. Echo en falta que me coma a besos como hiciste el otro día, o que tenga curiosidad por los ruidos que hago dentro de mi cama. Es frío. Es amable, pero es frío. Me resulta muy raro pensar que yo me he prometido con ese tipo. Tú me conoces: yo me dejo llevar por lo que me entra en el cuerpo en cada momento. Pero con él no surge esa chispa. Y eso que lo he intentado.

—¿Qué has intentado? No me asustes.

—He intentado... sentir eso. He intentado provocar algo en él, algo que me hiciera remover algún recuerdo interno, alguna emoción. Hace un par de noches me metí a dormir en su cama, cosa que no había hecho desde que llegué a la casa.

—Qué loca —apuntó él, sonriendo.

Ella abrió mucho los ojos, fingiéndose escandalizada.

—Es mi prometido, oye. No sé de qué te sorprendes, tío pacato. Pero

espera que te cuente... en fin, en ese momento yo necesitaba... mimos, caricias, llámalo como quieras —se acercó a él y continuó narrando en susurros, como si temiera que alguien pudiera escucharlos en la casa vacía—. Me dejé llevar... me quité la ropa interior debajo de las mantas y me quedé sólo con una camiseta y abajo... pues nada de nada.

—Ojalá haber estado allí —soltó Jakke sin pensarlo, dándose cuenta al momento de que quizás se había pasado. Pero Sue sólo levantó un dedo en señal de *espera, que ahora viene lo bueno*.

—Él viene todo dulce y se sienta al lado de la cama, encantado de verme ahí. Yo quería probar, es decir, necesitaba saber cómo era él... ya sabes. Tenía curiosidad. Entonces él va y me dice algo como “eres tan preciosa, estás para comerte”. Y entonces yo voy y aparto las mantas y le suelto “pues cómeme”.

—Uf —resopló él—. Qué situación.

Pero en ese momento, ella se puso seria de pronto y se miró las manos, como avergonzada. Jakke no entendía nada.

—Entonces él... él... me dice “quita, quita, ¿comerte? ¿así, por las buenas? Qué cosas dices, cielo” y me da un besito en la frente.

—En la frente.

—Como te lo cuento. Y me dice que vuelva a ponerme la ropa interior o se me enfriará el trasero. Así por las buenas. Y ya está.

Durante un momento ninguno de los dos supo qué decir.

—Fue una decepción —soltó Sue al cabo de un momento—. Me sentí mal, me sentí como si hubiera dicho una inmoralidad...

—A ver, Lum... Sue, igual no es tan espontáneo como tú, o incluso, bueno, hay a quien no le gusta; ya sabes, sobre gustos no hay nada escrito, y hay personas que encuentran esa parte del cuerpo un poco... —dijo él para intentar ver el lado positivo y que ella no siguiera compadeciéndose. Pero entonces un nuevo brillo surgió en los ojos de la española, que miró directamente a los de Jakke.

—¿A ti te gusta? —dijo ella, despacio.

Los siguientes momentos fueron un poco confusos. Casi no hubo palabras. Él se adelantó y le dio un beso intenso en los labios, y Sue se dejó hacer, abrazándose a él como si fuera un salvavidas, cosa que en cierto sentido, era. Las manos de Jakke recorrieron la ropa cara de Sue, agarrando su trasero con

las dos manos sobre la minifalda. Se besaron durante unos instantes con hambre, como si llevaran un año separados, y Sue sintió que se le ponía a mil el corazón. Aquel hombre volvía a ser suyo, podía saborearlo, olerlo, abrazarlo, y sintió cómo crecía su deseo en su interior. Pero nada podía prepararla para lo que hizo Jakke a continuación.

Dejó de besarla y se arrodilló ante ella. Sue lo miró, confusa. Entonces él comenzó a acariciarle las piernas, desde los tobillos hasta las rodillas, y más arriba, hasta que sus dos manos se introdujeron bajo su corta falda. Sue sintió que le temblaba la respiración y le costó pronunciar las dos palabras que dijo.

—¿Qué haces?

El la miró justo cuando sus dedos llegaban hasta la ropa interior de ella.

—Responder a tu pregunta. A mí *sí* me gusta.

Entonces, lentamente, los dedos de Jakke tiraron hacia abajo de las bragas de Sue y ella pensó que se iba a volver loca. Pues en unos segundos, aquella pequeña prenda negra estaba ya enredada en sus zapatos de tacón. Sue sintió que la cabeza le daba vueltas con aquellas palabras de Jakke, cuando él se puso de pie, la tomó de las caderas y la sentó sobre la mesa de madera de la cocina. Aún estaban ahí las tazas de café que se acababan de terminar, y Sue intentó advertirle sobre ello, pero no tuvo tiempo. Jakke volvió a arrodillarse, esta vez entre sus muslos, y le levantó la minifalda hasta la cintura.

Los gemidos de Sue pronto resonaron por toda la casa. Semisentada sobre la mesa, se dejaba llevar por las olas de placer que le provocaba Jakke. Jakke y su boca, Jakke y su lengua, removiéndose por dentro de ella, o al menos esa sensación le provocaba. Su sexo estaba empapado y él parecía disfrutar deleitándose con aquel sabor, pues su lengua (ella podía notar cada roce, cada caricia con sus labios) se relamía una y otra vez entre sus muslos. Sue se agarraba con las dos manos al borde de la mesa, y temía que fuera a caerse al suelo en cualquier momento. Era tan intenso como había deseado, incluso más, y esta vez podía expresarse, era libre, podía dejarse llevar, así que echó su cabeza hacia atrás y se concentró en la increíble manera en que aquel increíble hombre la estaba comiendo entera.

“Te quiero más dentro” pensó, y entonces le agarró la cabeza con una mano, a riesgo de perder el equilibrio: pero la idea de dejar de sentir aquello la volvía loca, y quiso apretar la cara de aquel hombre contra su sexo mojado.

Los dedos de las manos de él se clavaban en su trasero, ella podía notarlo, y el ritmo de su lengua se volvió endiablado de repente. Supo que no podría aguantar mucho más, el placer invadía cada rincón de su mente y ya no podía pensar.

Gritó el nombre de Jakke varias veces mientras se corría entre temblores, y se dejó caer hacia atrás encima de la mesa, ya sin fuerzas. Escuchó el sonido de una de las tazas de café al caer al suelo, o las dos, pero le daba completamente igual. Jakke, su Jakke, acababa de llevarla a las nubes, y no estaba dispuesta a bajar por nada del mundo.

Claro está, hasta que, entre el sonido de sus respiraciones entrecortadas, escuchó el sonido del motor de un coche que se acercaba y aparcaba frente a la puerta.

No podía ser verdad.

—Joder, es mi madre con mi hermana. ¿Cómo han vuelto ya? —dijo la voz de Jakke.

Sue dio un respingo, y tan sólo tuvo tiempo de colocarse la falda deprisa, recoger su ropa interior del suelo, meterla en su bolso hecha una bola arrugada, y secarse un poco el sudor de la frente con una servilleta, cuando se abrió la puerta de la casa.

—¡Ay, cariño! —exclamó la madre de Jakke nada más verla—. ¡No sabía que te veríamos tan pronto! Ven, dame un abrazo... oye, cariño, tú estás mala ¿eh?

—¿Qué? No... —balbuceó Sue—, yo me encuentro normal...

—Sé reconocer la fiebre cuando la veo, que he tenido dos hijos. ¡Claro! ¡Sales afuera con una minifalda! ¿Tú sabes la temperatura que hace? Mírate, estás sudando y acalorada. ¡Trae el paracetamol, Jakke, muévete!

Capítulo 10

Jakke se reía aún para sí mismo mientras se metía en la cama, ya de noche. Aún podía recordar a Sue sentada en el sofá, tapada por dos mantas y con un paracetamol disolviéndose en un vaso, y su mirada suplicante que parecía decir “tío, tienes que parar esto”, mientras su madre y su hermana buscaban un termómetro por toda la casa para ver si su invitada aún tenía fiebre. Al final todo acabó con los cuatro charlando en los sofás, y Sue explicando los pormenores de su nueva vida a la familia..., omitiendo, claro está, los detalles más privados. Anni y su madre estaban encantadas con lo que la española les contaba, sobre todo con la promesa de que pronto los llevaría a ver su nueva casa, por supuesto, si Oscar daba su aprobación. Y así, tras un rato, Sue se levantó y anunció que tenía que volver.

—Ah, por cierto, ahora resulta que tengo un móvil —comentó mientras salía por la puerta—, me gustaría que lo tuvierais por si la policía quiere preguntar algo sobre mí.

Jakke sonrió recordando cómo ella lo miraba fijamente mientras decía aquellas palabras. Apostaba a que la policía, o la embajada, le daban bastante igual. Con gusto intercambiaron los teléfonos, y sin más, ella había partido de vuelta a su nueva vida.

Jakke se tapó con las mantas recordando cada mirada, cada gesto de ella. Pero había algo más. Pasó la punta de su lengua sobre los labios, recordando su sabor. Su aroma, su tacto, su textura. No podía quitarse de la cabeza los minutos en los que había estado dando placer a Sue con su boca, abajo en la cocina; al cerrar los ojos, aún podía oír los gemidos que iban creciendo en intensidad a medida que él la saboreaba, y podía sentir la presión de sus muslos contra sus sienes, y sus caderas temblando de forma cada vez más incontrolable. Todos aquellos gratos recuerdos le provocaron, como era de esperar, una...

Sonó el móvil de pronto, y Jakke dio un respingo, sobresaltado. Lo buscó en la oscuridad y lo halló en la mesilla al lado de su cama.

—¿Diga?

—Hola... soy yo —dijo la voz de Sue al otro lado—. No es demasiado

tarde ¿verdad? No estarías durmiendo...

—Para nada —dijo él, feliz—. Me estaba metiendo en la cama, pero sin mucha gana de dormir. Si te soy sincero, me estaba acordando de ti.

La voz de ella también sonó sonriente.

—Es una feliz casualidad, entonces.

—Es que no puedo —explicó él, bajando un poco la voz— olvidar lo de esta mañana. Ha sido tan increíble...

—Dímelo a mí —ella suspiró en el auricular—, aún me dan escalofríos de pensarlo. Eres maravilloso, tío. No sabes la de cosas que me has provocado, que has removido en mi interior.

Silencio durante unos segundos. Jakke no sabía muy bien qué decir que fuera apropiado, y no recurrir a “tengo una erección estupenda ahora mismo gracias a esos recuerdos”. Fue ella quien volvió a hablar.

—A que no sabes dónde estoy.

—Dime... ¿qué es eso que oigo? ¿agua?

Ella rió deliciosamente al otro lado.

—Así es... estoy en mi bañera. Y qué bañera tengo en esta casa, eh, deberías verla. Nada que ver con la tuya.

—Vaya, gracias, eh.

—No, tonto —susurró Sue—. Es que esto más que una bañera es una mini piscina con burbujas y espuma. Oscar está trabajando hasta tarde hoy, así que he comido algo y luego me he bajado aquí, con agua calentita, música suave, y una copa de vino blanco fresco. Esta casa es extraña y un poco hostil todavía... pero esto me hace sentir viva. Esta bañera es enorme, como un círculo, me puedo poner a flotar estirada en el agua y todavía me sobra espacio. Rodeada de paredes de mármol blanco, y con una cristalera enorme con vistas a las montañas... ¿Qué te parece? ¿Te vienes?

—Me encantaría —susurró Jakke, imaginando la situación. Era demasiado bueno para ser cierto, la intimidad de estar teniendo aquella conversación secreta le aceleró el corazón, y de alguna manera, Sue lo notó al momento.

—Sí, sé que te encantaría. Y a mí también —dijo—. Después de lo de hoy... quiero más. Y me gustaría que fuera ahora mismo. Que pudieras estar aquí a mi lado, mirándome como me mirabas hoy...

La voz de Sue era tan sugerente... Jakke respiró hondo, disfrutando las sensaciones que le recorrían el cuerpo.

—¿Te gustó? —le preguntó, aun dándose cuenta de la pequeña chulería que

implicaba la pregunta.

—Ya sabes que sí —explicó ella, buscando las palabras con cuidado—, era justo lo que necesitaba, supiste tocarme, acariciarme, es como si me conocieras de siempre... supiste ponerme al momento tan...

—¿Emocionada?

—Cachonda —susurró ella al teléfono, y escuchar aquella palabra hizo que Jakke se mordiera los labios con anticipación.

—Quiero repetirlo también —se le ocurrió decir—, quiero estar en esa bañera contigo ahora mismo, pero con Oscar...

—Olvida a Oscar. Imagina que estás ahora aquí.

—Ya lo hago... y desde hace un rato.

La risa de ella sonó tintineante.

—¿Y qué haces exactamente?

Jakke iba perdiendo la autocensura minuto a minuto.

—Tengo la mano bajo mi pantalón —explicó—, pensando en lo que te haría.

—Mmmmm —murmuró Sue—. Dime.

—Besarte mucho. Pegar mi cuerpo al tuyo bajo el agua. Comerte la boca mucho rato.

Jakke escuchó la respiración de ella, un poco agitada ahora, en el auricular.

—Me gusta —susurró—. ¿Qué más?

—Abrirte un poco los muslos —continuó él— y acariciarte justo ahí con mi mano... explorarte con mis dedos. Por cierto...

—Dime.

—¿Donde tienes tus dedos ahora mismo?

—En el teléfono, tonto —rió Sue—. Pero la otra mano... está justo donde tú dices.

—Que siga ahí —ordenó Jakke, removiéndose bajo las mantas mientras se quitaba la ropa interior, para estar más cómodo. Escuchaba la respiración de Sue en su oído y pudo imaginar que estaba de verdad a su lado, abrazado a él, piel con piel.

—Dime más —rogó ella—. Quiero que me digas exactamente qué me harías en esta bañera.

—Follarte —murmuró él, soltando la primera palabra que le vino a la mente mientras se acariciaba bajo la manta—. Follarte bajo el agua.

—Me encanta, Jakke... —fue la respuesta—, hazlo, por favor. Tengo que confesarte algo, por cierto... cuando estuve en tu casa, también me di un baño en tu bañera...

—Lo recuerdo.

—Bueno, pues cuando estuve en tu bañera... también estuve pensando en ti un buen rato. Entonces no sabía que tú también... bueno, que tú sentías... vaya, que pensé en ti igual que ahora.

—Ya lo sé —rió él—. Te oí a través de la puerta.

—¿En serio? Qué tramposo, me muero de vergüenza —susurró ella, fingiendo estar escandalizada—. Debiste haber entrado, entonces.

—No habríamos cabido.

—Es verdad. En cambio, aquí sí. Ahora podrías estar abrazándome, haciendo lo que has dicho...

—Follándote.

—Ufff —suspiró ella, electrizada por aquella palabra—, adoro cuando lo dices así. Sí, yo te abrazaría con mis piernas... puedo sentirte ahora mismo dentro de mí...

—Dentro de ti —repitió él, sintiendo que poco a poco se iba acercando al final del camino, con el corazón latiendo desbocado—. Tomándote por las caderas mientras estoy dentro de ti... y me muevo dentro de ti...

—Oh... —Sue dejó de hablar unos instantes, sólo su respiración agitada sonaba una y otra vez en el auricular.

—...sí, dentro de ti, sin parar hasta llevarte a la locura —terminó de decir Jakke. Escuchó atento la reacción que aquella frase tuvo en Sue, que soltó varios gemidos, cada vez más intensos, que a su vez provocaron que su propia excitación superara todos los límites. Gruñó mientras su cuerpo se sacudía invadido por oleadas de placer, escuchando a la vez que a Sue le ocurría exactamente lo mismo. Tardó varios segundos en recuperar el aliento antes de poder hablar de nuevo.

—¿Estás ahí? —aventuró— ¿Se te ha caído el móvil al agua?

—Sí, sigo aquí... —dijo ella, con su voz todavía alterada—. Dios mío. No te imaginas lo que acabo de sentir... creo que el agua ha subido de temperatura veinte o treinta grados después de esto. Uf... ¿Cómo estás?

—Pues imagínate —respondió Jakke—. Se me ha quitado el sueño por completo. Y voy a tener que cambiarme de ropa, creo.

Ella se echó a reír al otro lado.

—¡Lo siento!

—No lo sientas. Seguro que a ti te ha pasado algo parecido.

—Olvidas que estoy bajo el agua. Yo ahora puedo relajarme y seguir aquí un rato más, bebiendo mi vinito entre los jabones aromáticos.

—Qué suerte tenéis los ricos.

—Mi suerte es conocerte, Jakke... —dijo ella con un tono de voz del todo distinto al anterior—. Sinceramente. De no haber sido por ti, no sé dónde estaría ahora, o cómo... y te voy a ser sincera en otra cosa. Sé que Oscar va a intentar ayudar a que me recupere, y sé que mi vida es ésta y todo eso; pero quiero que esto que hemos hecho hace un momento sea *real*. Quiero que ocurra.

Esa vez fue él quien resopló. Aquello era mágico. Jamás le había pasado algo así, tan intenso, tan especial. Le faltaban las palabras.

—Y yo también —dijo al cabo de unos momentos.

—¿Aún sigues ahí? —respondió Sue con una dulzura infinita—. Venga, a dormir. Creo que oigo una puerta cerrarse por la casa; debe ser Oscar.

—No quiero perderte.

—No me perderás —dijo Sue, susurrando—. Hasta pronto.

Jakke cerró los ojos después de colgar. Su último pensamiento antes de caer en la inconsciencia fue “siempre una ducha rápida cuando tenemos una bañera preciosa en casa ¿por qué ya casi nunca la uso?”

Mientras tanto, Sue salía de la bañera (tras respirar hondo unas cuantas veces para recobrar la compostura) y se envolvió en su cálido albornoz, mientras escuchaba a Oscar entrar a la casa. Aún le costaba orientarse en aquel sitio extraño, pero estaba haciendo todo lo posible para adaptarse.

—Hola, cariño —dijo él, dejando la americana y el maletín sobre la mesa de cristal del salón—. Hay que decirles a los jardineros que se esmeren un poco más en quitar la nieve de la entrada; casi me he resbalado tres veces. ¿Cómo te encuentras?

Ella caminó hacia él, descalza, pensando en qué diferentes serían las cosas si aquel hombre fuera como Jakke, a quien aún tenía en la mente. Aparecer ante él en albornoz y con el pelo mojado habría sido acicate suficiente para que él se pusiera en pie, le comiera la boca sin más preámbulos y luego lanzase el albornoz lejos, muy lejos. Pero Oscar, aunque la miró con aprecio y

con cariño, no hizo nada de eso. A pesar de ello, Sue decidió que al menos debía intentarlo. Debía conocer un poco a su prometido, tratar de reconstruir lo que tenía con él.

—Estoy bien, más que bien —explicó caminando despacio hacia él—, me he dado un baño bien largo y relajante ahí atrás.

—Pues eso está muy bien.

—Es que yo pienso —continuó ella—, que, si tengo que recuperar mis recuerdos de este sitio, mejor que sea con sensaciones agradables... y placenteras.

Él se puso en pie, y al hacerlo se erizó el vello de la nuca de Sue. ¿Sería posible que...? Pero él no hizo otra cosa que tomarla de la mano.

—Ven conmigo, vamos a sentarnos —dijo Oscar. La magia había pasado de largo, pensó Sue—. Sé otra cosa que te va a hacer recordar y sentirte mejor: volver a trabajar.

—No me digas —dijo ella con entusiasmo fingido. Si él notó la ironía, no dijo nada. La llevó hasta un rincón del gran salón, a una mesita con una carpeta llena de papeles encima, junto a un sillón y una *chaiselongue* de geométrico diseño danés. Él le hizo el gesto de que se sentara en la *chaiselongue*, cuando algo ocurrió dentro de Sue.

Miró aquel mueble, aparentemente tan confortable para sentarse a hablar.

No quiso.

Algo la detuvo. Aquel sofá se fijó dentro de su mente como una señal de advertencia.

Este sitio es malo.

Este sitio es peligroso.

Igual que por instinto sabemos que unos cables pelados saliendo de una pared no se deben tocar, ni tan siquiera acercarse. Igual que al acercarnos a un perro guardián, una mirada del animal nos detiene en seco y nuestro instinto de protección se dispara. Así reaccionó Sue cuando vio aquella *chaiselongue*. Algo le dijo que no debía sentarse ahí.

¿Pero qué?

Él debió notar su duda, porque le dio un leve empujoncito para animarla a sentarse. Ella se quedó muy rígida y con los ojos muy abiertos, y no dio un paso más. Casi sintió ganas de llorar, pero la parte racional de su mente le dijo que había algún motivo para esa reacción instintiva. Miró a Oscar y a su cara de extrañeza, y decidió fingir que no pasaba nada especial.

—¿Es que quieres que moje el sofá? —dijo con voz temblorosa que consiguió controlar al instante—, mira cómo llevo el albornoz y el pelo.

Él la observó atentamente durante un momento, pero al final no pareció darle importancia.

—Bueno, tienes razón. Te acompaño a vestirme al dormitorio, mejor. Te preguntaba lo de si estás bien y cómo te encuentras, por si estabas ya preparada para volver al trabajo. La verdad es que te echamos de menos por allá —dijo señalando con el pulgar las instalaciones de la fábrica, al otro lado del complejo.

—Yo me noto bien —dijo ella mientras llegaba hasta su armario y buscaba algún pijama cómodo que ponerse, y a la vez intentaba calmar su agitación—, pero lo que no tengo ni idea es en qué consiste mi trabajo. Vas a tener que formarme de nuevo en todo.

Él se echó a reír.

—No tiene nada de especial, es simplemente poner en práctica todos tus conocimientos de zoología alrededor de esta zona. Mira: en esta fábrica se manejan productos químicos un poco nuevos y desconocidos en su mayoría, y lógicamente el gobierno...

—¿Qué tipo de productos? —preguntó ella mientras dejaba su albornoz sobre la cama, desnuda ante él antes de comenzar a vestirse.

—Eh... es complicado de explicar —y Sue no supo si el titubeo era por la pregunta o por verla desnuda—, pero un día te cuento en detalle. De todos modos, la cosa es que el gobierno y los grupos ecologistas están detrás de nosotros. Nunca hemos tenido ningún problema con el medio ambiente de la zona, pero quieren evitar riesgos, y nosotros llevarnos bien con ellos. Por eso te tenemos a ti: para que realices periódicamente un censo de animales y plantas de la comarca, y nos ayudes a detectar si ha habido algún posible escape de productos que pudiera, ya sabes, poner a los animales enfermos o secar los árboles o algo que pudiera salir en las portadas de los periódicos.

—Eso puedo hacerlo.

—Lo sé, lo has estado haciendo de maravilla durante meses, aunque ahora no lo recuerdes. Por eso necesitamos que vuelvas.

Sue lo miró, ya con el pijama puesto, y sintió que allí faltaba algo. Sí, había frialdad en él, a pesar de sus sonrisas y sus buenas palabras. Si era su prometido debía de haber algo más en algún sitio. Y decidió buscarlo activamente. Porque algo en su interior le decía que allí pasaba algo raro, y

necesitaba quitarse esa duda de la cabeza de una vez por todas.

—¿Sólo por eso necesitabas que volviera a casa? —le preguntó, dando un paso hacia él.

—Bueno, no sólo. Eres mi cariñito, ya lo sabes...

—Yo todo lo hago de maravilla ¿verdad? —Sue se dijo que aquello era un poco forzado, pero, aunque no fuera Jakke, era bastante guapo. No le costó sonreír con picardía...

Le empujó suavemente para que se sentara sobre la cama, donde ella acababa de estar. Él la observaba sin decir palabra. Entonces, cuando Sue se arrodilló ante Oscar y comenzó a quitarle el cinturón (despacio, para que le diera tiempo a asumir lo que iba a pasar), él hizo un ademán de “espera, espera, qué haces”, que la española ignoró por completo. En lugar de detenerse, le bajó el pantalón hasta la rodilla, momento en el que pudo ver con claridad el efecto que estaba provocando en él, bajo su ropa interior, y sonrió para sus adentros al recordar que Jakke había estado igual hacía unos minutos tan sólo. Miró a Oscar y se dio cuenta de que le agradaba provocar esa clase de efectos en los hombres. Necesitaba hacerlo: sentía una gran satisfacción cuando ocurrían estas cosas, aunque no fuera ella directamente la beneficiaria. Y en este caso, lo que iba a hacer no sólo les iba a proporcionar placer físico a los dos, sino que también pondría orden en su cabeza.

Oscar enrojeció cuando Sue le bajó el calzoncillo sin más ceremonia, dejando al aire su sexo excitado. Ella lo valoró de un vistazo, forma y tamaño, y decidió que no estaba mal. Lo tomó con su mano, con delicadeza, y lo removió con cuidado mirando a los ojos a Oscar, que no decía nada más allá de respirar hondo, devolviéndole la mirada de una forma que ella no supo interpretar muy bien. De todos modos, Oscar disfrutaba, eso estaba claro. Así que Sue decidió dar un paso más.

Acercó la cara al pene de Oscar y comenzó a besarlo, por toda su longitud, con besos pequeños y tímidos al principio, con los labios más abiertos y sugerentes después. Notó como con cada beso las caderas de Oscar se removían sin poder evitarlo, y su respiración se hacía más profunda, y aquella sensación de poder la embriagó. Se dijo que en aquel momento podría hacer lo que quisiera con aquel hombre, era como un títere en sus manos, y para probarlo se puso de codos sobre la cama y rodeó con sus labios el glande sonrosado y ya húmedo de su prometido, mamádoselo como si fuera un polo de lima-limón. “Está claro: no es la primera vez que hago esto” se dijo,

escuchando con claridad ahora los gemidos de placer de Oscar.

Como sospechaba, aquella combinación de movimientos, gemidos, respiraciones y sabores en su boca comenzaron a excitarla a ella también. Quizás eso hizo que se le fuera un poco la mano con su entusiasmo, y redujo el ritmo de su frenesí, porque Oscar estaba comenzando a írsele de las manos y no quería que eso sucediera tan rápido.

—Me gusta —dijo, apartándose un momento del sexo de Oscar, disfrutando del sabor que se le quedaba en los labios y pensando en su próximo paso. Decidió, sopesando la situación y teniendo en cuenta la cara enrojecida de su prometido y su mirada suplicante, que debía llevar las cosas hasta el extremo que se había propuesto. Entonces, sin ceremonia, se quitó la camiseta del pijama. Sus senos aún frescos por el baño atrajeron la mirada de Oscar. Sue sintió resbalar por su piel los ojos del hombre, antes de inclinarse de nuevo y comenzar de nuevo a mamársela. Esta vez dispuesta a todo, a llegar hasta el final, a comprobar el límite de Oscar. Usó su lengua con el impulso que le daba su propia excitación, pues aquella situación la tenía empapada por completo bajo el pantaloncito del pijama.

Estaba preparada para lo que pasase, atenta a cualquier reacción de Oscar... y justo por eso, cuando él no pudo resistirlo más y, apretando los dientes, llegó hasta el límite donde Sue, su prometida, le había llevado, ésta separó sus labios en el último momento. Oscar se derramó, sin poder evitarlo, sobre la barbilla y el hombro izquierdo de Sue, fingiendo desmayarse aparatosamente sobre la cama a continuación. Luego, al cabo de un instante, se incorporó de nuevo para mirar a Sue, que seguía allí, arrodillada al borde de la cama, pensativa.

—Eres maravillosa, cariño, esto... esto ha sido increíble. Así da gusto volver del trabajo.

Sue aceptó el halago con una sonrisa y volvió a vestirse con una punzada de decepción. Porque ella había estado dispuesta a más, a mucho más. Porque si él se hubiera levantado y la hubiera besado mucho, o le hubiera quitado el resto del pijama antes de continuar, o la hubiera tumbado sobre la cama, o tan siquiera con que él la hubiera acariciado la cara y el pelo mientras ella le mamaba, todo habría sido distinto, y Sue sabía con certeza que *no habría apartado los labios* de su sexo en el momento final. De hecho, por algún motivo, incluso le apetecía. Estaba dispuesta a todo. Pero ya no.

Porque Sue se había dado cuenta, con total claridad, de que la supuesta

relación que ella y él tenían era un fraude deliberado. Muy bien orquestado y muy bien planificado, pero estaba claro entre ellos no había la pasión que ella exigiría en una pareja. Definitivamente *no* era posible que Sue se hubiera prometido con aquel elegante empresario de forma consciente y voluntaria.

Pero entonces ¿qué pasaba allí?

Capítulo 11

El conejo se mantenía impassible mientras Sue se acercaba a él, lenta y cuidadosamente como una depredadora, pero armada sólo con una cámara de fotos con teleobjetivo. Envuelta en un espeso abrigo de color blanco, para mimetizarse con la nieve, ella no se hacía ilusiones: el más mínimo ruido fuera de lugar haría que el animal se alejara de allá a toda velocidad.

El conejo, para su sorpresa, no se movió, y permitió que se acercase unos cuantos pasos más hasta que al fin se volvió a mirarla, con cara inexpresiva (¿qué cara tienen los conejos cuando son expresivos?).

—Qué raro —murmuró ella, acercándose un poco más, paso a paso, hasta quedar a menos de un metro de él—. Me pregunto si...

El conejo permitió con mansedumbre que ella lo tomara en sus manos. Increíble. ¿Sería domesticado? Sue lo examinó desde todos los ángulos y lo palpó, le hizo fotos, y de todo ello tomó nota en su *tablet*. Finalmente lo dejó libre, y casi tuvo que animarlo para que se fuera de allí.

Sue miró su reloj y se alegró de que ya fuera la hora de comer. El día estaba siendo muy desapacible, con el viento helado golpeándola en la cara, y grises nubes recorriendo el cielo. Levantó la mirada para observar las metálicas superficies de la fábrica, allá entre los árboles, y se preguntó si Oscar la estaría vigilando con unos prismáticos desde su oficina. No le parecía descabellado.

Llevaba una semana con pensamientos preocupantes. Estaba convencida que, por algún oscuro motivo, Oscar no era en realidad su prometido. Era ridículo, pero había anotado en su cabeza pequeños detalles, gestos, sospechas.

Pero no tenía sentido pensar eso ¿o sí? Sue repasaba una y otra vez en su cabeza el momento en el que Oscar apareció en casa de Jakke. Su alegría al verla fue sincera, sus explicaciones coherentes. Y no tuvo motivos para sospechar que él no fuera quien decía ser. Al fin y al cabo, él tenía todos sus documentos, y eso significaba que compartían algo ¿verdad? Y justo ahí es donde siempre la invadía la inquietud.

¿Por qué tenía él *su carnet de conducir*?

Lo había puesto sobre la mesa y todos lo habían visto. ¿Por qué lo tenía él? ¿De veras Sue había salido a conducir sin carnet, sin un solo documento encima, por las carreteras heladas de un país que no era el suyo? Ella nunca haría eso, ni para salir a dar un paseo, ni para ir a ningún sitio.

A no ser que estuviera huyendo de algo, claro. O de alguien.

Quitó esa sospecha de su cabeza, una vez más. ¡No tenía ningún motivo para huir de esa manera! Oscar parecía un tipo majo. Aunque, de nuevo, Sue tenía la acuciante convicción de que, aun siendo majo, ella nunca podría haberse sentido atraída por él.

Ojalá pudiera recordar algo, al menos; ¡poder saber algo con certeza! Pero lo peor era aquella sensación de que había algunos sitios de la casa, (el diván del salón, una zona concreta de la cocina, un armario del garaje) que le provocaban una insoportable aprensión, un miedo, una sensación desagradable que no sabía explicar, pero que ella estaba convencida de que tenía que ver con sus experiencias pasadas en ese lugar. Y, a pesar de no recordar nada concreto, Sue se daba cuenta de que un miedo así no se experimenta si algo no está terriblemente mal en ese sitio.

Y justo por eso, estaba deseando que llegara la hora de irse aquella misma tarde a Helsinki, a ver al doctor que Oscar le había recomendado. Él había pedido la cita hacía un par de días, descartando el hospital al que les había dirigido el médico de Tervola.

—En ese sitio —afirmó Oscar— te van a tener días esperando colas, rodeada de gente ruidosa y pasándote de médico a médico, cada uno más ignorante que el anterior.

Así que Oscar pidió cita con el otro tipo, asegurando que ya había tenido tratos con él en el pasado y que era un tipo muy profesional, más entendido que el médico del pueblo, que ya se había declarado sorprendido por la profundidad del trastorno de Sue, y que cualquiera de los matasanos del hospital. Ella ya estaba dispuesta a probar todas las opciones con tal de salir de aquella amnesia que le negaba toda posibilidad de saber qué demonios pasaba en su casa y en su vida, pero de todos modos le sorprendió un poco aquella decisión.

Además, estaba Jakke, claro. Se sentía mal por ello, pero a pesar de su nueva vida al lado de Oscar, o justo a causa de ella, ardía en deseos de ver a aquel leñador. Necesitaba imperiosamente sentir en serio a aquel hombre a su lado. O al menos hablar con él, contarle sus inquietudes... era alguien con

quien se podía contar. Cada vez que hablaban por el móvil, mientras Oscar trabajaba, era hora u hora y media durante la cual no tenía que fingir: podía ser sincera, mostrarse vulnerable y explicarle las cosas que no entendía. Y las conversaciones siempre terminaban diciéndose “algún día... algún día” el uno al otro.

Cuando llegó a la casa, al lado de la fábrica, Oscar ya estaba cargando una pequeña maleta en su coche, frente a la puerta.

—Son varias horas de carretera hasta allá, y será muy tarde para volverse de noche cuando acabe la consulta —explicó su prometido— así que he reservado habitación en un hotel para pasar la noche. Venga, ponte cualquier cosa y nos vamos. ¿Cómo ha ido el día?

—Bueno, he encontrado un conejo raro —comentó ella entrando en casa. Él frunció el ceño, de repente preocupado, y la siguió al interior.

—¿Cómo de raro?

—Bueno, he hecho algunas fotos y... pero luego lo hablamos tranquilamente. Deja que me arregle un poco, y vamos saliendo.

—No. Esto es importante. Cuéntame ahora.

Sue se volvió a él, extrañada.

—Creí que teníamos prisa, que no se nos hiciera de noche por el camino, esas cosas...

La expresión de él se volvió impaciente, nerviosa, desagradable.

—Enséñame esas fotos y tus notas y déjate de esas tonterías.

Desconcertada, Sue le dejó la cámara y su *tablet* y subió al dormitorio a vestirse. No entendía a qué tanta impaciencia justo a la hora de irse, por un maldito conejo; y por un momento pensó que si se vestía un poco elegante y atractiva él volvería a concentrarse en el viaje. No es que pretendiera seducirlo ni nada parecido, se dijo mientras escogía una falda y una blusa de colores claros, pero en fin, eso no la había fallado en el pasado. Pensando en el frío de fuera, se puso también unas botas y bajó las escaleras con su bolso cargado de todo lo que necesitaría, pero él seguía en el sofá enfrascado en la lectura de todo aquello, ya con el abrigo puesto y todo. ¿Qué narices pasaba?

Al verla llegar él le echó un breve vistazo, y luego volvió la mirada a la *tablet*, donde consultaba el informe y las fotos de Sue.

—Voy a tener que llevar esto a los chicos del laboratorio —anunció.

—¿Ahora?

—Ahora —repuso él levantándose con decisión.

—Pero... se va a hacer de noche...

—¿Quieres dejar de ser tan egoísta? Esto es importante —replicó Oscar, tomando la cámara y la *tablet* y dirigiéndose hacia la puerta—. Si es necesario posponemos la cita con el doctor: no va a haber diferencia en ahora o dentro de una semana.

Sue se sintió hecha polvo, pero no estaba dispuesta a rendirse.

—Entonces ¿es más importante lo de la fábrica que mi salud? No te preocupes, puedo irme yo sola.

—Es una buena idea —respondió él, pensativo, sin hacerle caso en realidad—. Tienes las llaves sobre la mesa, avísame cuando llegues. Mañana por la mañana, si me da tiempo, voy yo también.

Y con esas palabras abrió la puerta y se fue. Por un momento Sue quiso romper cosas, ¿a qué narices venía aquello? ¿Ya no importaba nada la visita al médico con su novia? Lo observó por la ventana mientras tomaba el sendero de la fábrica, caminando deprisa.

“Pues me voy sola” dijo para sí misma, “a ver si no voy a poder preocuparme de mi propia salud y de mi vida. Capullo”.

Minutos más tarde estaba arrancando el coche y saliendo con cuidado de la finca, mientras el sol ya caía tras el horizonte. Pero en cuanto tomó la carretera, sintió inseguridad; nunca había conducido tanto tiempo en la oscuridad y con tanta nieve. Y luego, cuando llegara a la capital...

Entonces sonrió aliviada porque se acordó de Jakke. Su pueblo no le pillaba de paso, pero podía dar un pequeño rodeo.

Entraron en Helsinki ya pasadas las dos de la madrugada. Sue dormía en el asiento del pasajero mientras Jakke conducía, mirando el navegador e intentando encontrar la avenida donde estaba el hotel. De vez en cuando miraba a su pasajera, tan preciosa, dando pequeños ronquidos apoyada en la ventana, y sonreía.

No había sido muy difícil convencerle: él estaba viendo la televisión cuando ella se presentó, y la idea de acompañarla en su visita a la ciudad le pareció de perlas. Se sonrieron con una complicidad invisible para los demás, mientras su madre y su hermana le preparaban un café a Sue y él subía a su cuarto a llenar una mochila con lo necesario.

La mitad del viaje había ido conduciendo ella, explicándole las últimas

cosas que habían pasado en casa con Oscar. Jakke intentaba tranquilizarla y darle algún sentido a todo aquello del conejo y el no querer acompañarla, pero Sue estaba indignada. Alguna sospecha pasó por su mente, pero no quería discutirla con ella y estropear aquel viaje. Pusieron música y todo fue más agradable, e incluso él aprovechó para acariciar la mano de Sue cuando ella cambiaba de marcha, haciéndola sonreír.

Jakke no estaba seguro de si aquel viaje era apropiado para... en fin, para demostrar lo que sentía por ella, pero es que no podía evitarlo. ¡Estar tan cerca de ella le nublabo el juicio! Y cuando se hicieron las diez de la noche, ella comenzó a sentir sueño, y él tomó gustoso su puesto al volante. Las carreteras se hicieron mejores y más anchas, y pronto las luces de la gran ciudad del sur se vieron a lo lejos.

Y así fue cómo llegaron al hotel. Ella estaba muerta de sueño, pero alcanzó a identificarse en recepción, pues por suerte la habitación estaba puesta a nombre de ambos, de Oscar y de ella. Jakke esperaba en el coche mientras tanto, para evitar problemas. Hasta ese momento no había sido consciente de qué iba a hacer al llegar, de si le iban a preguntar su nombre o le iban a pedir identificación o si acaso Sue querría que se quedara en el hotel también, o no. Se quedó, pues, sentado en el coche mirando el móvil esperando la llamada de ella. Pasaron los minutos y comenzó a impacientarse un poco, y llegó a pensar que de un momento a otro le llegaría un mensaje al teléfono diciendo “ya estoy en la habitación, gracias por traerme, un beso”. Se preparó para la decepción y para una noche encogido en el asiento trasero, tapado con una manta, cuando unos toques en el cristal de la ventana le sobresaltaron.

La cara sonriente de Sue lo miraba desde el otro lado. El gesto que hizo ella con la cabeza era inequívoco.

“Vamos”

Capítulo 12

—No voy a dejarte toda la noche en el coche con el frío que hace —aclaró Sue nada más entrar en el ascensor—. He estado en la habitación y es grande, hay sitio para los dos, de hecho hay sitio para cuatro o cinco personas. Ya sabes cómo son estos hoteles para ejecutivos.

—Ya, pues... te lo agradezco —dijo Jakke con timidez. Llevaba al hombro su mochila y no sabía qué esperar. No había querido ni dirigirle la mirada a la recepcionista cuando pasó por delante del mostrador, y Sue simplemente la había saludado con la mano. Se dijo a sí mismo que aquello no era más que acompañar a una buena amiga al médico, ya que su pareja no podía. Sin embargo, a pesar de repetírselo en su interior una y otra vez, el corazón le latía a toda velocidad. Miraba las paredes del ascensor, la botonera, el suelo, como si tuviera que aprendérselos de memoria. Y mientras, Sue, a su lado, bellísima incluso con cara de cansada, mirándose en el espejo del ascensor mientras ascendían despacio hasta la séptima planta.

Jakke tenía miedo de hacer siquiera un ruido. De decir una palabra. De hacer algo que fuera malinterpretado. Sabía que ella estaba preocupada por la cita médica del día siguiente, que seguramente estaba enfadada con Oscar, que estaba cansada por el largo viaje y aturdida por estar pasando la noche en un sitio extraño, sobre todo con su mente medio vacía de recuerdos. Quiso darle un abrazo y decirle que todo saldría bien, pero se contuvo para no provocar una situación quizás incómoda.

Pero era tan preciosa... vista de perfil, incluso con aquella mirada de agotamiento...

Así que no cruzaron palabra durante la subida en ascensor. Durante un instante pasaron por la cabeza del granjero un par de imágenes de loca pasión en ascensores, extraídos directamente de sus recuerdos cinematográficos: películas de detectives privados que se lían con las testigos de su caso y luego la cosa se complica y todo es terrible para los dos. Y Jakke pensaba que las cosas se podían complicar mucho. En teoría, él no debería estar allí en absoluto, se dijo con una punzada de culpa justo al salir a la planta deseada.

Pasaron de la luz tenue del pasillo a la luminosidad geométrica de la

habitación. Era una de esas habitaciones minimalistas de hoteles de viajeros, sin lujos pero limpia y con buen gusto. La cama, al fondo de la habitación, parecía amplia y tenía dos luces halógenas sobre ella alumbrando un mural abstracto sobre el cabecero. Al otro lado, un sofá frente al ventanal que mostraba las luces de la ciudad, y una televisión de pantalla plana en la pared, visible desde ambas zonas. La moqueta del suelo tenía un curioso color azul con líneas verdes aquí y allá. Sue entró y sin ceremonia hizo rodar su maleta hasta el suelo, frente a la cama, y allí la dejó caer con un suspiro. Se quitó el abrigo y lo tiró sobre la cama. Luego se arrodilló y, abriendo un bolsillo de la maleta, extrajo varios sobres con papeles.

—Siéntate, deja tu mochila por ahí, donde quieras —dijo despreocupada, examinando los documentos y sin mirar a Jakke. Eran partes médicos, pudo comprobar él mirando de reojo, mientras se dejaba caer en el pequeño sofá para no molestarla. A Jakke le ponían nervioso los hoteles, pues no estaba muy acostumbrado a viajar, y entrar en un sitio así, asumir que va a ser tu casa durante uno o dos días, una casa que han diseñado y decorado otros, le parecía incómodo de digerir. La observó, concentrada, repasando fechas y datos, y se dijo con sentimientos contradictorios que posiblemente eso era todo: que ella le dejaría dormir en el sofá para no pasar frío y que al día siguiente madrugarían para ir al médico, como dos compañeros de viaje normales. Sin mayor problema. Sin mayor complicación.

Sue terminó por guardar sus papeles de vuelta en la maleta, y se puso en pie, sacando el móvil del bolsillo. Dirigió una mirada de curiosidad a Jakke mientras pulsaba el icono verde, comprobando que estaba cómodo y se había quitado el abrigo, y entonces contestaron al otro lado de la línea.

—Hola, Oscar ¿cómo te pillo? ¿Dormido ya?

—...

—Hola. Sí, ya estoy en el hotel. Voy a ver si el servicio de habitaciones aún me puede subir algo...

—...

—Cansada, cómo voy a estar. Después de tantos kilómetros, mira qué hora se me ha hecho.

—...

—Pues me ha sentado mal, Oscar. Ya te lo he dicho y no quiero hablar de ello. ¿Tan importante, de verdad, es que...?

—...

—Vale, vale, que no tengo ganas de discutir. Tú verás si tan importante es. Yo no lo sé. Sabes que aún voy a remolque con el trabajo. Precisamente...

—...

—Sí, a las diez y media. Tengo la dirección, me parece que no es muy lejos del hotel. Pero ¿seguro que es de confianza? Este tío no me conoce de nada y...

—...

—Pues si tú lo dices... veremos. En fin, estoy cansadísima. ¿Alguna cosa más?

—...

—Pues hablamos. Hala, buenas noches.

Sue miró al techo con un suspiro de hastío mientras apagaba el móvil y lo dejaba sobre la mesilla a la izquierda de la cama. Se sentó sobre el colchón y se quitó las botas, quedándose con un par de calcetines de color azul, gordos y cálidos. Luego caminó hacia donde estaba el sofá, donde seguía sentado Jakke observándola e intentando deducir su estado de ánimo.

Sue se acercó, curiosa, hacia los visillos de la ventana, y los apartó con cuidado para echar un vistazo a la calle y los edificios cercanos. Entonces se dio la vuelta y dio dos pasos, decidida, hacia donde Jakke estaba sentado, aún con su mochila al lado. Sue la tiró al suelo sin contemplaciones, para a continuación subirse a horcajadas sobre el regazo de su sorprendido compañero de viaje, con una rodilla a cada lado de sus caderas, pegando su cuerpo al de él y rodeándole el cuello con sus brazos.

Le miró a los ojos durante un par de segundos, desde cinco centímetros de distancia.

Luego Sue comenzó a comerle la boca a Jakke.

Con calma al principio, rozando los labios de él con mucha delicadeza, pero de forma que quedara absolutamente claro el deseo que ella sentía, de forma que se notara que ella mandaba aquí, que tenía la sartén por el mango y que pensaba disfrutar aquello. Jakke se vio sorprendido por aquel movimiento, pero no hizo nada para evitarlo: se le aceleró el pulso al notar como Sue pegaba su cuerpo al suyo y se sentaba con firmeza sobre su regazo, moviéndose despacio, haciendo crujir aquel sencillo sofá de hotel.

Pronto los besos fueron creciendo en intensidad mientras los dedos de ella se enredaban en el pelo de Jakke. Él sintió que la temperatura crecía y que incluso le costaba respirar, y le costó apartar su boca de la de Sue para poder

decir algo.

—¿Qué te ha dado? —dijo jadeando—. No me estás dejando ni respirar, Lum... Sue.

—Respirar, bah —susurró ella, pícara—, eso está sobrevalorado. ¿Es que no te gusto? ¿Prefieres tupreciado oxígeno a que te bese?

—Me encantaría tener las dos cosas. Pero muerto no te serviré de nada y tendrás que pasar el resto de este viaje sola.

—Estaba sola, te tenía lejos todo este tiempo —repuso ella dándole beso tras beso mientras hablaba—, tenía que verte y escucharte sólo por el móvil. Eso se acabó. Esta noche eres mío. Completamente mío. Todo el tiempo que quiera. Y vas a tener que decirme que sí a todo. Después de todo lo que he esperado, me lo merezco.

—Vale, pero hagamos algo con respecto al calor. Si alargas el brazo, creo que eso que hay en la pared es el selector de...

Sue hizo caso omiso a la indicación de Jakke: continuó sentada sobre él, y con un ágil movimiento se quitó el suéter que llevaba y lo tiró al suelo. Su sostén negro de algodón con encaje era una visión que Jakke había deseado tanto tiempo...

—¿Mejor así?

En esa ocasión fue él quien la abrazó, poniendo su cara sobre los pechos de Sue, cubriéndolos de besos, rozándolos con la nariz, la boca, la lengua. Ella se dejó hacer, cerró los ojos, y no los abrió ni cuando Jakke introdujo, impaciente, sus manos bajo las copas del sostén y lo levantó para arriba, dejando sus pechos, por fin, al descubierto.

—También podrías desabrocharlo... mmmm —murmuró Sue, dejándose llevar.

—Da gracias a que no te lo haya arrancado.

—Es de Victoria's Secret. Ni se te ocurra... —y sus palabras quedaron ahogadas por el escalofrío que le sobrevino cuando Jakke comenzó a besar su piel. Sus labios acariciaron los pezones de la joven y Sue dejó de intentar hablar, y comenzó a gemir suave, llevada por aquel torrente de sensaciones. No quería abandonar aquello nunca, no quería que Jakke parara nunca, y por eso le tomó del pelo con las dos manos y le apretó contra sí, contra su pecho, llevada por una especie de impulso ancestral tras miles de años de evolución, asegurándose de que esta vez sí pudiera respirar bien. Sue se sintió volar por el cielo.

Entonces ella decidió que quería más. Que necesitaba más. Que ya estaba bien de esperar.

Momentos después, Jakke estaba tumbado en la cama boca arriba, con su bóxer como única prenda, y Sue estaba sobre él. Ella llevaba un coiletero que le recogía el largo pelo negro, y nada más.

Completamente desnuda, montada sobre Jakke, Sue se frotaba contra él como si fuera un pequeño pez recubierto de humedad que necesita nadar en el mar, y como si Jakke fuera exactamente eso, un infinito océano de piel cálida y suave. Sus bocas estaban unidas en un intenso beso, prolongado y cuidadoso. Él la tenía tomada por las caderas, intentando controlar la ansiosa energía de ella, que se movía arriba y abajo sobre la piel del granjero, soltando suaves gemidos cada vez que su sexo rozaba sobre el calzoncillo de tela de él, cada vez más tenso, cada vez más incómodo, cada vez más cerca de ser arrancado por pura desesperación. En efecto, cada vez que Sue apretaba sus caderas hacia abajo contra su cuerpo, justo en aquel punto de placer total, Jakke sentía una energía que se iba acumulando dentro de él. Como una batería que se carga y se carga y está a punto de soltar un arco eléctrico de los que te dejan seco. Lo único que podía hacer era prolongar el momento, agarrando a aquella mujer por las caderas y modulando su sinuoso movimiento que amenazaba con volverle loco.

Habían quitado la colcha de la cama y la habían tirado al suelo de cualquier manera, hecha un montón, para disfrutar de las sábanas frescas y limpias.

—¿No quieres que me quite...?

—Aún no. Calla —susurró Sue, sentándose un poco más adelante y poniendo sus dos pechos al alcance de la boca de Jakke. Él no dudó en aprovechar la ocasión para recorrerlos de nuevo con sus labios, mientras con la punta de sus dedos iba recorriendo la cara interior de los muslos de Sue. Podía notar la humedad, el calor, la tensión que también ella sentía. De pronto a Sue le dio un arrebató y se sentó otra vez sobre el bóxer de Jakke, provocando que soltaran un gemido al unísono que debió oírse con claridad en el pasillo. Ella comenzó a mover las caderas en círculos sacando todo el partido a aquel objeto duro y tembloroso que ella notaba claramente.

—Sue —consiguió decir Jakke— estás loca y me estás volviendo loco a mí... deja que me quite esto y...

—Te digo que aún no... quiero follarte yo a ti. Quiero aprovecharme de tu

cuerpo.

—Ufff, estás preciosa ahí, pero vas a hacer que explote dentro de mi calzoncillo, y ya verás...

—No te dejaré, puedes estar seguro.

—Eres como una gata loca... como una gata salvaje, moviéndote así...

—Si, así me pones, Jakke —dijo Sue apoyando sus manos sobre el pecho de él y arqueando la espalda mientras cerraba los ojos y se dejaba llevar por la locura.

—Ufff... así de rodillas es lo que pareces... una perrita... una leona...

—Mmmm —Sue sonreía y se balanceaba como en trance sobre el cuerpo de su amante.

—Como una conejita —murmuró Jakke, mirando hacia arriba a la maravillosa mujer que le estaba llevando hacia las nubes—. Mi conejita insaciable.

Pero Jakke se dio cuenta de que algo debió ocurrir en aquel momento, porque Sue dejó de pronto de gemir y de hacer ruiditos, y al cabo de un momento se quedó completamente quieta. Jakke la tomó de las caderas, juguetón, para animarla a que siguiera moviéndose. Pero ella le miró con los ojos muy abiertos, sin moverse, y luego se bajó de encima de él y se echó en la cama de lado, dándole la espalda. “Qué has hecho, tío, qué has dicho. Ya la has liado” fue el pensamiento de él.

Intentó acercarse a ella por detrás, abrazarla, intentar entender lo que había pasado. Ella se acurrucó sobre sí misma y tiró de la sábana para taparse. Entonces, tras unos momentos de silencio, Jakke insistió de nuevo, desesperado, para intentar comunicarse.

—Lo siento, Sue...no sé qué he dicho, pero lo siento. Por favor, no me des la espalda...

Fue entonces cuando Sue se dio la vuelta, mirándolo a los ojos como si la última hora nunca hubiera existido; su mirada había perdido toda la dulzura y toda la excitación de tan sólo hacía unos instantes. Era una mirada dura, era decidida, era vengativa; pero Jakke pudo ver que no era hacia él.

—Son unos hijos de puta, Jakke —murmuró—. Ahora estoy segura.

Capítulo 13

Sue y Jakke estaban sentados alrededor del único ordenador con internet que había en el hotel, en la cafetería. Todas las luces estaban apagadas y sólo la luz de la pantalla iluminaba sus rostros. El de Sue indignado, el de Jakke desconcertado. Se habían puesto unas camisetas y unas zapatillas de estar por casa, cortesía del hotel, y habían bajado a pedir permiso en recepción para usar el terminal. La soñolienta recepcionista del turno de noche (eran las tres de la madrugada) los había mirado con curiosidad y luego les había dicho que sin problema.

—La que estás liando por un simple chiste... —musitó Jakke frotándose los ojos—. Yo que ya me prometía una noche de pasión...

—Esto es en serio, Jakke —le espetó ella, con un tono que le quitó el sueño del todo—. Y tengo que darte las gracias porque me has hecho atar cabos. O eso creo. ¿Puedes asegurarme que no estoy loca? ¿No tiene todo el sentido del mundo? Yo trabajo en esa empresa con Oscar, tengo el accidente y pierdo la memoria. Empresa en la que, no olvides, trabajan con productos químicos y biotecnología avanzada. Lo que recordaba de ese trabajo se me fue por completo, pero no mis conocimientos anteriores. Me pongo de nuevo a la tarea, que es vigilar y controlar a los animales que viven cerca de allí, y lo primero que me encuentro es un conejo que se comporta como si no fuera un conejo, que no tiene su instinto natural de huir de los humanos. Y Oscar, al contárselo, se pone de los nervios y dice que tiene que investigarlo a fondo y me deja tirada. ¿Qué piensas?

—¿Un conejo escapado del laboratorio? ¿Piensas que puede ser producto de un experimento?

—Exacto, o debido a un escape de alguna sustancia. Me da igual, pero ¿qué tipo de sustancia puede provocar ese efecto en un conejo? ¿No puede ser que esa misma sustancia me haya afectado a mí? Y no me refiero a deseo sexual de conejo, que te veo venir. Amnesia. Pérdida de reflejos. No saber quién soy ni a qué me dedico. ¿Estoy diciendo una tontería muy grande?

—Pero sí recuerdas cosas.

—Cosas confusas, sensaciones desagradables asociadas a sitios de la casa y de la fábrica. No puedo explicarlos, pero esto explica algunas cosas. ¡Quizás el accidente no fue la causa de la amnesia! Quizás tuve el accidente precisamente *por culpa* de haberme intoxicado con algo... algo de allí dentro... piénsalo.

—¿Y si le preguntas a Oscar?

Ella estuvo a punto de escupir al suelo, pero era una moqueta monísima.

—Oscar no es mi prometido, estoy convencida de eso. Yo nunca me habría ido a vivir con él de haber estado en mi sano juicio, ya te lo puedo decir. Y prefiero no pensar en lo que voy a hacer con él si me entero de *por qué* no estoy en mi sano juicio.

—Bueno —pensó Jakke en voz alta—, mañana el doctor te podrá dar una pista.

Por toda respuesta, Sue volvió a concentrarse en su tarea, que era precisamente buscar información en internet acerca del doctor. Tenía su nombre y sus datos al lado del teclado, escritos en uno de los documentos que había traído consigo.

—Con razón me fijó Oscar la cita con él —dijo al cabo de unos momentos—, fíjate lo que pone aquí, es un investigador en teorías del comportamiento, metido en proyectos bastante confusos, y en la actualidad trabaja a tiempo parcial en una empresa del grupo de Oscar. Es decir, que es empleado de la compañía. ¿No te parece sospechoso?

—Vamos, que no vas a hablar con él mañana.

—Me lo estoy pensando —dijo Sue apagando el ordenador—. Seguro que no me va a decir más que mentiras.

—O lo mismo —argumentó Jakke soltando un bostezo— conoce más que nadie las consecuencias de esos tratamientos y esos productos. Dale una oportunidad ¿no? Si quieres, te acompaño y te digo mi opinión.

Tras un rato de debate volvieron a la habitación, pasando por delante de la recepcionista que esta vez los miró divertida. Era joven, llevaba grandes gafas redondas y llevaba poco en aquel trabajo, y aquel tipo de situaciones siempre le hacían esbozar una sonrisa de complicidad. Se fijó en Jakke y sintió un breve instante de envidia pensando en Sue, en la suerte que tenía aquella muchacha... antes de desearles buenas noches en voz baja cuando

desaparecieron en el ascensor.

Jakke y Sue finalmente se acostaron juntos en la enorme cama y se estuvieron besando un buen rato, pero ya no era pasión salvaje lo que había allí, sino un cariño relajado y tierno que no tenía ganas de alborotos ni de hacer crujir el somier a las cuatro de la madrugada. Se avecinaba un día largo y los dos lo sabían, así que pronto se quedaron dormidos, muy pegados el uno al otro.

Sólo el sonido del teléfono de la habitación los despertó, sobresaltados. Sue miró el reloj del móvil antes de responder.

—¿Cómo dice...? sí... póngame... vaya, ¡Oscar! ¡Si decías que no ibas a venir! ¿Desayunar *ahora*? ¿No es temprano aún?

Jakke fue rápido en reaccionar, a pesar de que aquella situación de película nunca le había ocurrido en la vida. Se vistió en treinta segundos, mientras Sue aún seguía hablando con su prometido, con cara de angustia. Cuando colgó, Jakke ya estaba saliendo por la puerta.

—Está abajo, en recepción... —resumió, tartamudeando—. Yo... no sabía... me dijo que no...

Jakke sonrió, abriendo la puerta mirando antes fuera, precavido.

—No te agobies, pequeña —susurró—. Yo seguiré por aquí cerca, llámame cuando puedas ¿vale?

Corrió hacia el ascensor con su mochila al hombro. “Las seis y media de la mañana”, se dijo, “a quien se le ocurre”. Pero la posibilidad siempre había estado ahí, y no quería perjudicar a Sue en lo más mínimo. Así que bajó a recepción por el ascensor que creyó más alejado de la entrada, y tras comprobar que sólo había un par de ejecutivos con cara de sueño sentados en los sofás, hizo lo mismo en un sillón que encontró libre y se enfrascó en la lectura de un periódico cualquiera.

Aún le golpeteaba el corazón en el pecho cuando sintió una figura que se acercaba a él, y miró hacia arriba dando un respingo.

—Buenos días. He sido yo quien ha llamado, caballero —dijo la recepcionista de noche, sonriendo de forma educada pero con una mirada ligeramente divertida tras sus gafas redondas—. Creí necesario avisar por si, bueno, por si la señora estaba bañándose o algo así y no podía ser molestada. Ya sabe. Podría haber sido una situación bastante... *incómoda*.

—Ha... ha sido un detalle —consiguió decir Jakke.

—Por cierto, ¿sabe usted si se va a quedar más tiempo? —la empleada sonaba confidencial—. Puedo mirar si me queda alguna individual con tarifa turista, si usted quiere.

—No, se equivoca... sólo he venido a... quiero decir que seguramente me vaya hoy mismo.

Jakke sintió que la temperatura de sus mejillas subía diez grados al menos.

—Oh. Vaya, bueno. Pues nada, que tenga usted buen viaje de regreso, ya que... no lo veré esta noche. Que yo acabo el turno en media hora.

—Bueno, me alegro —el muchacho no sabía dónde meterse—. A todos nos toca descansar, claro.

La recepcionista sonrió cortés y se alejó hacia la oficina de administración, pero apenas hubo dado dos pasos se volvió hacia Jakke y le entregó rápidamente una tarjeta. En ella estaba el nombre de la empleada, su teléfono del hotel, y otro teléfono móvil garabateado debajo, a bolígrafo.

—No entiendo... —acertó a decir Jakke.

Ella bajó la voz, acercando la cara a su oído.

—Como te he dicho —aclaró sonriente— acabo el turno en media hora. Y... estaría bien si me haces un descuento por el favor de antes.

Y Jakke se quedó allí sentado en el sofá con la tarjeta en la mano, con cara de bobo, durante un tiempo bastante largo.

Capítulo 14

Sue y Oscar terminaron de desayunar en el hotel y salieron a la calle cogidos de la mano. Sue a duras penas conseguía disimular la sorpresa y el nerviosismo que aún llevaba en el cuerpo, tras ver a su prometido (supuesto prometido, se repetía una y otra vez) en recepción esperándola con una sonrisa de oreja a oreja. Ella casi no había probado bocado durante el desayuno, mirando a su alrededor como una espía esperando ver aparecer a Jakke escondido tras un periódico o una maceta. Oscar le había explicado entre disculpas cómo se había despertado de madrugada, ya con las ideas más claras, y se había montado en su otro coche para venir a la consulta del médico con ella, en un momento tan importante en su recuperación. Sue no hizo ningún reproche ni ninguna pregunta fuera de lugar; aún estaba con la cabeza dando vueltas recordando a Jakke casi desnudo bajo su cuerpo en la cama, la llamada de teléfono, la despedida apresurada. De cualquier modo, supo sortear la situación y aceptó las disculpas de Oscar.

Después de todo, el motivo más importante por el que estaba allí era para ir a la consulta del médico. Aunque ya sabía que tenía vínculos con la compañía, Sue decidió dejarse hacer y estar atenta a todos los comentarios que pudiera escuchar, y dejar para más tarde sus sospechas. Caminaron juntos bajo el tímido sol del amanecer por las calles de la ciudad que despertaba, y se dirigieron hacia el parque de Meripuisto, que daba al puerto deportivo y al brillante mar Báltico; una zona de edificios caros y con estilo. Allí llamaron a una puerta y subieron al primer piso: la placa de metal en la fachada decía “Dr. Paasikivi”.

Con cierta sorpresa, Sue tuvo que admitir que el doctor Paasikivi no era tan amenazante o siniestro como ella esperaba. En su despacho, bajo un cuadro de Klimt lleno de colorido primaveral se sentaba un señor de cincuenta y muchos años, con una pequeña barba blanca y cara afable como un gnomo. Saludó a Oscar como si fueran viejos amigos que hace tiempo que no se ven, y luego se presentó a Sue con amabilidad y sin tratarla como una niña o una tonta, que era una de las cosas que más le inquietaba.

—Voy a quedarme solo con mi nueva amiga, para hacerle unas cuantas

preguntas. ¿Le parece si nos espera en la sala de al lado? — pidió a Oscar tras unos minutos de charla intrascendente. Oscar obedeció con una mirada de extrañeza.

—Y ahora que no está él— continuó el doctor, en tono confidencial, cuando Oscar hubo cerrado la puerta tras de sí—, tengo algo para usted que no quiero que él vea. Déjeme que busque aquí abajo...

Sue se inclinó hacia delante, expectante. Aquí viene, se dijo, aquí es cuando me sacan los documentos que prueban lo que han hecho conmigo. Pero un súbito pensamiento cruzó su mente: ¿y si ahora me planta delante unas fotos con teleobjetivo de la habitación del hotel? Yo desnudándome ante Jakke, yo besando a Jakke... ¿cómo reaccionar al chantaje?

El doctor puso súbitamente una lata de Coca-Cola encima de su escritorio.

—A su novio le costará un euro en la máquina del vestíbulo —declaró—, pero a usted la invita la casa. Privilegios de ser el jefe en esta pequeña clínica, ya sabe. Disfrute de ella, mi buena amiga, que la veo un poco acalorada.

—Gra... gracias —murmuró Sue sorprendida, mientras el doctor se acomodaba en su sillón y desenvolvía un chupa-chups para él. El sabor de la Coca-Cola hizo que Sue se relajara, y se preguntó si no estaba tomando demasiadas precauciones.

—Su prometido me ha hablado ya de su problema —comenzó el médico—, y por eso no voy a ahondar demasiado en los síntomas que ha tenido durante estas últimas semanas. Sé que han debido ser sensaciones angustiosas, el no conocer nada de una misma, el verse en un sitio desconocido. No creo que tenga sentido darle vueltas a eso, pues de donde no hay no se puede sacar. En cambio, me gustaría que me contara usted momentos buenos y agradables que haya sentido usted desde el accidente.

—¿Agradables?

—Habría tenido alguno, digo yo.

—Pues sí —dijo Sue con precaución—, pero no veo en qué puede ayudar el que yo...

—Hágame caso, por favor. Estoy cansado de escuchar a pacientes contarme penas; quiero conocer cosas interesantes y positivas que le hayan ocurrido en estos días. Y tengo un motivo para esto, ya lo verá.

—Bueno —Sue se preguntó hasta qué punto podía ser sincera con aquel hombre, y narrarle los orgasmos que había sentido pensando en, o provocados

por, Jakke el amable leñador. Y nada menos que a aquel hombre que estaba a sueldo de la compañía que dirigía su prometido. Bueno, la cosa estaba clara. ¿El juramento hipocrático protegía la intimidad de...? No, ni de broma.

Así que Sue pasó la siguiente media hora explicando la belleza de los campos nevados que rodeaban su casa, los animales que allí vivían, el viento fresco en el rostro mientras intentas que una lechuza no se asuste de ti. Nadar en la piscina climatizada al terminar el trabajo, cuando afuera hace treinta grados bajo cero. El recuerdo de una buena copa de vino, servida pocas noches atrás en la cena, frente a la chimenea de la casa de Oscar.

—Porque no sé si lo sabe, pero Oscar tiene una casa alucinante —le contó.

—Qué envidia, me gustaría conocerla algún día —el doctor no tomaba notas, sólo la miraba complacido. Ella se dio cuenta de que se estaba animando, de que recordar todos aquellos momentos le hacía un efecto balsámico y curativo a su mente preocupada.

—Y bien... —dijo ella cuando ya no se le ocurrió nada más que contarle —, ¿qué piensa usted que me puede estar pasando? ¿Recuperaré la memoria alguna vez?

—Pero querida amiga, usted ya tiene memoria.

—No, yo quiero decir...

—Verá, hay personas que sufren accidentes o enfermedades o lesiones en el cerebro que les incapacitan para recordar ni un solo dato. No recuerdan a la persona que acaban de ver, no recuerdan por qué salieron de casa, no recuerdan por qué llevan en la mano un libro. No pueden generar recuerdos. Mi conversación con usted me hace pensar que usted sí puede generar y guardar recuerdos, y muy buenos, por cierto. Usted puede disfrutar de una vida plena, y veo que su mente va ampliando sus horizontes, generando información nueva a partir de lo que usted vive cada día.

—Ya, pero no recuerdo nada de lo anterior. ¿He perdido eso para siempre?

—Yo no diría tanto. Ahora mismo es imposible de saber, pero yo le aseguro que todas esas conexiones neuronales que almacenan sus recuerdos anteriores siguen ahí, y poco a poco, inconscientemente, irán apareciendo. Su cerebro es como un músculo, se ejercita día a día y se interconecta de maneras que no podemos ni imaginar. Y la manera de hacerlo es generando recuerdos, viviendo el presente, haciendo planes para el futuro. Su cerebro poco a poco encontrará la manera de reconectar con esas áreas que quedaron aisladas por

algún motivo, y sin darse cuenta comenzará a recordar hechos que ni siquiera sabía que estaban ahí, todos los anteriores al accidente. Aparecerán en su flujo de pensamientos como si tal cosa, cuando esté usted pensando, digamos, en el olor de unas velas aromáticas al quemarse; y usted dirá “bueno, mira, igual que en aquella fiesta de cumpleaños cuando tenía diecisiete años” sin darle mayor importancia. Ese será el momento en el que los recuerdos empezarán a aflorar como en una presa a la que se le ha hecho, por fin, una grieta por la que el agua empieza a escapar. De momento esa presa, ese muro, está todavía ahí, pero se lo ha hecho usted misma, quizás como protección inconsciente tras el golpe con el coche. Pero la buena noticia es que, si se lo ha hecho usted, también usted conseguirá romperlo.

—Entonces... —Sue recordó las sospechas que le habían llevado hasta allí—, ¿usted no piensa que esto que me ha pasado sea debido a alguna intoxicación? ¿Algún producto químico? ¿Alguna toxina o algo de lo que fabrican en ese complejo?

El doctor Paasikivi sonrió tranquilizador.

—No conozco ningún compuesto químico ni ninguna neurotoxina ni ninguna medicina, de hecho, que consiga realizar un borrado “selectivo” por así decirlo de la memoria de una persona. No somos ordenadores, sabe, no se puede eliminar de un punto de la memoria a otro, así porque sí. Confíe en mí: pensar en su futuro arreglará su pasado.

Sue se encogió de hombros, no del todo convencida. Pero el remedio que le estaba ofreciendo aquel hombre no era tan descabellado, al menos por lo que su propia mente científica le aseguraba. Se sintió bien después de haber obtenido aquella explicación, sin tener que haber revelado nada incómodo. Pensaba en todo ello cuando el doctor Paasikivi le sugirió llamar ya a Oscar.

—Siempre que usted lo considere oportuno —aclaró—. Estas cosas son muy personales y ya no estamos en el siglo diecinueve. Si quiere, usted le explica todo a su prometido y si tienen alguna duda yo se la aclaro.

Y así fue como, tras unos minutos de conversación los tres juntos, Oscar y una sorprendida Sue salieron de la consulta del doctor a las frías calles de Helsinki de nuevo.

—Parece un buen tipo —comentó Sue, caminando hacia el coche de la mano de Oscar—. Ha sido muy amable conmigo. Confieso que al principio me intimidaba un poco.

—¿En serio? Si es un trozo de pan —rió su novio—. Le conozco desde

hace años, y sé que es de confianza. Tú no te acordarás, claro, pero he tenido momentos de mucho estrés durante los primeros meses de funcionamiento de la fábrica, cuando hubo que conseguir permisos de construcción, contratar a los ingenieros... hubo momentos en los que casi perdí el control. Y tú estuviste a mi lado, claro, pero él también. No podía confiar en ningún otro. Cuando hablábamos por teléfono y me notaba mal, ese mismo fin de semana se plantaba en casa con su mujer y nos pasábamos toda la noche hablando en mi despacho. Conseguía hacerme renacer, en serio.

—Con tantas horas de terapia, te cobraría una millonada... Espero que yo no te salga muy cara —murmuró ella.

—Pues sí que es caro; pero al final hemos acabado teniendo una buena amistad entre él y yo, y a veces ni me cobra. ¡Como el mecánico amigo que te cambia el aceite del coche como un favor!

—Eso, que me cambie el aceite de la cabeza, que es lo que necesito... y de paso que me revise que están todos los tornillos.

Caminaron tranquilamente por el parque, sintiendo el aire del mar en sus rostros.

—Bueno, pues hay que volver —dijo al fin Oscar—. Son varias horas de carretera...

—Escucha —le respondió Sue, pensativa—. Esta ciudad es nueva para mí y me resulta muy interesante... ¿por qué no quedarnos más?

—Yo tengo mucho trabajo... he hecho un esfuerzo para venir, pero mañana a primera hora estoy citado con...

—Ya. ¿Te importa si me quedo yo?

—¿Sola?

—Ya vine sola ayer... no, no es un reproche, en serio, es que estuve leyendo en el hotel y hay un par de museos que quiero visitar. Recuerda que tengo que ejercitar la mente. Ayer le dije a la recepcionista del hotel que quizás me quedara un par de noches y me indicó que no había problema.

Oscar se encogió de hombros.

—Como quieras. ¿Mañana volverás entonces?

—Prometido. Y quiero hacer algunas compras, también... Laponia está bien, pero sospecho que antes del accidente yo adoraba ir de compras. Toda la ropa que hay en los armarios no es mía, no la *siento como mía*, no sé si me

explico... es como vestirme con la ropa de una extraña.

Su novio rió con ganas, mientras se acercaban a donde había aparcado el coche.

—Cuidado con la tarjeta de crédito, entonces —le dijo, dándole a Sue un beso en la mejilla antes de montarse en el coche y arrancar.

Sólo cuando Oscar se alejó conduciendo por la calle y dobló la esquina, se permitió Sue la licencia de agarrarse a una farola para no perder el equilibrio. La cabeza le daba vueltas. Tenía que volver a ver al doctor Paasikivi, y de inmediato.

Entraría por la puerta, le cogería de las solapas y le haría confesar, a bofetadas si era necesario, que tras su sonrisa afable y su lata de Coca-Cola, había un completo y despreciable mentiroso.

Capítulo 15

Aún estuvo allí un rato más, pensando qué hacer. Estaba indignada y sólo quería salir corriendo de vuelta a su consulta a cantarle las cuarenta.

—¿Cómo ha ido? —dijo de pronto la voz de Jakke a su espalda. Sue se dio la vuelta, sorprendida.

—¿Qué haces aquí? Pensé que estarías en el hotel...

—¿Y dejarte ir sola a la consulta? Ni de broma.

—Te recuerdo que no estaba sola, iba con Oscar. ¿Y tú cómo sabías que yo...?

—Os he seguido. No me mires con esa cara, ¿qué creías que iba a hacer? ¿Quedarme en la habitación viendo la tele? Ahora cuéntame qué te ha dicho.

Sue agradecía ver a una cara amiga en aquella ciudad que de repente le parecía tan hostil... en especial si aquella cara era la de Jakke. Caminaron hasta el primer banco que vieron y se sentaron juntos.

—¿Quieres saber qué me ha dicho? Una sarta de mentiras, eso me ha dicho. Ha sido muy amable y me ha sacado toda la información que ha podido, y luego cuando yo le he preguntado qué podía decirme de las causas de mi amnesia, me ha mentido. Ahora sé que trabaja estrechamente con Oscar, tanto como para visitarlo en nuestra casa todas las veces que ha querido. Y a mí me ha dicho que no le conocía tanto y que nunca había estado. Puto mentiroso. Sabe perfectamente lo que me pasa y no me lo ha querido contar. Seguro que tiene órdenes directas de Oscar, y que ahora mismo le está llamando por teléfono.

—No sé, Sue —reflexionó Jakke—, tampoco puedes estar segura de esas cosas. ¿Has hablado con Oscar de ello?

—No —exclamó ella—. ¿Cómo crees? Voy a ir a buscar a ese doctor de las narices y voy a hacer que lo confiese todo. Ven conmigo, por favor... temo que no tengo fuerzas para hacerlo yo sola.

Caminaron juntos de vuelta a la puerta de la consulta del doctor Paasikivi, mientras Sue le iba contando a Jakke el supuesto diagnóstico que el doctor le había indicado, y las cosas que ella le había estado explicando.

—Casi me siento ofendido de que no me mencionaras en ese listado de

cosas buenas —dijo él riendo.

—No seas tonto. Algo me decía que no debía confiar en él al cien por cien, y ahora veo por qué. ¡Mira! Ahí está ese tipo. Está saliendo de la consulta, vamos a por él.

Jakke lo observó desde donde se encontraban, en la acera de enfrente.

—Parece un buen tipo. ¿Estás segura de lo que piensas?

—Del todo. Va a saber quién soy yo.

—Tengo una idea mejor.

Sue miró a Jakke, casi a punto de enfadarse con él también.

—¿Ah, sí? —le respondió desafiante.

—Sí. Piensa un poco, Sue. Estoy segura de que no pretendes montar un espectáculo en la calle. Piensa por un momento si ahora este tipo va a su casa, o a tomar un café, o... a lo mejor va a hablar tranquilamente con Oscar de todo esto, si dices que son amigos. ¿No te gustaría saberlo?

—Oscar iba a irse conmigo, así que no creo que vaya a quedar con él ahora. Pero sí, me parece bien tu idea: vamos detrás de él. Si tengo que ponerle los puntos sobre las íes, que sea en un sitio discreto.

Comenzaron a caminar, pues, a prudente distancia del doctor, que salió del barrio en dirección al puerto, paseando despreocupado. Sue estaba pensando ya en formas creativas de torturar al doctor Paasikivi cuando sintió la mano de Jakke tomando la suya. Sue lo miró, sorprendida; en parte por aquel gesto tan íntimo, en público, donde cualquiera podía verlos. Pero también sorprendida por el efecto calmante que eso tenía en sus sentimientos de furia.

Estaba sintiendo la piel de él en la suya, y no de la manera que últimamente había estado deseando. Aquella manera era... diferente, agradable. Se permitió sonreír un poco, mientras aceleraban el paso para no perder al doctor.

Caminando por el paseo marítimo, pronto se encontraron en la pequeña terminal de *ferries*. Ya un nutrido grupo de personas hacían cola para embarcar en un barco no muy grande, de los que se usan en las ciudades como Venecia o Estocolmo como transporte público, para llevar a la gente desde el centro a las islas más alejadas. El panel electrónico indicaba que el destino era Santahamina, una isla boscosa cercana a la ciudad, y toda aquella gente debía estar volviendo a casa después de la mañana de trabajo. El doctor Paasikivi se puso a la cola, y Jakke y Sue hicieron lo mismo, colocándose a una distancia de diez o doce personas por detrás.

—¿A dónde va? —susurró Sue mientras embarcaban.

Soltaron amarras pocos minutos después, y el *ferry* se alejó lentamente del muelle. El sol era agradable en cubierta y hacía olvidar por unos momentos el aire frío que soplaba del este. Los pasajeros más frioleros se situaron en los asientos de dentro, a mirar el móvil y protegerse del frío casi todos ellos, pero Sue y Jakke descubrieron que el doctor había subido a la cubierta de arriba y estaba asomado a la barandilla.

—¿Qué vas a hacer? —le susurró Jakke al oído. Ambos se habían sentado en la cubierta de abajo, donde también había varias filas de asientos al aire libre. Se habían cubierto las cabezas con las capuchas de sus abrigos para no ser descubiertos; Sue estaba pensativa otra vez, y se dijo que quizás debería probar algo nuevo. Miró discretamente una y otra vez a la cubierta superior, donde el doctor disfrutaba de la vista de la bahía, ocioso, sin reparar en ellos dos.

—Voy a ir a hablar con él —anunció Sue, levantándose de su asiento—. Le diré que se me ha olvidado contarle un par de cosas.

Jakke intentó preguntar algo, pero ella ya subía las escaleras. Sue caminó entre las filas de asientos medio vacíos mientras el barco se balanceaba de lado a lado con la suave marea, acercándose a donde estaba el psicólogo. Entonces se apoyó en la barandilla, un par de pasos a su derecha. Él la miró con curiosidad durante un momento, hasta que la reconoció; en aquel momento su mirada se volvió alarmada.

—Usted... —dijo.

—Ah, hola —Sue se hizo la sorprendida—, no sabía que iba en este mismo barco. ¡Qué casualidad! ¿Vive en Santahamina?

El doctor se relajó un poco y dejó escapar una sonrisa.

—Eh... la verdad es que sí, tengo allí una casa donde vivo con mi familia. Éste es mi transporte favorito para ir y volver cada día.

—Siempre que no haya hielo.

—Por supuesto, siempre que no haya hielo. Esos días es un largo camino en coche.

—Ya.

—En fin. ¿Y usted a dónde se dirige? ¿También a la isla?

—Quería hacer algo de turismo. Parece un lugar bonito visto desde la ciudad.

—Lo es. Cuando lleguemos, dentro de una media hora, le recomendaré un

par de rincones bonitos.

—Gracias. Hace buen día para pasear.

—Pues sí. Y no demasiado frío.

—Eso parece.

Sue no estaba segura de cómo plantearlo sin que resultara sospechoso. Jakke, mientras tanto, miraba para arriba desde su asiento en la cubierta, cuando vio que Sue de pronto se acercó a aquel tipo y comenzaron a hablar. El ruido del viento y de las olas impidieron, para inquietud de Jakke, que se enterase de nada.

—Mire —le decía Sue al médico, bajando la voz—, sé que no está ya en su consulta, pero tengo algunas dudas que no me puedo quitar de la cabeza... me siento mal por tratar estos temas ahora; quizás debiera pedir cita otro día.

—¡No, no, qué tontería, querida amiga! Dígame, por favor ¿le preocupa algo?

Así que Sue decidió dar el paso. Sabía que estaba arriesgando mucho, pero se dijo que lo explicaría de una manera que la protegiese a ella de cualquier problema.

—Hay cosas que no le he explicado, doctor —dijo poniéndose confidencial—. Síntomas que me ocurren.

—Ay —el doctor sonrió, amable—. Estoy seguro de que son las cosas normales. Algún dolor de cabeza, a lo mejor sensaciones de confusión y mareo al despertarse...

—No, nada de eso. Deseo sexual. A eso me refiero.

—Oh... no entiendo —de pronto el rostro del doctor Paasikivi se puso rojo.

“Ahora tengo tu atención”, pensó Sue.

—Es que comprenda que me da cierto apuro hablar de estas cosas. Y más estando mi novio cerca. Es como... como que de repente tengo siempre, o casi siempre, ganas de... ya me entiende.

—Co... comprendo —balbuceó él—, pero a lo mejor no tiene relación con...

—Verá —Sue redujo la distancia para hablarle casi al oído—, yo no sé

si antes del accidente ya era así, o es algo provocado por él. Ese es el problema, y no puedo estar muy tranquila sin saberlo. No sé si es que soy rara o qué.

—Yo... yo no diría tanto, mi amiga —el doctor luchaba por mantener la compostura—. No diga cosas feas sobre usted.

—A veces estoy leyendo —Sue tensó un poco la situación, hablándole muy, muy cerca del oído, de manera que él pudiera sentir su aliento sobre su cara—, y me vienen esos pensamientos a la cabeza. O estoy paseando y veo a una pareja besándose y yo... en fin... me entra como un calor por todo el cuerpo... casi no puedo controlarme en esos momentos ¿sabe?

Una gota de sudor cayó por la frente del doctor Paasikivi a pesar del viento helado.

—Me pongo muy, muy *cachonda* —Sue susurró, recalcando la palabra. El doctor tembló visiblemente y se apartó un poco de ella.

—Ve... verá, mi amiga —dijo tembloroso—, yo creo que estos temas es mejor tratarlos en la consulta, siguiendo los protocolos. De todas formas, puedo garantizarle que alguien tan bella, quiero decir, tan amable y buena persona como usted no debe preocuparse, al fin y al cabo, son pensamientos bonitos que compartir con su novio...

—Pero me pasa *continuamente* —protestó Sue, un poco teatral—. Sobre todo con la gente con la que tengo confianza. Que me cae bien. Estoy normal y de repente me entran ganas...

El doctor la miró con ojos desorbitados.

—... de *follármelo* —terminó ella la frase, poniendo su mano en la barandilla al lado de la de él, permitiendo que sus dedos se rozaran durante un momento.

El doctor tragó saliva, y nada dijo. Pero se notaba que estaba pasando un momento único en su carrera como psicólogo, y Sue se dijo que era momento de dar un paso más allá. Puso cara de frustración y volvió la cara hacia el mar, dejando que el viento alborotase sus cabellos negros.

—Oscar no entenderá esto jamás. No podrá comprender que yo pueda sentir tanta ansia de placer...

Y entonces dio un respingo, al sentir una mano del doctor Paasikivi

rodeando su cintura. Esperaba algo parecido, pero aun así le dio un susto, y lo miró.

—Puede estar tranquila —el doctor sonreía, aunque aún seguía colorado—, no es nada malo sentir esas cosas. Y si su prometido no lo entiende, bueno, pues que se fastidie.

—Es usted muy comprensivo, y muy agradable. Me gusta mucho haberle conocido a usted y no a alguien más hosco. Y me alegra que no sea nada más grave —y Sue no podía creer lo que estaba a punto de decir, mirando a los ojos del doctor, pero aun así lo dijo—... así podré sentir ese placer sin remordimientos...

—A mí también —susurró él, juntando su cuerpo con el de ella—, me gusta tratar con una paciente tan encantadora como usted. Sabe, creo que le voy a acompañar en su paseo por mi isla, antes de que se haga de noche. Hay algunas cosas que quiero enseñarle...

—No sé si podré esperar tanto —murmuró Sue, sintiendo la mano del doctor en su cintura—. ¿Pero no será violar su ética profesional?

—Para nada.

—Me gusta cómo me abraza, me da mucha seguridad —comentó ella, agarrándose con ambas manos a la barandilla—. No hay mucho oleaje, pero aquí arriba el barco se balancea un poco. ¿Puede sentirlo usted también?

—No se preocupe —dijo la voz del doctor, ahora muy cerca de su oído, como antes había estado ella al lado del suyo.

—Abrácame más, por favor —dijo, y Sue sintió que la mano del doctor ya no estaba sobre su abrigo sino *dentro* de su abrigo, rodeando su cintura alrededor de la espalda. Él se había colocado detrás de ella, y ahora su mano reposaba sobre su cadera, acariciándola por encima de su jersey.

Sue sintió que su corazón se aceleraba en aquella situación, estaba llevando a aquel hombre al límite antes de hacerle la pregunta concreta y necesaria cuya respuesta ansiaba conocer. No podía creer lo que estaba haciendo, seduciendo a aquel hombre bonachón y tranquilo que hacía unas horas era la quintaesencia del buen doctor. Y ahora aquel tipo le estaba metiendo mano en la cubierta de un barco. Pero lo que más sorprendió a Sue, tras meditarlo unos segundos, fue que no le resultaba desagradable aquella mano bajo su abrigo.

Era una mano respetuosa, amable, como el hombre que la manejaba. Parecía que se preocupaba por ella en serio. En aquel momento no sintió que estuviera a las órdenes de nadie, ni que fuera un tipo maligno dispuesto a aprovecharse de una joven e indefensa paciente trastornada, usándola en un callejón de forma torpe y clandestina. El cuerpo del doctor se pegaba a su espalda con una calidez insospechada; se le ocurrían mil personas peores para tenerla en aquella situación.

—Yo sólo quiero que mis pacientes se sientan bien —dijo la voz del doctor en su oído, muy cerca de su pelo—, y yo, por alguien tan deliciosa como usted, mi querida amiga, estoy dispuesto a todo.

Entonces Sue sintió cómo la mano del doctor se introducía un poco más bajo su jersey, rozando con las yemas de sus dedos la piel de sus caderas y el borde del encaje de su ropa interior de algodón. Se preguntaba si alguien les estaría viendo, cuando recordó a Jakke.

Jakke, en la cubierta de abajo, que estaría sin duda sentado ocioso, mirando al mar.

Pero no estaba mirando al mar. Los estaba mirando con fijeza, semiescondido tras una estructura de acero que sostenía la escalerilla. Los miraba boquiabierto.

Sus ojos se cruzaron con los de Sue. “Qué estás haciendo”, parecían decir. Y entonces, de forma inesperada, reconoció que se estaba sintiendo de maravilla. Los ojos de su amante clavados en ella, mientras otro hombre la estaba acariciando bajo el jersey, descaradamente, a la vista de cualquiera que los mirase por casualidad.

Aquella combinación de sensaciones, el viento en el pelo, dos hombres concentrados en ella al cien por cien, le hizo sentir a Sue un escalofrío que la recorrió de la cabeza a los pies.

Recordó que tenía que preguntarle algo al doctor, algo importante. Seguramente podía esperar un poco, se dijo, soltando una de sus manos del pasamanos y desabrochándose el primer botón del vaquero para facilitar las cosas.

Tuvo que volver a agarrarse con las dos manos a la barandilla, para sentir seguridad. Justo en ese momento la mano del doctor se introdujo dentro de su pantalón.

Sue cerró los ojos y sonrió al escuchar el “hummmm” que murmuró el doctor Paasikivi en su oído. Sí, sus dedos habían encontrado lo que buscaban, y la estaban haciendo flotar a varios metros sobre las olas del mar. Miró de nuevo a Jakke y sintió que tenía la boca seca, y quiso que Jakke estuviera allí arriba a su lado, y poder besarlo en los labios mientras los dedos del doctor hacían su trabajo. Los tres allá arriba, calentados por el sol del mediodía que ya empezaba a caer. Pero Jakke no se movía, sólo miraba, y tan sólo con eso, con aquella mirada secreta, que la observaba en aquella situación prohibida, Sue se vio transportada a otra dimensión.

Entonces, justo antes de lo inevitable, Sue recordó lo que le había llevado hasta allí. Con la respiración entrecortada, giró un poco el rostro, hacia la cara del psicólogo que soltaba bocanadas de aire cálido al lado de su oído. También él estaba excitado: ella podía notarlo claramente en los movimientos que él hacía contra su trasero. Si la cosa seguía así, la buena señora Paasikivi tendría que lavar mañana unos pantalones extra.

—Doctor —dijo, intentando convertir sus gemidos de placer en palabras—, dígame que esto no está mal. Dígame que esto no tiene nada que ver con las sustancias que manejan en esa fábrica. Dígame que no me voy a convertir en un monstruo o algo así.

—Nada de nada, amiga mía —farfulló él—. No... no tienes que preocuparte. En la fábrica no manejan nada parecido, no existen compuestos que provoquen esto...

—¿Y lo de mi... uff... memoria...?

—Ay, no sé —el pobre doctor se apretaba más contra el cuerpo de Sue, rítmicamente, y aquello se notaba en lo que hacía con sus dedos—. Tendrás que hablar con ellos, yo de eso no... uf... entiendo nada... cambian el comportamiento... pero lo de la memoria ya no lo sé... hace tiempo se intentó, pero no sé si finalmente lograron... yo ya no estaba... ay, muchacha, no puedo más...

Sue intentó procesar aquellas palabras, pero tendría que pensar en ellas más tarde: su cuerpo se estaba rebelando contra su mente y el placer la dominaba, y se agarró a la barandilla con todas sus fuerzas, como si el *ferry* estuviera en medio de una tempestad y ella estuviera a punto de caerse por la borda. Estaba sudando bajo el abrigo y necesitaba agarrarse fuerte para no

caerse de rodillas al suelo metálico ya que le temblaban las piernas porque estaba a punto de...

Jakke, oculto tras aquella barra de metal, vio como Sue cerraba los ojos durante unos segundos, con la cara enrojecida, y con aquel hombre extraño pegado a su espalda como un koala. Estuvieron así unos minutos, muy quietos, y Jakke se preguntó si no necesitaría ayuda.

Se preguntó muchas cosas.

Entonces sonó la sirena del barco, muy ruidosa, y Jakke se dio la vuelta para mirar a proa: ya estaban acercándose al muelle de la isla de Santahamina, donde también había una cola de gente esperando para embarcar, y ya un par de marineros en el extremo del muelle preparaban las amarras para recibir al *ferry*. Cuando volvió su mirada a la cubierta de arriba, el doctor había desaparecido, y sólo Sue estaba allí apoyada, como si no hubiera pasado nada.

Los pasajeros comenzaron a invadir la cubierta de abajo, impacientes por bajar, escribiendo a sus amigos con los móviles y echándose sus mochilas a la espalda.

Como si no hubiera pasado nada.

Capítulo 16

Se sentaron los dos al borde del muelle, esperando la salida del *ferry* de vuelta a la ciudad. El sol ya estaba bajo y las luces de los edificios de Helsinki, a pocos kilómetros al otro lado de la bahía, comenzaban a encenderse. Se habían asegurado de que el doctor había salido por el camino de las urbanizaciones de la isla, secándose el sudor de la frente y caminando de forma extraña para quien le viera.

—Ha sido él —dijo Sue al cabo de unos minutos— quien ha sugerido que quizás no sería la mejor idea el pasearnos por su vecindario para... no se sabe qué. La verdad es que ha sido un alivio; no sé cómo me lo habría quitado de encima si hubiera querido algo más... Ahora nosotros podemos volver en el siguiente barco.

—Ajá —murmuró Jakke, ausente.

—Lo alucinante es lo que me ha contado. Mientras se frotaba conmigo como un... bueno, el caso es que dejó caer que él sabe más de lo que parece de todas esas cosas que fabrican allí dentro. Que sí que se han intentado hacer compuestos que alteran la memoria y los comportamientos de la gente. Quizás con fines turbios, pienso yo. Igual hubo un accidente y yo resulté expuesta... y por eso no quieren que se sepa y no me dicen la verdad.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —él continuaba mirando a la puesta de sol.

—No estoy segura. Ahora mismo estoy aturdida por todo esto...

—No me extraña. Ha debido ser duro conseguir que te diera esa información.

Ella rió, recordando la escena en el puente del *ferry*, pero no detectó el curioso tono con el que Jakke lo había dicho.

—No demasiado. Los tíos sois tan primarios a veces... no te ofendas, ja.

Se acercó a Jakke, agarrándolo de un brazo, juguetona, pero él continuó mirando al mar con aire distraído. Sue lo observó unos instantes, extrañada, pero entonces suspiró y se dio cuenta de lo que pasaba por la mente de su

compañero.

—No te ha gustado —le dijo Sue con suavidad, e insistió ante su silencio—. Verme con ése. Vamos, Jakke, no significa nada. Sólo ha sido un pequeño juego para que me dijera algo nuevo.

—No sé si me ha gustado o no—dijo Jakke meneando la cabeza—. Estoy confuso, como tú.

—Pues no lo estés, porque nada ha cambiado. Estaba todo muy claro en mi cabeza. Te vas a reír, pero de repente me acordé de las películas de espías, donde la chica seduce al agente secreto para que revele secretos de estado...

—Ya sé, ya sé. Burdeles para militares, siempre acaban por hablar.

Ella le miró, ofendida por el comentario.

—No te pases, Jakke.

—Lo siento —murmuró él.

—Veo que no te ha gustado, no soy tonta. Bueno, pues yo no me arrepiento. Me ha servido para saber que no estoy loca y para saber que alguien está jugando conmigo, y perdona si te ha parecido algo feo y poco digno, pero pienso hacer lo que sea necesario para recuperar mi vida. Me alegra que la tuya sea tan perfecta y apacible, pero es que ahora mismo yo *no tengo ninguna*.

—Sí, lo siento. No he debido... —se excusó Jakke, intentando sonar conciliador—. Es que ahora mismo eres tan especial para mí que, verte ahí me ha resultado casi... como si ese tío estuviera abusando de ti...

—¿Y no he podido ser *yo* quien abuse de él? ¿Tan indefensa te parezco? ¿No confías en mi manera de intentar solucionar mis cosas?

Quedaron los dos en silencio durante unos minutos, sin saber qué decirse el uno al otro. Fue Jakke quien rompió el silencio.

—Entiende que para mí todo esto es algo extraño... anoche tú y yo... recuerda... y ahora verte así con él. Y decirme que no significa nada... me hace pensar en que igual yo tampoco significo mucho para ti.

Ella le miró, boquiabierta.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Casi no nos conocemos, Sue —respondió él—. Esto que nosotros tenemos cuando estamos juntos es algo tan... tan loco... tan inestable...

Ella se puso en pie, mirando al *ferry*, donde ya se formaba cola entre la gente que quería subirse para el viaje de regreso.

—Inestable porque estoy medio loca —dijo con frialdad—. Inestable porque lo mismo mañana me da un aire y me follo al camarero del Burger King. Porque este deseo que siento por ti podría ser un producto de una droga sintética. ¿Verdad?

—¡No! —se apresuró él a aclarar—. Inestable por frágil... no sé explicarlo. Es que no estoy seguro de nada.

—Mejor que nos volvamos —cortó Sue, irritada—. Hay que regresar a la ciudad y al hotel, y mañana tengo que estar en mi casa de nuevo. No sé ni lo que voy a hacer, pero no puedo justificar seguir más días aquí. ¿Vienes?

Jakke se sintió de nuevo abrumado. No estaba seguro de querer seguir con aquel loco plan en aquel momento. Necesitaba pensar, poner en orden sus ideas. Y esos segundos de duda fueron suficientes para que Sue soltara un resoplido de impaciencia.

—Como quieras —dijo ella, comenzando a caminar de vuelta al barco—. Ya sabes dónde estoy, si quieres volver mañana en coche conmigo. Al final sí que tienes razón: casi no nos conocemos.

Sue echó un último vistazo a la isla mientras el pequeño *ferry* soltaba amarras y emprendía la corta travesía de vuelta a Helsinki. Y se maldijo a sí misma por no haber sido capaz de decirle a Jakke la verdad; que en aquellos momentos, con aquel psicólogo estúpido abrazado a ella, a quien realmente Sue miraba era a Jakke, a aquel rostro que le daba bienestar, a aquella barba que le hacía sonreír, a aquellos ojos que le hacían soñar, a aquella boca que deseaba estar besando en aquel mismo momento... no a aquel tipo que, aunque de tacto y voz medio agradable, tenía claro que era un embustero que estaba a sueldo de su prometido. Tenía que haberle contado que cuando sintió el orgasmo que casi la hace caer de rodillas, era Jakke quien ocupaba sus pensamientos, era la mano de Jakke quien estaba, empapada de sus jugos, dentro de su pantalón. Y no se lo había dicho... ¿Por qué narices no?

Jakke vio alejarse el *ferry* con una sensación horrible en su interior. Quiso haberle dicho a Sue que la adoraba, que era maravillosa, y que en el fondo le encantaba que fuera tan pícara. Que el hecho de compartirla con otro hombre podría incluso resultarle interesante, en el contexto de... bueno, un juego, una diversión entre los dos; pero verla con aquel tipo desagradable y que le ocultaba la verdad había sido un poco demasiado para él. Que entendía su truco para hacerle hablar, pero que en aquel momento le había dado un pinchazo de celos (sí, celos, por idiota que parezca) casi insoportable. Pero en fin, sólo necesitaba tiempo, pensar, para finalmente aceptarlo y dejarlo correr. Pero ella se había impacientado... y ahora Jakke no sabía cómo arreglarlo, o si *podría* arreglarlo.

Paseó por los alrededores del muelle, pensativo, y después por las calles de Santahamina, ribeteadas de grandes árboles, observando aquellas caras residencias con cochazos aparcados en los jardines. Calculó la hora para coger el próximo *ferry*, ensayando lo que le iba a decir a Sue cuando llegara al hotel, cada frase, cada palabra. Cada vez hacía más frío, y lamentaba haberla dejado ir. ¿Y si le pasaba algo, estando ella sola? Las farolas de la calle se encendieron al fin, y algunos residentes de la isla se animaban a sacar a sus perros a pasear después de la cena. Dos chicas rubias pasaron haciendo *jogging*, escuchando música en sus auriculares, y Jakke echó de menos tener unos de éstos también, para acallar sus pensamientos.

Un tipo pasó caminando a su lado. Vestía de chándal y con una gruesa sudadera. Pero el tipo estaba más concentrado en hablar por teléfono que en hacer un buen ritmo de caminata.

—Sólo digo que tengáis cuidado.

—...

—¡Nada! Bueno, sólo digo que empezó a hacer preguntas muy misteriosas. Por eso te prevengo.

—...

—Claro, ¿de qué si no? De la memoria y esas cosas. No paraba de hablar de ello. Creo que está atando cabos.

Jakke se quedó boquiabierto y fingió ser otro caminante nocturno para ponerse cerca de él, a unos metros. Sintió un escalofrío al ver, de perfil, que era el doctor Paasikivi en persona.

—No, ejem, no pasó nada en particular. Me dijo que le preocupaban algunas cosas. Habló de sus impulsos sexuales y que eso la tenía inquieta.

—...

—Por Dios, no, ¿es una paciente! Y encima es *ella*. Ni se me ocurriría, hombre. Cómo piensas eso de mí. ¿Ha pasado algo raro con ella estos días?

Por la cabeza de Jakke pasó fugazmente la idea de darle un puñetazo y cortar aquella conversación de raíz, quitarle el teléfono y soltar un “hijo de puta” a quien estuviera al otro lado, y correr después a advertir a Sue. Pero algo le dijo que eso tendría peores consecuencias. El doctor, pues, se despidió advirtiéndole de nuevo al interlocutor de las indagaciones de Sue, y sin más, dio media vuelta y volvió por donde había venido. Jakke continuó caminando como un *runner* anónimo cualquiera, con el corazón a mil por hora, ansioso por llamar a Sue. Sacó su móvil sólo cuando se aseguró de que el doctor Paasikivi se había perdido en la oscuridad, a su espalda.

No tenía batería.

Jakke corrió con toda la velocidad de sus piernas de vuelta hasta el muelle del *ferry*. Faltaban diez minutos para la hora marcada en los carteles, pero allí no había barco alguno. Loco de nervios, asaltó, más que preguntó, a una señora mayor que en aquel momento aparcaba su coche cerca de una tienda cercana.

—Oh, no —le explicó ella—, el barco de las nueve de la noche sólo sale lunes, miércoles y viernes. Hoy es martes, así que... tendrá que coger el de las siete, mañana temprano.

Jakke quedó desolado, y sintió una gran preocupación por lo que pudiera pasarle a Sue. Y no tenía manera de avisarla. La mujer se dio cuenta de su cara de angustia, pero dudó en si debía decirle algo a aquel desconocido.

—Gracias, no lo sabía —le indicó Jakke—. Es que tengo que avisar a una amiga de que... de que no voy a llegar a tiempo a cenar con ella. Y me he quedado sin batería en el móvil.

—Vaya, qué fastidio. Si, vivir aquí es a veces un fastidio. ¿No es usted de la isla?

—No, señora. Estaba dando un paseo por aquí, nada más, y contaba con volver en este barco.

—Oiga —dijo ella rápidamente, anticipándose a la incómoda situación provocada por la pregunta, y con ganas de largarse de allí lo antes posible—, si tiene necesidad de llamar, le puedo dejar hacer una llamada con mi móvil, pero yo me tengo que ir ya.

—Se lo agradezco enormemente, pero... es que realmente no me sé su número. Lo tengo en la agenda y no tengo batería así que... estamos en las mismas.

La señora empezaba a mirar el reloj e impacientarse. Comenzaba a hacer mucho frío, y se encogió de hombros. Hora de irse, parecía decir.

—¿Puede dejarme buscar en Google? —exclamó Jakke.

—Pues es que me he quedado sin datos —improvisó la señora, claramente no muy a gusto con la idea de que un desconocido se dedicase a navegar por internet desde su móvil...

Jakke, al que se le estaban acabando las posibilidades, se metió las manos en los bolsillos del pantalón para calentarlas y así pensar mejor... y entonces palpó una cartulina dentro de su bolsillo derecho.

La recepcionista de noche acababa de entrar en su turno y estaba bromeando con sus compañeros que ya se iban a su casa. Se llamaba María y se disponía a pasar otra noche aburrida mirando el móvil y quizás atendiendo a algún huésped que pidiera algo a la cocina a horas intempestivas. Ya los pocos de ellos que habían estado en el comedor habían subido a dormir, saludándola con la mano al pasar frente a la recepción.

Era un trabajo aburrido y casi nunca le ocurrían cosas interesantes. En la recepción de un hotel siempre se veían todo tipo de situaciones, o eso se decía, pero aquel hotel era todo lo contrario a un lugar fascinante. Gente en viajes de negocios, de vez en cuando alguna boda con poca gente, que se iban en seguida... aunque había algunos pocos momentos que... María se estiró en su silla y sonrió recordando lo de aquella mañana temprano: aún temblaba pensando en la emoción que sintió al pasarle su teléfono a aquel tío bueno que estaba sentado en el saloncito. ¡Qué locura! Si la viera su madre. Después de hacerlo se había pasado todo el día muerta de vergüenza, mirando su teléfono, esperando su llamada, esperando que ocurriera alguna cosa absurda.

Pero ¿qué narices esperaba? Era tímida y apocada, aunque tenía la virtud de ser simpática, eficiente, y de tener una bonita sonrisa, y gracias a eso había conseguido su trabajo. Pero por desgracia eso no la ayudaba con los hombres. Tenía veintinueve años y nunca había tenido una relación seria, y casi ninguna no-seria, y ya estaba empezando a desesperarse. “Quizás no valgo para esto, quizás no soy capaz de relacionarme con nadie”, se preguntaba, y lo mejor para confirmar que no era así... bueno, tenía que intentarlo, aunque fuera con un “profesional del amor” como el muchacho de la tarjeta. “¡Soy humana!”, se repetía. “Tengo mis derechos, como esa mujer de la habitación 717”. Que, por cierto, aún no había llegado.

Ya se había ido todo el mundo y el hotel se había quedado mucho más silencioso. Apagó desde su puesto la mitad de las luces del hall. Abrió la novela que se había llevado aquel día y la puso sobre la mesa de la recepción. Entonces sonó su móvil, y María dio un respingo. “Número desconocido”

Descolgó y de inmediato se puso colorada.

Capítulo 17

Sue entró en el hall del hotel sumida en sus pensamientos. Todo estaba ya vacío y oscurecido, como su cabeza. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Podría continuar ella sola en aquella loca carrera hacia ninguna parte? Aún resonaban dentro de ella las últimas frases que le había dicho Jakke, “no estoy seguro de querer seguir con esto”.

Una parte de ella se decía (se lo había estado diciendo a sí misma todo el camino desde el puerto hasta el hotel), que muy bien y gracias pero que te den, no te necesito, recuperar mi pasado es mi prioridad, y si no puedes soportar la idea de que tenga que hacer cosas raras para averiguarlo, quizás no te necesite a mi lado: más raras son las cosas que *ellos* me han hecho a mí, amigo.

Otra parte de ella se hallaba deseando que llegase el próximo *ferry* en un par de horas. Que Jakke volviese al hotel, que abriese la puerta de la habitación y que los dos se abrazasen por fin y aclararan aquel tonto malentendido. Porque necesitaba a aquel tipo cerca, por absurdo que fuera, aquel casi-desconocido (¿y quién *no* era desconocido para ella?) era su único asidero con la realidad.

Entró, pues, en el hotel, deseando meterse en la cama aunque sabiendo que no pegaría ojo hasta volver a tener noticias de Jakke, cuando escuchó a alguien que la llamaba. La recepcionista de las gafitas redondas le estaba haciendo señas desde el mostrador. “No me apetece hablar con nadie ahora”, pensó con desgana mientras se acercaba.

—Buenas noches, me alegra verla —dijo la empleada—, tengo que decirle que acabo de hablar con su... pareja.

—¿Mi pareja? —un escalofrío recorrió a Sue al escuchar aquello. Pensó en Oscar, que seguramente la llamaba y quería saber dónde había estado todo el día y cuándo iba a volver.

La recepcionista bajó la mirada, como un poco avergonzada.

—Me refiero a... ejem, su... compañero de trabajo. Ya sabe, el señor de barba, guap... alto, que compartió la habitación con usted.

—¡Jakke! —exclamó Sue—. ¿dónde está, qué quería? Déjelo, le llamo yo

misma.

—Me temo que no va a poder, señora —aclaró bajando la voz—, me dijo que estaba usando un teléfono prestado. Que no tenía batería y que ya no había más *ferries* aquella noche, así que no tenía cómo volver. No me dijo dónde estaba, la verdad...

—Yo sí lo sé —Sue se sintió terriblemente culpable. ¡Jakke se iba quedar allí pasando frío toda la noche tirado en un banco o algo peor!

—Me dijo algo más, pero esto ya lo entenderá usted, supongo... —la chica consultó un *post-it*, encogiéndose de hombros—. “Oscar sabe que preguntas. He oído a éste hablarle por teléfono. Ten cuidado al regresar”.

Sue quedó allí parada frente al mostrador de recepción, con los ojos muy abiertos. María la recepcionista comenzó a preocuparse por ella.

—¿Está usted... bien?

—Tengo que ir a buscarlo —dijo Sue, como despertando de un sueño—. No puedo quedarme aquí. He de volver a Santahamina... ay madre, pero si no hay más barcos... ¿qué he hecho?

María parpadeó al oír aquello.

—Oiga, no es necesario coger el *ferry* para ir a Santahamina.

—Pero qué me está contando, si es una isla.

—Bueno —aclaró la recepcionista sacando un mapa de debajo del mostrador—, es una isla pero está unida a la ciudad por un pequeño puente, vea, justo aquí. Hay que dar un buen rodeo pero se puede llegar en coche, claro; tres cuartos de hora como mucho. El barco es lo más rápido y cómodo para venir al centro a trabajar, pero...

Sue observó el mapa y sonrió, sus esperanzas renacidas. Era verdad, el idiota del doctor lo había mencionado.

—¿Puede llamarme a un taxi, por favor?

—Puedo —María descolgó el teléfono—, aunque... no es por meterme donde no me llaman, pero ¿sabe a dónde tiene que ir a buscarlo? A mí él no me lo ha dicho.

Sue miró el mapa, absorta, intentando deducir dónde podría estar Jakke en aquel preciso momento. Si se iba para allá y el taxista la dejaba en la terminal del *ferry*, corría el riesgo de pasarse la noche pateándose la isla y coger una buena hipotermia.

María observaba todo aquello desde fuera y, para su propia sorpresa, se encontró a sí misma implicándose en aquella búsqueda más de lo que

desearía. Comentó con Sue algunas opciones, pero todas parecían igual de improbables. ¿Alguien le habría acogido en alguna casa? Raro, la gente que vivía allí no era del tipo de personas que meterían a un desconocido en su chalet. ¿Algún restaurante abierto? No, todo estaba ya cerrado a aquellas horas. Y entonces María se encontró pensando en el tal Jakke: sí, era algo inapropiado, pero no podía negar que hablar con él aquella misma mañana y darle su teléfono había sido el mejor momento desde que trabajaba en el hotel; se había sentido viva como nunca antes. Y precisamente gracias a aquella tarjeta con su teléfono, ahora podría salir de aquel apuro.

Quizás entonces, cuando aquel día complicado acabara, el tal Jakke estaría agradecido con ella... muy agradecido...

—Yo la llevo allí —dijo.

—¿Cómo? Pero usted está aquí trabajando...

—Mire —María se ajustó las gafas sobre la nariz, con decisión—, usted no le puede pedir a un taxista que se recorra la isla mirando por los rincones más oscuros. Yo tengo aquí la furgoneta con la que hacen los *transfers* al aeropuerto y la puedo acercar allí. En una hora estaríamos de vuelta si lo encontramos. Yo puedo pedirle al vigilante que ocupe mi sitio un rato, porque aquí por las noches nunca pasa nada.

La recepcionista se puso el abrigo sobre el uniforme, reflexionando sobre si sus jefes estarían por completo de acuerdo con la frase que acababa de soltar, pero ya estaba decidida, y la clienta estaba encantada con la ayuda. Así que un minuto después el vigilante estaba sentado tras el mostrador de recepción, y María estaba arrancando la furgoneta en el garaje. Sue iba sentada a su lado con cierta ansiedad, dándole vueltas aún al mensaje que Jakke le había transmitido. Visto lo visto, tampoco se fiaba demasiado de la recepcionista, por amable que pareciera; fue Oscar quien reservó el hotel, ¡bien pudiera ser que ella también estuviera en el ajo de alguna manera! Pero no tenía alternativa, y decidió dejarse llevar.

Comenzaba a nevar mientras se alejaban del centro de la ciudad. Los barrios residenciales que iban pasando eran muy diferentes al centro de la ciudad: los enormes jardines de las casas se comenzaban a poner blancos con la nieve que caía, y Sue comenzó a preocuparse en serio por Jakke. Pasados unos minutos vieron el mar, oscuro y frío, a ambos lados de la carretera, y algunos barcos de recreo que sus afortunados propietarios tenían allí anclados. ¿Y si Jakke se había metido en uno clandestinamente para pasar la noche?

¿Sería capaz? Sue decidió que no, y se adentraron en la boscosa isla siguiendo el GPS, en busca de la terminal del *ferry*.

Minutos después, Sue bajó de la furgoneta frente al muelle donde había estado con Jakke por última vez. Donde habían estado las colas de gente comprando los billetes para el barco, ahora caían indolentes los copos de nieve, y el viento del mar golpeaba incómodo la cara. Recorrió la zona a buen paso, pero allí estaba claro que no estaba. Volvió al coche con María, decepcionada.

—Igual ha pasado un taxi y ha subido —aventuró la recepcionista.

—Puede ser... no sé. ¿Podemos dar una vuelta por estas calles?

—Para eso he venido, señora —dijo, arrancando de nuevo la furgoneta.

—Oh, nada de “señora”, por favor... le estoy muy agradecida por su ayuda, y no podría soportar que me llamara “señora” ni una vez más, como si fuera una especie de criada del siglo dieciocho. Sue, por favor.

—No me había parado a verlo así —dijo riendo la conductora—. Está bien, pues yo soy María, como... bueno, como pone aquí en mi plaquita. Y déjeme decirle que lamento si han tenido alguna discusión usted y su... compañero.

—¿Como sabes que...? Bueno, qué tontería, es evidente. Sí, estuvimos aquí esta tarde y la cosa acabó mal por una serie de malentendidos. Espero que se pueda arreglar todo, la verdad... Jakke es muy especial para mí.

—Perdone si soy indiscreta —dijo María al cabo de unos momentos—, pero sí que debe ser especial lo suyo para preocuparse tanto por... bueno, ya me entiende. Hay quien lo ve como algo más impersonal. Para un rato.

—No la entiendo —respondió Sue.

—Ya sabe... como una simple transacción comercial... sin mezclar las emociones en ello. Pero no me haga caso, es que yo carezco de experiencia con este tipo de *servicios de ocio*, por así decirlo.

—Pero... sigo sin comprender, ¿de qué tipo piensa usted que es nuestra...? Eh, un momento, ese tipo que va andando por la acera, acérquese un poco... ¡Ay, mire el abrigo! ¡Que es él!

Sue bajó de la furgoneta casi sin esperar a que se detuviera, y corrió hacia Jakke, que se daba la vuelta en aquel momento, sobresaltado por las potentes luces que lo alumbraban en la noche. Se fundieron los dos en un tierno abrazo, mientras Sue le susurraba al oído “lo siento, lo siento” repetidas veces, Jakke hacia lo mismo (en el oído respectivo) y María los miraba desde el coche,

admirada, dando la misión por cumplida y mirando el reloj para ver si se iba a llevar bronca por ausentarse de su puesto, o no.

Jakke y Sue volvieron corriendo al vehículo y se sentaron juntos en el asiento de atrás, mientras María se ponía de nuevo en marcha; se quitaron los abrigos y se estuvieron abrazando un buen rato.

—Ya estaba pensando que te ibas a helar ahí fuera. ¡Estaba tan preocupada!

—¿Perdona? Soy de Laponia, por si no te acuerdas, cariño. Esto es un paseo por el campo para mí, literalmente.

—Lite... ¿serás desagradecido? ¿Se lo puede creer, María? Después de jugarnos la vida para venir a recogerte.

—A ver, sí que tenía frío, y os agradezco que hayáis venido. Ah, hola, ¿María?, fue a ti a quien llamé, ¿verdad?

—Así es. Aunque tampoco llamaría yo a esto “jugarnos la vida”, pero sí, yo de hecho me estoy jugando una bronca de mis jefes mañana. Así que si les parece, vamos volviendo a la ciudad cuando quieran.

—Claro que sí, faltaría más. Oye, Sue, de verdad que lo siento, te dije cosas muy feas...

—Calla —respondió ella, mirándole muy de cerca a los ojos... y besándole después en los labios con mucha ternura. Él respondió al beso abrazándola, no dejándola ir, pegándola contra su cuerpo. Las farolas de las avenidas por las que iban pasando iluminaban a los dos amantes, que en el asiento trasero se comían la boca sin decir una palabra, recuperando aquellas horas perdidas. María conducía con calma, pero no podía evitar ver a sus dos huéspedes por el espejo retrovisor y escuchar sus murmullos; y pronto la pobre recepcionista se sintió tan caliente como ellos. En varios semáforos tardó en darse cuenta de que estaban en verde, y llegó a sentir que parte de su uniforme le sobraba, sumando el calor de las sensaciones que la invadían al provocado por la calefacción de la furgoneta. “Qué envidia”, pensaba, “cómo besa ese tipo. Joder. Debe ser tremendamente caro pasar una noche con él, pero... bueno, mejor esto que gastárselo en botica. Espero que no haya perdido mi número de teléfono...”

Por su parte, Sue se sentía en casa otra vez, siendo besada por Jakke como sólo él sabía hacerlo. Tenía que preguntarle algo, algo relativo a una llamada telefónica de alguien, pero en aquel momento lo que necesitaba más que nunca eran aquellos besos interminables. De no haber estado donde estaban, en el

asiento de una furgoneta...

—No quiero que volvamos a enfadarnos así —le dijo, mientras descansaba para respirar.

—Yo tampoco —respondió Jakke, sonriente, acariciándole el pelo con una mano—. Tienes que darme tiempo para tantas cosas diferentes...

—Yo estoy viviendo muchas cosas nuevas y extrañas en tan poco tiempo, también. Lo siento.

—Sí, pero lo de verte con él ahí... entiéndeme, me costó procesarlo.

Sue suspiró, conciliadora, y le pellizcó la barba a Jakke.

—¿Qué hay que procesar, so tonto? Ya te he dicho que no significa nada.

—Pero es el hecho de que ocurra... —insistió Jakke—. ¿Qué te parecería si ahora mismo voy y le pego un morreo aquí a la amiga María delante de ti?

La furgoneta se salió de su carril solo un instante, antes de que una rápida maniobra la devolviera al rumbo correcto.

—No me importaría —respondió Sue enarcando las cejas—. Además, no eres capaz.

—¿Que no? —Jakke resopló con una sonrisa—. Desde que te conozco estoy haciendo cosas que me sorprenden a mí mismo. Igual toca sorprenderte a ti. Igual tengo que comerle la boca para que me creas y veas lo que es.

Un observador atento que conociese la zona habría advertido en aquel momento que la furgoneta del hotel se acababa de pasar el cruce para volver a la ciudad. Es como si quien fuera al volante estuviera, quién sabe, terriblemente distraída...

La pobre María, en efecto, iba conduciendo completamente concentrada en lo que ocurría en el asiento de atrás. Por Dios ¿estaban hablando en serio? No se atrevía a decir ni una palabra por miedo a... pero aun así se sobresaltó cuando, en el siguiente semáforo en rojo (que sí vio, por suerte, y en el que se detuvo correctamente), Jakke se inclinó hacia adelante para hablar con ella.

—¿Qué le parece, María? ¿Qué me dice, le apetece?

—La verdad es que no le diría que no —respondió la recepcionista, dándose cuenta al cabo de un momento de lo inapropiado de su respuesta—, *peeeero*... hablo de forma hipotética ¿sabe lo que quiero decir? Vamos, que *en otra vida*, en otras circunstancias...

Jakke miró de reojo a Sue, que observaba todo aquello con expresión sarcástica y divertida.

—¿Por qué esperar? —dijo él entonces, y metiéndose un poco más entre

los dos asientos de delante, se acercó al rostro de María y le plantó un beso en los labios. Ella no supo qué decir y se apartó de él un instante de forma refleja.

—Pues no ha tenido mucho éxito —dijo la voz de Sue desde atrás, y algo ocurrió en ese momento; porque al oír aquello, algo despertó dentro de María, un repentino deseo de darle una lección a esa clienta que lo tenía todo mientras que ella no tenía nada. Esa clienta que podía permitirse jugar con un *escort* durante varios días mientras que ella sólo podía limitarse a mirar desde su mostrador, y encima había sido tan tonta que les había echado un cable cuando el novio llegó de improviso. Y así, en un pequeño gesto de rebeldía, miró aquel rostro de tío bueno que tenía a diez centímetros de su cara, y se quitó las gafas redondas, dejándolas sobre el salpicadero, para al instante lanzarse sobre la cara de Jakke y comerse sus labios con hambre.

Estuvo unos segundos pegada a él, saboreándolo, sabiendo que en cualquier momento él se apartaría y diría “bueno, se acabó la broma”, ofendido; así que María pensaba aprovechar cada instante de aquel beso. Quizás se excedió un poco cuando le tomó de las mejillas barbudas con las manos, o cuando sus lenguas se encontraron y la de ella se enredó con la de él, pero no podía evitarlo. Su corazón le latía apresuradamente y es que deseaba a aquel tipo desde la primera vez que lo vio.

Alguien en un coche les pitó desde atrás y los adelantó, y María vio con horror que el semáforo ya se había puesto verde. Soltó a Jakke para arrancar el coche, avergonzada.

—Wow —Jakke tuvo que tomar aire un momento después de aquello.

—Oye, que si queréis conduzco yo —dijo Sue, sarcástica —, nos van a poner una multa por interrumpir el tráfico. Es decir, si vais a seguir intentando provocarme de esa manera tan tonta.

María estuvo a punto de responder que no, que sentía el espectáculo que estaba dando, pero Jakke se le adelantó.

—¿En serio no te importa, Sue? Me gustaría hablar un par de cosas con María aquí atrás —dijo haciendo un guiño a la asombrada recepcionista.

María parpadeó un momento al oír aquello y tomó una decisión: aceleró la furgoneta del hotel, pasando el cruce, y aparcó veinte metros más adelante, frente a un parque, desierto a aquellas horas. Con mucha tranquilidad apagó el motor, salió por su puerta, rodeó la furgoneta hasta la parte de atrás, abrió la puerta de Jakke y se sentó a su lado.

—Vale, dime —susurró.

Sue, mirando por la ventana, admitió para sí misma que la broma se le había ido de las manos. A su lado, Jakke y la recepcionista llevaban ya un rato besándose apasionadamente, ella sentada sobre las rodillas de él. Su manera de acariciarle el pelo a su amigo mostraba que ambos estaban totalmente a gusto con la situación. Sue no entendía cómo podían respirar, con esa manera de comerse la boca durante tanto rato. Hacía mucho calor allí dentro y ambos se habían quitado las chaquetas, y Sue tenía que desempañar de vez en cuando los cristales de su lado, que se estaban llenando de vaho. Ella ni se había quitado su chaqueta; todo aquello no le estaba afectando para nada.

Pa-ra na-da.

Oír los pequeños gemidos emocionados de aquella muchacha mientras besaba a *su* Jakke no significaba nada, por favor. No era más que un pequeño juego, una pequeña lección de humildad que él le estaba dando. Muy bien, que se divirtiera si eso le satisfacía. Había una diferencia, por supuesto: ella lo había hecho para sacarle información a ese psicólogo de la compañía, mientras que él lo estaba haciendo para burlarse un poco de ella.

Y sin embargo...

Los miró de reojo, mientras Jakke comenzaba a meter las manos bajo la camisa blanca de la tal María, acariciando la piel de su cintura y de su espalda. ¿Hasta dónde estarían dispuestos a llegar con aquella pantomima para provocarla? Sue no iba a montar ninguna escena, por supuesto, estaba por encima de eso y además no era ninguna mojigata. Pero ¿y si la cosa llegaba a más? Se lo estaban montando allí mismo a su lado, y Sue comenzó a preguntarse si podría ocurrir que María besase mejor que ella, o si Jakke se estuviera poniendo demasiado caliente, más incluso que con ella misma.

No, eso era imposible. La pequeña y recatada recepcionista estaba desatada en aquel momento, pero para nada besaba mejor que Sue. Les observó durante unos segundos, sintiendo que ella podía hacerlo mucho mejor. Sintió ganas de hacerlo. Muchas ganas de demostrarles que ella podía darle mucho más placer a Jakke de lo que aquella aficionada podría hacer. Sue sintió acelerarse su corazón, y miró por las ventanas del coche que no hubiera nadie cerca, no fuera a venir alguien y pensara cosas raras. Y por algún inexplicable motivo, toda aquella situación, los pequeños gemidos de María,

las manos de Jakke sobre su piel, sus urgentes deseos de besarlo y que se olvidara de la otra... todo ello hizo que la propia Sue comenzara a excitarse también. Se quitó la chaqueta al fin y la tiró a los asientos de delante, percibiendo el olor del perfume sencillo de María mezclado con el sudor de su barbudo leñador. Y justo entonces él abrió un ojo y la miró, y sus miradas se cruzaron, y fue cuando Sue tomó la decisión.

—Me parece que no sabes hacerlo bien, María.

—¿Perdona? —la recepcionista dejó de besar a Jakke: estaba despeinada y tenía las mejillas enrojecidas, y tenía expresión de mareada, de volver de otro mundo.

Sue aprovechó aquel instante para besar a su chico, haciéndole girar la cara para donde ella estaba. Se empleó a fondo: pegó su cara a la de Jakke y le devoró la cara, la boca, la barbilla, el cuello, furiosa y caliente a la vez. Ahora ella estaba allí y tomaba posesión de su presa. Pero reconoció, entre beso y beso, saboreando la saliva de él, que María también era un factor inesperado en aquella ecuación, y se dio cuenta de que no le desagradaba su presencia. No era una egoísta, a diferencia de Jakke: Sue se repetía una y otra vez que a ella no le importaba compartir... ¡siempre que ella estuviera por delante, claro está!

Jakke parecía ser de la misma opinión, porque siguió acariciando la piel de la espalda de María, bajo la camisa, y eso incitó a la recepcionista a acercarse más a la pareja y comenzar a besar el cuello y la oreja del hombre. Sue se dijo, obnubilada por el placer que sentía, y el que sabía que estaba dando, que era todo una locura. Cualquiera que los viera... cualquiera que pasase cerca... pero daba igual, porque ya los cristales estaban completamente empañados, y lo que ocurriera en aquella furgoneta era sólo cosa de ellos tres. Sue tuvo que poner toda su fuerza de voluntad a prueba para no quitarse la camiseta y ponerle los pechos en la cara a Jakke, pero le parecía excesivo con María a su lado.

Entonces Sue escuchó que María empezaba a gemir suavemente, rítmicamente, y se preguntó por qué, y entonces vio que Jakke tenía una mano dentro del pantalón de ella y que ella tenía los ojos cerrados. Y Sue sonrió, porque supo entonces que Jakke quería reservarle lo mejor a ella sola.

“Está bien”, pensó Sue, sonriendo, mientras volvía a besarlo y María se derretía de placer, “ya veo lo que haces; haz que ella se corra con tus dedos, de acuerdo, tendré unos minutos más de paciencia. Pero rapidito, que ella

tiene que conducir después... y luego en el hotel tú vas a ser *mío*. Porque necesito tu piel, necesito tu carne y necesito tu voz y tu aliento en mi oído. Así que sí, he captado el mensaje”.

“Pero tú no has captado el mío. Necesito volver a ser quien fui y averiguar qué me ha quitado mi vida y mi memoria... y haré todo lo necesario para ello. Y si para eso tengo que hacer cosas que te alejen de mí, pues...”

Capítulo 18

Aparcaron la furgoneta en el parking privado del hotel; la primera en salir fue María, alisándose el uniforme y colocándose las gafas, mirándose en el retrovisor para asegurarse de que no estaba demasiado despeinada ni tenía la cara demasiado colorada. Tenía que subir arriba y dar la cara delante de su compañero el vigilante de seguridad, y rogaba que no hubiera habido ningún problema importante. Pero la experiencia que acababa de vivir era algo tan intenso que casi bloqueaba su mente por completo.

Después bajaron del asiento trasero Sue y Jakke. Habían hecho la última parte del viaje besándose tiernamente en silencio, intentando que se les pasara la calentura insana que habían sufrido minutos antes. Se miraban y sonreían mientras se ponían los abrigos, anticipando lo que iba a ser el resto de la noche.

María subió las escaleras la primera, abrió la puerta y salió al vestíbulo del hotel y de inmediato se giró hacia Sue y Jakke, que venían tras ella.

—¡Aparca la furgoneta en la plaza tres, y sin rozarla! —exclamó con autoridad mirando a Jakke, el cual dio un paso atrás, desconcertado. María tomó a Sue del brazo y tiró de ella hacia la puerta, sacándola fuera y cerrando tras de sí.

¡Oscar estaba en recepción, sentado en un sillón él solo en la penumbra! Al ver a Sue se puso de pie, sonriente, y se acercó a ella, que no era capaz de articular palabra.

—Cariño —dijo Oscar dándole un abrazo—. No me sabían decir dónde estabas, andaba ya algo preocupado.

—¿Qué... qué haces aquí? —dijo Sue, intentando reprimir su sorpresa—. ¿No te habías ido a casa?

—Si me disculpan —interrumpió María, aún temblorosa—, voy a comprobar que ese memo de Marko no vuelve a rayarme la furgoneta. Les dejo solos, ¡qué suerte haber encontrado el bolso de la señora! Ahora todos a descansar.

Sue se volvió a mirar a Oscar mientras María volvía al garaje, y se dijo que aquella recepcionista, más que una propina, se merecía una medalla.

—¿Se te había perdido el bolso? —preguntó Oscar, mirándola suspicaz.

Sue miró a su alrededor, presa de un repentino temor. Oscar no había tenido tiempo de llegar a Laponia: había vuelto a mitad de camino, y era evidente que había sido a causa de la llamada que le había hecho el doctor... ¡eso era lo que Jakke había intentado decirle, y con tanta tontería no habían tenido tiempo de hablar de ello! Pero ya era demasiado tarde, Oscar se había vuelto a buscarla, y sintió inquietud por lo que pudiera pasar ahora. Estaba sola en aquel vestíbulo de hotel a oscuras, con excepción del vigilante de seguridad que miraba ocioso el televisor tras el mostrador. Jakke estaba en el sótano con María, que había sido lo bastante rápida para sacarlo de allá antes de que lo viera Oscar... a todos los efectos, estaba sola. Y tendría que hablar con él. ¿Hasta dónde habría llegado el doctor Paasikivi en su explicación? ¿Le habría dicho lo del barco...?

Oscar sonreía y se mostraba amable, pero Sue se sentía terriblemente insegura.

—Fui a dar un paseo —balbuceó—, y cuando quise volver al hotel descubrí que había perdido el bolso. Y Ma... la recepcionista se ofreció a ayudarme, porque me puse muy nerviosa, y me llevó en coche al lugar.

—¿En serio? ¿A dónde fuiste?

Sue decidió que mentirle completamente no le llevaría a ningún buen lugar. Por lo que pudiera saber o no saber Oscar.

—A Santahamina, a dar un paseo por la bahía... en barco...

—Bueno, menos mal —exclamó Oscar, animado, aparentemente satisfecho con la respuesta—. Qué amable es esa muchacha ¿verdad?

—Aún no me has dicho qué haces aquí, si ya te habías vuelto a casa —le insistió Sue, un poco más calmada.

Oscar le pasó el brazo por el hombro y a Sue la recorrió un escalofrío.

—Venga, te lo cuento en la habitación. ¡Estoy hecho polvo de tanto conducir! ¿Sabes qué hora es?

Cinco minutos después María emergió con precaución del garaje. Ya no había nadie en el vestíbulo, excepto el vigilante, que la miraba inquisitivo desde el mostrador.

—¿Quién narices es Marko?

—Un amigo mío —le respondió ella, echándole de la recepción agitando

un manojo de folios, como si fuera un bicho—. ¿No tienes que hacer una ronda o algo?

—Me debes un café por guardarte el sitio. ¿De verdad te has recorrido la ciudad para buscar el bolso de esa clienta?

María suspiró cómicamente.

—Con esa actitud tan poco asistencial, nunca llegarás a nada en el mundo del turismo —y con ello, se sentó de nuevo a mirar su ordenador mientras el vigilante se perdía en la oscuridad del restaurante. Sólo tras un par de minutos de calma, se volvió a levantar y se dirigió a la puerta que daba a las escaleras del garaje.

—Ya puedes subir.

Jakke salió al hall del hotel, mirando en todas direcciones.

—¿Seguro?

—Seguro, ven a sentarte conmigo al despacho, por si acaso.

—¿De verdad era *él*? —preguntó Jakke, entrando en la habitación contigua a la recepción y dejándose caer sobre el sillón de quien suponía sería el director.

—Sí que era —le contó María, apoyada en el canto de la puerta—. Os habéis vuelto a librar por los pelos... tu jefa va a tener que tomar más precauciones de aquí en adelante.

—No es mi jefa, pero un momento, espera, ¿dónde se han ido?

—A la habitación, claro. De hecho veo en mi ordenador que han entrado ya con la llave magnética.

Jakke se quedó pensativo al oír aquello, y la recepcionista notó su cara de agobio al momento.

—¿Estás preocupado por ella?

Jakke asintió tras unos momentos de duda. No sabía hasta dónde podría contarle: a pesar de que hacía tan sólo unos minutos acababa de mojar sus dedos en su sexo, aún no sabía nada de ella. La vida es realmente extraña.

María sonrió, tranquilizadora.

—Pues no te preocupes; ya me he asegurado de que no sepa de tu existencia. Otra cosa es lo que tu jefa le haya dicho, pero no creo que te haya delatado. Le he dicho que la había acompañado a buscar su bolso por ahí y que por eso estábamos las dos por ahí fuera. Y, bueno, a propósito de todo eso... —añadió con cierta timidez.

—¿Sí?

—Quería decirte —María enrojeció un poco al explicarse— que ha sido increíble cómo me has hecho sentir. Bueno, los dos: al principio creí que ella se iba a poner agresiva o algo, pero... sois geniales. Y tengo que decirte que tienes unos dedos mágicos, me has puesto... uff.

Jakke sonrió, algo avergonzado por tal halago.

—Tú sí que eres un encanto —respondió simplemente—. Te merecías darte ese gustazo, mujer.

—Ya, el caso es que —continuó ella mirándose los zapatos— no tengo ninguna experiencia en cómo se gestionan estas cosas. Es decir, no soy ninguna aprovechada. No sé si con ella tienes una tarifa, es decir, tarifa plana para toda la semana o cómo, pero...

—No te entiendo.

—Que qué te debo —María se mordisqueó las uñas de su mano derecha tras hacer la pregunta.

Jakke abrió mucho los ojos al comprender al fin a que se refería ella, y se echó a reír con ganas. La recepcionista dejó de morderse las uñas, sin estar segura de qué era tan gracioso.

—Tú piensas —dijo él al recuperar la voz— que soy el *gigoló* de Sue... ¿verdad?

—*Gigoló* me suena a palabra tan de los años 70, pero sí, bueno, *escort* o como quieras llamarlo... espera un momento... ¿quieres decir que...?

—No lo soy. ¡Sólo soy un amigo! —Jakke disfrutó durante unos instantes de la cara de shock de María, que se derrumbó en su silla del mostrador de recepción tapándose la cara con las manos.

—¡Ay, qué vergüenza! —repetía una y otra vez, sin atreverse a mirarlo a la cara—. Perdona, perdona por haberte tomado por...

—No tiene importancia—le dijo él, amable, al cabo de un momento—. En serio. Es todo un halago que pienses que podría dedicarme a esto. Pero no, soy sólo un amigo que ha venido a... acompañarla. Y por eso me preocupa que ahora esté con su prometido a solas ahí arriba.

María levantó la mirada hacia Jakke.

—Entonces es que crees que sospecha de vosotros.

—No exactamente. Es una larga historia, pero... creo que él la está tratando mal y que la está engañando. Y me preocupa lo que pueda pasar ahí arriba con ellos dos solos.

María pensó un momento y echó un vistazo a su monitor.

—Sabes —comentó tras un instante de reflexión—, me encantaría que te quedaras aquí haciéndome compañía toda la noche. Sobre todo, después del rato que me has hecho pasar antes en la furgoneta. Pero te comento, por si te interesa, que esta noche estamos un poco vacíos, y tengo unas habitaciones libres en la misma planta que tu amiga. Concretamente, hay una que está pared con pared. Por si eso te tranquiliza un poco, y así pasas una noche algo más relajada.

La mirada de Jakke se iluminó.

—¿Harías eso por mí?

María le entregó la llave magnética, y también sacó de un armario de equipajes la mochila que había dejado allí guardada aquella misma mañana.

—Sabes —le dijo María mientras le mandaba en dirección al ascensor—, ahora me da mucha vergüenza haberte dado mi tarjeta antes, esta mañana, para que me llamas. Si llego a saber que no eras ese tipo de hombre, nunca me habría atrevido.

—Pues, mira, yo te agradezco que lo hicieras. Si no, nunca podría haber avisado a Sue... y tampoco habríamos pasado ese buen rato en tu furgoneta. No creas que no me ha gustado. ¿Saben los tíos de esta ciudad que besas así?

La recepcionista de las gafas redondas se puso intensamente roja y bajó la mirada, por toda respuesta.

—Haz que lo sepan. ¡Hazme caso! —añadió Jakke con un guiño antes de que las puertas se cerrasen.

María se sentó, sola, frente a su mostrador, y respiró hondo. Tenía unas cuantas tareas administrativas que hacer antes del amanecer. Pero antes se permitió cerrar los ojos unos instantes, recordando, volviendo casi a sentir todo aquel torrente de sensaciones... y sonrió como una tonta. ¿Sería verdad, o sólo un halago tonto, lo que aquel chico le había dicho? Hasta aquel momento nunca se había creído que pudiera interesar a nadie de ese modo. Quizás debería dejar de centrarse tanto en su trabajo y explorar aquella otra faceta suya... ¿por qué no?

María se sentó frente al ordenador a repasar los datos del día, sonriendo para sí misma.

—Y entonces me sentí mal —le explicaba Oscar a Sue en la oscuridad, tapados los dos hasta las orejas con la manta—. Sentí que te había fallado, que en estos momentos sin duda estarías buscando respuestas por la ciudad, o

peor, sentada en tu habitación mirando la pared. Que lo de irte de compras sería una excusa para estar sola. Y decidí darme la vuelta, cuando ya se había hecho de noche. Podría haber seguido una hora más y haber llegado a casa, pero decidí que no podía dejarte así. Y me di la vuelta en el siguiente pueblo.

Sue sabía que no era verdad, y que se había vuelto a Helsinki a por ella tras ser alertado por el otro tipo. ¿Qué le habría contado exactamente? Ahora comenzaría el interrogatorio, estaba segura: querría saber con exactitud qué había hablado con el doctor, qué le preocupaba, qué sospechaba, y Sue temía hasta dónde sería capaz de llegar. Ya comenzaba a verle como un tipo peligroso, que tras su amabilidad no tendría escrúpulos para lograr ocultarle la verdad.

Y sin embargo, tras unas frases de conversación intrascendente y unos pocos bostezos, Oscar se acercó a ella, le dio un beso suave en la mejilla y se dio la vuelta, para ponerse a roncar pasados unos minutos.

Sue se quedó tumbada con los ojos abiertos, mirando al techo, a la oscuridad sólo rota por un par de reflejos en forma de líneas de luz que entraban desde la ventana. Sus temores no se habían hecho realidad. No había habido reproches ni peleas ni interrogatorios. Sólo cariño (de poca intensidad, eso sí) y sueño. Como un marido aburrido tras muchos años de casados. Entonces ¿era cierto lo que Jakke había oído? ¿Lo habría entendido bien? ¿Sería una táctica de Oscar, disimular para después...? Sue no sabía ya qué creer, y estaba agotada tras tantas emociones.

Sólo sabía que a la mañana siguiente tendría que volver a su casa con Oscar... y que le gustaría tanto, en vez de eso, estar al lado de Jakke. Pero tanto, tanto.

De haber sabido que, de hecho, Jakke estaba al otro lado de la pared, a tan sólo unos centímetros de su cabecero, y escuchando atento y temeroso por su seguridad, Sue habría sonreído, confiada, y se habría dormido como una bebé. Sin embargo, ninguno de los dos durmió bien aquella noche.

Capítulo 19

Habían transcurrido cuatro días de aquello, y habían vuelto a casa, y no había habido situaciones malas. Pero sí algunos cambios.

El primero fue que a Sue le dieron un despacho. Hasta aquel momento ella había estado trabajando desde uno de los laboratorios zoológicos, en la planta baja de la factoría, rodeada de las jaulas de los animales capturados en el bosque a los que se quería hacer algún reconocimiento, de microscopios, equipos para tomar muestras... en aquellos primeros días tras el accidente solía sentarse en un taburete a hacer un informe, sobre la misma mesa donde el día antes quizás había diseccionado un topo.

Y ahora estaba en un despacho pequeño y acristalado, con una ventana desde donde dominaba las montañas nevadas que se extendían al oeste de allí, y desde donde podía observar la actividad de las oficinas administrativas de la fábrica. Seguía teniendo que salir periódicamente al bosque, y seguía teniendo que usar su laboratorio, pero ahora algunos días podía vestirse más elegante, disfrutar de un entorno moderno y silencioso y tener una silla ergonómica, un buen teléfono y una máquina de café Nespresso para ella sola.

Contemplando el paisaje desde su nuevo puesto de trabajo, Sue tenía claro que aquello no era casual. Oscar sin duda había ordenado aquel cambio para tenerla más contenta, para que dejara de tener sospechas raras y se sintiera más parte de aquel lugar. “Muy bien”, se dijo Sue, “voy a aprovechar lo que se me da, pero no voy a renunciar a mi empeño de desenmascararte”.

Y tomó la determinación de que iba a buscar todas las maneras posibles de encontrar pruebas de las actividades y experimentos que hacían allí. Hasta aquel momento sólo tenía un dato: el comentario que le había hecho al oído, sudoroso, el doctor Paasikivi, y en aquellas circunstancias poca prueba formal podía considerarse. Pero era algo para empezar.

Al poco de instalarse allí descubrió encantada que tenía cierta intimidad. Pudo llamar un par de tardes por el móvil a Jakke, el cual estaba encantado de saber que todo había ido bien con ella y Oscar. El pobre había tenido que regresar a su granja en bus, pero aparte de eso todo estaba normal; ambos rieron hasta llorar cuando Jakke le contó la confusión de la recepcionista

acerca de su supuesta profesión como seductor a sueldo. Sue sonreía como una tonta cuando escuchaba su voz por el móvil, y lo habría hecho más a menudo de no haber sido porque se dio cuenta de que la gente la miraba a través de las cristaleras.

En efecto: descubrió que el despachito acristalado era una trampa envuelta en caramelo: muy *classy* y muy de jefa, pero los ocupantes de los despachos contiguos la observaban de vez en cuando. Y parecía que se empeñaban en hacerlo cuando ella cogía su móvil para hablar. Y eso la ponía muy nerviosa.

—Tengo que ir a visitarte otra vez, Jakke —le contaba una de aquellas veces—. Echo de menos la noche que estuve contigo en aquel hotel. La tarde. Las pocas horas. Bueno, ya sabes. Necesito más.

—Me tuviste todo lo que quisiste en la furgoneta del hotel —repuso él, burlón— y no hiciste casi nada. Dejaste que me liase con María. Aunque sabes, ¡creo que no te disgustó demasiado...!

—Reconozco que la situación me puso bastante, pero no era plan de echarla de allí y poseerte sobre el asiento sin más. Quería que tuvieras tu momento.

—¿Así que “te puso”? —Jakke fingió escandalizarse—. Apostaría a que te mojaste bastante viendo cómo yo metía mi mano entre sus muslos.

—Sí, la verdad —susurró Sue casi al límite de su voz, como si temiera que alguien pudiera escuchar las palabras “sí, la verdad” y pensase que eran especialmente pecaminosas. A veces recordaba aquellos momentos concretos de aquella noche y, como entonces, sentía una tensión entre los muslos y un calorcito que la recorría por dentro, que a menudo acababa con ella cerrando los ojos y desconcentrándose del trabajo durante un rato. Y lo mismo le estaba empezando a suceder en aquel momento, y lo mejor de todo, con Jakke al otro extremo del teléfono... cuando observó al vecino de despacho mirándola con fijeza.

Desvió la mirada, disgustada. Se llamaba Niko y era flacucho, rubio y con un fino bigote; alguien del departamento de logística, suministros y cosas así. No estaba directamente implicado en investigación (ya se había preocupado Sue de averiguarlo) y no tenía mucho contacto con él, aparte del visual. Porque a menudo, especialmente cuando hablaba por teléfono, encontraba que Niko había levantado la mirada de la pantalla de su ordenador y la observaba, curioso. ¿O sería su imaginación? Sue no podía estar segura, pero durante unos segundos pensó, como hacía siempre, que Niko estaba siguiendo instrucciones

de Oscar para tenerla controlada. Era absurdo, sí; se decía una y otra vez que la gente de aquel centro tenía cosas más interesantes que hacer que vigilar a la rara amnésica, pero cada día volvían esas sospechas a su imaginación.

—Tengo que dejarte, Jakke —dijo con un suspiro—, mucho trabajo esta mañana.

Él siempre lo entendía, o eso decía, pero Sue siempre colgaba el teléfono frustrada, y así fue también aquella vez. Volvió a su trabajo, mirando a Niko con disimulado rencor. Él ya no la observaba, escribiendo atareado en su ordenador. “Me gustaría saber cómo te sentirías” se dijo, “si yo me quedara mirando con cara de pasmada cada vez que te pones a ver periódicos de deportes en el ordenador”.

Parpadeó, perpleja. ¿Cómo sabía ella *eso*?

Llevaba tres días en aquella oficina, y nunca había podido ver lo que aquel tipo hacía en su pantalla desde su mesa. Y sin embargo, de alguna manera *sabía* que él lo hacía regularmente. Sin mucho esfuerzo, pudo recordar aquella vez que pasando por el pasillo contrario entró a preguntarle si había visto por casualidad su...

Pudo *recordar*.

A Sue le faltó el aliento al darse cuenta de lo que pasaba. ¡Había recuperado el recuerdo de una cosa nueva! Un momento que había ocurrido seguramente hacía meses. No tenía todos los detalles, pero creyó recordar que era verano y que ella había perdido algo y lo andaba buscando por la oficina, y que Niko miraba fútbol en su pantalla por una final de un mundial, o algo así. Casi se le saltaron las lágrimas de la emoción. Sintió que era un primer paso, que algún remoto rincón de su memoria habría despertado por alguna razón... y entonces le vinieron a la cabeza las palabras del doctor Paasikivi.

“Tienes que seguir viviendo, pensando en el futuro, teniendo experiencias nuevas y enriquecedoras... sólo así las áreas perdidas de tu memoria despertarán” había dicho él, y bueno: Sue sonrió al pensar que si algo habían tenido los días anteriores eran experiencias nuevas e intensas. Había sido ella misma, se había dejado llevar por sus deseos, y quizás por eso tenía nuevos recuerdos. Quizás toda aquella pasión intensa que estaba experimentando era la causante, todo aquello estaba ayudando a liberar su mente.

Y es que cada vez tenía más *déjà-vus* mientras caminaba por su casa o por la oficina, sensaciones desconcertantes de haber visitado ya aquel rincón o aquella sala o aquella escalera. Saber que había recuerdos latentes detrás de

cada una de aquellas ocasiones le daba esperanzas de, poco a poco, avanzar hacia su curación. Era cuestión, entonces, de continuar con ello...

Tenía que ver a Jakke de nuevo, ya no había más excusas. Se lo pedía cada célula de su cuerpo y ahora también se lo pedía su mente. Era su medicina, su remedio magistral que ninguna farmacia podría prepararle.

Por desgracia, otra consecuencia de aquel viaje a la capital era que ahora Oscar no la dejaba tranquila casi nunca. Antes podía pasarse largas horas en casa, por las tardes, contemplando el bosque o leyendo o escribiéndose con Jakke. Ahora, extrañamente, Oscar se tomaba más tardes libres, y en cualquier momento aparecía para sentarse a su lado en el sofá, preguntarle por el día, prepararle un té en el pequeño invernadero que tenían, cocinar algo juntos... no era desagradable, por supuesto: era exquisitamente educado y amable, y no le faltaban gestos de cariño en todo momento. Sue comenzó incluso a dudar de todas sus teorías anteriores acerca de que era un manipulador que fingía ser su prometido.

Pero había algo que le faltaba, algo de lo que Sue era muy consciente. Le faltaba pasión y locura del tipo que ella más necesitaba en aquellos momentos.

Al menos, hasta aquella tarde en que Sue se estaba dando una larga ducha, tras un helador día persiguiendo a una pareja de alces por la nieve. Y no fue premeditado. Ya se había puesto el sol y por una vez no había nadie en casa: Sue venía agotada de los laboratorios y quiso darse una ducha rápida antes de cenar cualquier cosa y meterse en la cama, así que dejó toda su ropa arrugada sobre una silla y un minuto después estaba disfrutando de la lluvia caliente sobre su piel. La mampara que separaba la ducha del resto del baño era translúcida, lo cual le daba cierta intimidad por si Oscar aparecía, y además tenían dos baños más en la casa, por lo que se sintió cómoda.

Se embadurnó de gel con aroma a chocolate, su favorito, y el contacto de sus manos con las formas de su cuerpo le recordó, inevitablemente, a Jakke. Aquel día no habían hablado nada por el móvil, aparte de un par de saludos rápidos y un par de *selfies* sonrientes, por lo que lo echaba muchísimo de menos. El vapor cálido la rodeaba y Sue esbozó una sonrisa, recordando una vez más sus felices momentos en el hotel de Helsinki. Casi pudo volver a ver su rostro ante ella, sorprendido de lo que estaba ocurriendo en aquel sofá, y pensar en aquellas sensaciones agradables le despertaron rápidamente hambre y ganas de repetir las.

Sue dejó que el agua le cayera por la espalda, y sus manos continuaron

repartiendo jabón y espuma aromática por su piel... pero ahora de un modo más lento, más cuidadoso, recorriendo sus caderas y su ombligo como si fueran las manos de otro quien lo hiciera. Con los ojos cerrados no le fue difícil imaginarlo, y la combinación de recuerdos, tacto y aroma hicieron el resto. Sintió aquella conocida sensación de impaciencia entre sus muslos y decidió que sus manos podían y debían continuar el juego. Dio un paso atrás para que el chorro de la ducha cayera justo sobre su cara, sus hombros y sus pechos, y sintió un escalofrío al notar las cálidas gotitas golpeando delicadamente sobre sus zonas más sensibles.

Sus dedos, mientras tanto, ya estaban explorando con delicadeza los pliegues de su sexo, provocando pequeñas oleadas de placer que la recorrían una y otra vez. Adoraba aquella sensación, y en su mente sus dedos eran los de Jakke, “su” Jakke, el amable y casi siempre tímido Jakke... aunque los de él eran más largos y fuertes. Quizás por su trabajo en la granja: rudos y curtidos dedos de campo, pero llenos de sensibilidad cuando estaban acariciándola... Sue tuvo que reprimir un sonoro jadeo de placer con esas cosas en la mente.

—¿Me dejas un hueco? —dijo la voz de Oscar al otro lado de la mampara. Sue se quedó petrificada y levantó las dos manos por instinto para taparse a pesar de que el cristal translúcido no dejaba casi ver nada. Pero sí, había una figura allí, constató Sue quitándose el agua del flequillo y la cara para ver mejor.

—Oscar... —balbuceó Sue— ¿cuánto tiempo llevas...?

—El suficiente —dijo él riendo con picardía— para saber que me apetece mucho estar ahí dentro contigo. Dame un momento.

Sue se volvió a mirar a los azulejos, que se llenaban de gotitas de agua, mientras escuchaba cómo a su espalda Oscar se quitaba rápidamente la ropa. ¿Qué hacer? Oscar tampoco era desagradable, pese a sus sospechas... ¿no estaría siendo algo injusta con él? ¡Pero aquello era tan inusual en él! Estaba confusa, pero en aquellos momentos necesitaba descargar tensión... sus caricias de unos momentos atrás le habían puesto bastante caliente, y quizás Oscar era justo lo que necesitaba en aquel momento. Sue miró detrás suyo, disimulando frotándose con la esponja, justo cuando él entró, desnudo, en el cubículo de cristal con ella. Estaba sonriente y maravillado por la vista que tenía delante.

—Justo a tiempo para enjabonarte la espalda —bromeó—. Anda, dame esa esponja.

El suave roce de la esponja sobre la piel de Sue fue bastante breve, y una excusa para intercambiar un par de comentarios jocosos; al cabo de un minuto las manos de Oscar recorrían la espalda húmeda de Sue, desde la nuca hasta sus nalgas, justo donde estaba cayendo el chorro de la ducha. Sue se sorprendió al sentir la erección de Oscar rozando su trasero, pero se dijo que en aquel momento no podía ponerse tampoco tiquismiquis con él. Además, eran unos momentos tranquilos y apacibles y a Sue le sorprendía que fuera Oscar, el mismo Oscar que siempre se mostraba inmutable y a quien parecía que aquellas cosas le daban igual.

Él la abrazó desde atrás, rodeándola con sus manos por la cintura, y despacio le besó la nuca y el cuello; aquello hizo que Sue soltara un largo suspiro. Lo necesitaba ya: estaba impaciente, así que tomó las manos de él con las suyas y las colocó sin miramientos sobre sus propios pechos.

—Ufffff —resopló él a su espalda—, estás muy loca... creo que voy a tener que...

—Fóllame —le interrumpió Sue, directa, apoyando sus manos sobre los azulejos húmedos—. No hables más y hazlo.

Ella misma se sorprendió de sus palabras, pero era la verdad, era lo que necesitaba. Quizás si hubiera sido Jakke se le habrían ocurrido otro tipo de frases cariñosas, pero en esta ocasión no se le ocurría nada. Así que separó un poco sus muslos para sentir cómo Oscar se colocaba con su pene justo en su sexo, y tuvo un fugaz momento de duda (“¿será esto lo correcto?”) antes de que un millón de sensaciones la invadieran y su cabeza se vaciara del todo.

Oscar la había tomado con las manos por las caderas y la estaba penetrando lentamente, hundiéndose dentro de su carne, y saliendo después... y de nuevo dentro, y de nuevo fuera, y Sue cerró los ojos y pensó que era delicioso y que quería más, que no quería que aquello parase nunca. La situación, la postura, el vapor caliente que lo inundaba todo y que la hacía sudar, todo fue un cóctel de sensaciones para ella, y al parecer también para él, que cada vez la embestía con más fuerza, con más impaciencia, como si él también llevase horas deseando aquel momento.

Sue pensó, en medio de su niebla de placer, que no tenía dónde agarrarse más allá de tener las palmas de las manos sobre el azulejo, y esperaba que Jakke tuviera cuidado y no la follase demasiado duro... Oscar, Oscar, no Jakke, ¿por qué había pensado en Jakke? Las imágenes del granjero volvieron a aparecer en su cabeza, y ella les dio la bienvenida con una sonrisa, “ojalá

fueras tú, Jakke, cariño, ojalá fueras tú quien se está clavando dentro de mí... mira cómo me tienes, Jakke”, pensó, o murmuró, o gritó, que ya no sabía lo que hacía. Pues pensar en su amigo Jakke fue lo necesario para llevarla a las estrellas, y soltó un largo gemido a la vez que todos los músculos de su cuerpo se estiraban hacia el infinito.

Creó escuchar a Jakke, no, no, a Oscar, gemir de forma parecida a su espalda, notando claramente cómo se había derramado dentro de ella, y al fin se dio la vuelta para mirar a su novio. Quizás no fuera su novio, o quizás sí. Pero en aquel momento Sue necesitaba ansiosamente besar y abrazar a la persona más cercana, y así lo hizo, mientras el agua le caía sobre el pelo. Y fueron unos momentos tiernos y tranquilos; pero en aquel momento, sin previo aviso, fue cuando volvió el recuerdo, intenso como una bofetada.

Oscar la había gritado. Y había sido en la *chaiselongue* del salón.

Habían discutido, y aquel mismo hombre a quien ahora estaba besando la había gritado, y fuerte, y de forma muy desagradable. Había sido acerca de los experimentos: no sabía exactamente por qué, pero habían discutido acerca de ello, y ella se había sentado en aquel sofá y... aquella visión de su cara enfurecida y de sus ojos tan abiertos fue como un mazazo en su mente, y Sue se apartó de Oscar instintivamente, dio dos pasos atrás y casi se resbaló en el suelo de la ducha.

—¿Qué te pasa? —dijo Oscar, alarmado. Sue lo miraba como si fuera la primera vez que lo veía.

Ella continuó así unos segundos hasta que su corazón volvió a la normalidad. Por supuesto. ¿No quería recuperar recuerdos? ¿No sabía que el sexo activaba sus memorias perdidas? “Ahí lo tienes, niña idiota, es lo que buscabas”, se dijo con amargura mirando sus pies descalzos cubiertos de espuma.

—Tranquila —insistió Oscar tras unos instantes, con mirada de preocupación sincera—. Lo siento, quizás aún no estás preparada para esto. Estás confundida, y lo siento. Me he pasado contigo. Ven, cálmate y vamos a secarnos.

Ella le miró con desconfianza, pero se forzó a hacerle caso y calmarse. “No llegarás a averiguar nada si te entra el pánico a cada momento”, pensó para sí misma. Así que, respirando hondo una vez más, cerró el grifo y salió con Oscar de la ducha.

—No sé qué me ha pasado... —murmuró, más para Oscar que para sí misma—. Me he sobresaltado...

—Sssssh, no digas nada. Aún es pronto para estas cosas, creo —le respondió él, en tono tranquilizador pero serio. Como si se sintiera un poco culpable.

Sue se envolvió en el albornoz y durante el resto de la tarde rehuyó todos los intentos de Oscar por hablar sobre ello. Y un rato después, mientras él preparaba algo de cena, Sue se dijo que quizás estaba entrando en un terreno al que no era buena idea retornar...

Capítulo 20

Jakke ya estaba dentro de su todoterreno, comprobando que lo llevaba todo. Tenía que pasar la mañana comprando suministros y herramientas para la casa, y no quería hacer el viaje de treinta y cinco kilómetros a Rovaniemi y descubrir que se había olvidado de algo. Pero entonces se quedó sin respiración, al ver aparecer el conocido coche oscuro por el camino entre sus campos, dirigiéndose directamente a su casa. Le salió la sonrisa sin pensar, y se dijo que no pasaba nada por llegar a sus compras con un par de horas de retraso. Le esperaba, sin duda, un buen rato de besos y caricias con aquella mujer, y por Dios que lo echaba de menos.

Todo su entusiasmo se desvaneció al ver salir del coche a Oscar, a él solo, vestido con un inadecuado (pero elegante) abrigo de caballero. Su emoción se transformó en preocupación; ¿le habría pasado algo a Sue? Su último mensaje había sido el día anterior por la mañana, bastante corto y apresurado; normalmente por las noches también hablaban un poco o se mandaban alguna foto, pero no había sido así aquella vez. Jakke no había querido insistir ni llamarla: sabía de su situación y no quería forzarla.

Salió del todoterreno para saludar a Oscar, sin estar seguro de qué le diría.

—Buenos días, qué sorpresa —dijo, amable, estrechando su mano—, ¿cómo tú por aquí? ¿No has venido con Sue?

—Hoy no —respondió Oscar, algo incómodo—. Quería hablar un rato contigo, precisamente sobre ella. Si tienes un momento, porque parece que te ibas...

—Da igual —el corazón de Jakke saltó con nerviosismo—, ¿un café? Pasemos dentro y nos...

—No, no —repuso el empresario, acercándose un poco a Jakke—, no hace falta, creo que ambos tenemos un poco de prisa hoy. Será un momento nada más. Era para hablar contigo acerca de la situación de mi mujer. De su proceso de curación.

—De acuerdo, entonces ¿qué tal está? —quiso saber Jakke, con precaución.

—Va bien —explicó Oscar—, pero es lento. Ya va poco a poco

adaptándose a sus tareas anteriores; de hecho le hemos preparado un despacho para que esté más cómoda y pueda tomarse descansos cuando lo necesite. Va retomando el contacto con los compañeros de trabajo que tenía antes de que pasara todo esto, ha reanudado sus experimentos, aunque aún tiene lagunas y dudas, pero cuando una es una buena profesional, eso se nota. Así que poco a poco vamos consiguiendo que vuelva a la normalidad.

—Eso es fantástico, pero yo me refería más bien a... en casa —comentó Jakke, algo extrañado de que el comentario se refiriera sólo a su rendimiento laboral—. Ya sabes. Contigo en el día a día.

—Ah, eso —respondió con una tosecilla—, sí, también va bien, es lento pero creo que nuestra casa vuelve a ser un hogar para ella. Pero va a tardar mucho en recuperar sus recuerdos, su comodidad, y sobre todo volver a estar cómoda conmigo del todo. Y en parte por eso quería verte.

—No entiendo —dijo Jakke, alerta.

—Verás, ante todo, no quiero resultar borde —habló Oscar tras una pausa para pensar—, ni nada parecido. Tú has hecho mucho por ella, joder, prácticamente le salvaste la vida rescatándola del coche y cuidándola en tu casa. Por eso te he de estar eternamente agradecido. Pero...

—¿Pero?

—Mira —dijo bajando un poco la voz—, me siento muy incómodo, porque sé que ella se lleva muy bien contigo, sé que mantenéis el contacto, y que habláis de vez en cuando...

Jakke reflexionó sobre aquel “de vez en cuando”, que más bien era “varias veces al día, en las cuales ambos se expresaban el uno al otro deseos altamente inadecuados para el horario laboral”, pero dejó que Oscar lo contara a su manera, por supuesto.

—...y sé que la sigues ayudando mucho —continuó él—; pero la verdad es que pienso, e igual estoy equivocado, que en estos momentos se siente muy confusa con los recuerdos y lo que cree recordar y lo que cree sentir, y por eso me parece que... que igual sería mejor si ella se concentrara más en su recuperación, en recuperar su convivencia conmigo, en la relación que ella y yo teníamos antes, y... después, cuando se encuentre mejor, pues podéis seguir llamándoos, e incluso yo mismo te invitaré a cenar a casa, y a toda tu familia también, pero por el momento, creo que...

—Quieres que deje de llamarla —resumió Jakke con voz seria.

Oscar se encogió de hombros.

—Por un tiempo. Estoy seguro de que me entiendes, y de que eres consciente de que es lo mejor para ella. Su situación es delicada y no quisiera introducir más cambios en su vida... no hasta que haya recobrado un poco la serenidad y haya vuelto a ser la que era.

Jakke se sintió fatal durante unos instantes. ¿Qué derecho tenía aquel tipo...? Quería decirle que él haría lo que le diera la gana, pero es que él no era nada ni nadie para Sue. Además, su parte racional no pudo evitar pensar que quizás estaba en lo cierto. Pensó en Sue y en el único mensaje que le había mandado el día anterior: quizás ella también opinaba lo mismo, pero no se atrevía a decírselo.

—Me da mucha vergüenza decirte esto —añadió Oscar con voz entrecortada y evitando mirarle a los ojos— pero tengo mucho miedo de que reconstruya su vida en torno a ti... y después ya no quiera volver conmigo.

—Pero eso no tiene sentido —Jakke escogió con cuidado sus palabras—. Ella está feliz contigo y yo soy solamente un amigo, sin más. No sé por qué de repente tienes esa inseguridad. Es que... ¿es que ella te ha dicho algo?

—No, nada —dijo Oscar con firmeza—. Pero, aun así, yo sólo quiero lo mejor para ella, y me siento culpable por todo lo que ha pasado. Porque creo que debería haberla cuidado mejor y no lo hice, y ahora me he prometido a mí mismo que nada va a estropear esto nunca más. Está en un estado muy sensible y llena de dudas y... yo lo lamento mucho, Jakke, eres un buen tío, no tengo ninguna duda de eso, pero precisamente si la aprecias deberías entender lo que intento hacer.

—De acuerdo —dijo Jakke, resignado, tras pensarlo unos momentos—. Pero tienes que prometerme que vas a cuidar de ella en serio. Que si pasa algo raro me vas a avisar.

—Por supuesto —afirmó Oscar, estrechándole la mano para despedirse—. Tienes mi palabra.

Era lo más correcto, reconoció Jakke mientras Oscar volvía a su coche y se alejaba de la granja. Pero no pudo evitar sentir un vacío en su interior... se había acostumbrado demasiado a Sue, a su sonrisa, a su pelo, a su mirada, y a su cuerpo, que le hacía sentir vivo en aquella granja, la cual a veces podía ser una verdadera prisión en medio de la nieve.

Oscar detuvo el coche pasados un par de kilómetros, en una cuneta medio cubierta de nieve pero donde ya comenzaban a asomar algunas tímidas flores al sol. Comprobó que tenía cobertura en su móvil, y mientras marcaba dejó el motor en marcha para que siguiera funcionando la calefacción.

—Hola —dijo a su interlocutor—. Ya voy para allá. ¿Está ya en la oficina?

—...

—Vale, pues cuando suba, échale un ojo por mí de vez en cuando. Sobre todo, fijate si habla por el móvil con alguien. Ya no debería: he estado hablando con él y me ha prometido que se mantendrá a distancia. Le he dicho que todo es por su curación y creo que me hará caso.

—...

—Ella también, y si no, tendré que hablar con ella igualmente. Pero no voy a dejar que siga de charla con ese tío más veces, a todas horas.

—...

—Mira, no tengo que darte explicaciones; me prometiste que me echarías una mano con esto. Y sí, tengo sospechas. ¿Cómo no tenerlas? Imagina que tu novia dice el nombre de otro mientras estás en medio de... ejem, *dormir*, en medio de un sueño. ¿No pensarías en lo evidente? ¿Y luego va y no te hace caso a ti cuando a ti te hace falta?

—...

—No te voy a dar detalles de ese tipo; no abuses demasiado de la confianza que tenemos. Tú haz lo que te he pedido. Échale un ojo de vez en cuando ¿vale? Estaré ahí en un rato.

Oscar colgó pulsando el botón y se quedó pensando unos segundos. Después aceleró y salió a la carretera de nuevo.

Sue no pudo concentrarse en el trabajo en toda la mañana. Le pasaba desde hacía un par de días, desde el incidente de la ducha: no era bastante tener al vecino de oficina mirándola de reojo todo el rato a través de la cristalera que separaba sus despachos, sino que además le venía a la memoria el horrible recuerdo de la pelea con Oscar. Aún no podía recordar por qué pudo ser, pero podía sentir de forma muy intensa el malestar de aquel momento, ese miedo, recordarlo todo como si hubiera sido ayer.

Y lo peor era que se decía una y otra vez que ella misma se lo había buscado. En efecto, ya sabía que las sensaciones intensas despertaban en ella recuerdos dormidos, y contaba con usar el sexo para ello y así poco a poco recobrar su anterior identidad. Y ahora estaban comenzando a aparecer cosas demasiado dolorosas de su pasado... ¿Pues qué esperaba?

Y entonces se dijo a sí misma que debía dejar de lado el sexo durante una temporada. Pero eso, por supuesto, tendría que conllevar el apartar a Jakke de su lado... ¿quizás para siempre? Sólo pensar en esa posibilidad le provocaba una angustia difícil de explicar. El leñador se había convertido en alguien especial para ella, y cada vez lo deseaba más; y ahora se veía entre la espada y la pared, obligada a elegir entre ahondar más en su pasado doloroso o tener a aquel hombre curativo entre sus brazos.

Sumida en sus pensamientos, miraba su móvil una y otra vez sin prestar casi ninguna atención a sus tareas del día. “Quizás debería llamarlo, mandarle un mensaje. Darle al menos una explicación”. Pero no estaba segura de si él lo entendería. Además, sentía la mirada de Niko, el cotilla de la otra oficina, clavada en ella. Dio un largo suspiro y se levantó de su sitio para caminar. Decidió volver a su laboratorio de animales, aunque en aquel momento no tenía ninguno allí, pero al menos estaría sola y podría pensar mejor.

Caminó entre las mesas del resto del personal de administración, comenzando ya a poner nombre, por primera vez en mucho tiempo, a algunas de aquellas caras. Todos y todas eran amables con ella, y la ayudaban en lo que pudiera necesitar, pero Sue no podía evitar sentirse incómoda e imaginar por qué eran tan amables. ¿Les había mandado Oscar, su jefe, que lo fueran? ¿Eran sinceros o seguían órdenes? ¿Era ella igual de amable con sus compañeros antes de caer en aquella pesadilla de la amnesia?

Bajó a los laboratorios en el ascensor, pero no fue directamente al suyo, sino que dejó que sus pasos la guiaran por los pasillos de la planta baja. De vez en cuando, algo parecido a un recuerdo, un pequeño chispazo de memoria, volvía a ella al mirar un ventanal, un tablón de anuncios... algo del estilo de “en algún momento yo estuve mirando o usando este objeto”, pero nada más concreto que eso.

—¡Hola! —dijo la jovial voz a su espalda. Sue se volvió, sobresaltada: era uno de los técnicos de mantenimiento del edificio, de unos veintipocos años; vestía informal, con vaqueros y deportivas, y a Sue su cara le resultaba conocida, pero se quedó pensando en el nombre... nada.

—Heikki —añadió él, riendo—. No te esfuerces, mira, aquí lo tienes escrito en mi tarjeta de identificación. ¿Qué haces por aquí? ¿No te habrás perdido? Estás muy guapa hoy, por cierto.

—¡Gracias! No, qué va, no me he perdido —respondió Sue, un poco avergonzada; aquel día no se había sentido con ganas de nada y tampoco de arreglarse: solo un jersey amplio, unos *leggings* negros y unos tacones negros cómodos y gastados. ¿Se estaría burlando de ella?

—Como te he visto por aquí abajo mirándolo todo con los ojos tan abiertos...

—Nah —rió ella quitándole importancia—. Sólo doy una vuelta... ya sabes, debido a mi situación.

—Entiendo... Explorando en busca de recuerdos —asintió él—. ¿Y sacas algo en claro? ¿Estos lugares te dicen algo? Antes de tu *problemilla*, solías pasarte el día aquí abajo trabajando con nosotros, los de clase baja.

—Bueno —ella se encogió de hombros—, a veces me viene como un *déjà-vu* que me indica que ya he estado en este sitio o en aquel otro, aunque claro, nunca puedo estar segura de que sea auténtico. Es algo muy raro.

—Dime una cosa —dijo entonces el tal Heikki, bajando un poco la voz—. ¿Te trae algún recuerdo esa puerta de ahí?

El lugar que señalaba era un laboratorio al final de un pasillo, con una señal de “restringido/peligro biológico” a la que Sue había sido instruida a no acercarse. La cerradura con contraseña le confirmó que era un lugar vedado para ella.

—La verdad es que no —comentó Sue, intrigada—. Yo ahí no puedo pasar.

—Ven —le dijo Heikki, sonriente—. Puede que te sorprenda, pero sí que estuviste ahí. ¿En serio no recuerdas nada? Es que... digamos que esto era nuestro secreto.

—Secreto... ¿entre tú y yo? ¿Un laboratorio restringido? —ahora Sue estaba intrigada de verdad.

—Verás —dijo Heikki escribiendo un código en la cerradura y abriendo la puerta—, al enterarme de que habías tenido ese... episodio de amnesia, me di cuenta de seguramente habrías olvidado todo esto. Y la verdad es que me daba un poco de rabia, porque... pero no se lo puedes contar a nadie ¿eh?

Sue entró en el laboratorio detrás de Heikki y quedó boquiabierta: era mucho más grande que el suyo. Docenas y docenas de jaulas llenaban las paredes, y animalillos, conejos o martas o mapaches descansaban en ellas, o

comían, o gruñían ante la visita de los intrusos. Bajo cada jaula había instrumentos de medición, al parecer conectados a ordenadores que había en unas mesas aquí o allá.

—¿Qué sitio es éste? —exclamó ella—. Yo... yo no estaba enterada de este lugar. ¿Todos estos animales...?

—La verdad, no tengo ni idea —comentó el empleado despreocupadamente—. Los tienen aquí para probar cosas con ellos o algo así. Yo sólo soy el de mantenimiento, arreglo cables y me ocupo de que los ordenadores no dejen de funcionar. El caso es que tú me trajiste aquí hace unos meses, una tarde que no había mucho trabajo: hablamos un rato... un poco de cachondeo... y digamos que...

—Sí, sí, cuéntame —dijo Sue, distraída, mientras intentaba absorber lo que veía a su alrededor. ¡Aquél era el sitio, o uno de los sitios, donde se experimentaba con los animales y aquellos productos secretos! ¿Por qué le prohibían a ella acceder a este lugar si precisamente ella era la zoóloga de la factoría? ¿Qué tipo de experimentos se estaban haciendo con aquellos bichos? Debía conseguir algún tipo de documentación de lo que se hacía allí... ¡quizás allí estaba la clave de todo lo que le estaba pasando!

—Que tú y yo nos liamos aquí.

Sue se volvió, sobresaltada, a mirar a Heikki. De repente, el joven se puso tímido y enrojeció, mirando al suelo como si se fuera a caer dentro.

—Que nos estuvimos besando, vaya. Que estuvimos aquí un rato... pero por favor, no se lo digas a Oscar, ¿vale? Esto tiene que seguir siendo nuestro secreto.

“Por supuesto que sí”, se dijo Sue. Si Oscar se enteraba que había entrado a aquel lugar, no sabía cuáles podían ser las consecuencias para ella. De todas formas, le sorprendía no tener el más mínimo recuerdo ni de aquel laboratorio, ni de haberse liado con aquel jovencuelo. Pero podía estar equivocada...

De todas formas, ¿cómo reaccionar cuando te dicen eso? Sue ya tenía bastantes complicaciones en la vida entre Oscar y Jakke, ya bastantes dudas en la cabeza sobre cómo debía tratar a uno y a otro, sumado a todo lo que sentía en su interior, como para encima enterarse de que también tenía asuntos controvertidos entre los compañeros de trabajo. Y, sin embargo, aquel Heikki le ofrecía una oportunidad única, una puerta abierta que se le abría. Así que, tras unos segundos pensando qué hacer, Sue tomó una decisión.

—En realidad... —dijo—, creo que sí me acuerdo de algo. Déjame

comprobar una cosita...

Dio dos pasos hacia el muchacho, que la miró con ojos abiertos como platos. Entonces tomó la cara de él con las dos manos y le plantó un largo e intenso beso en los labios. Y Sue sonrió para sus adentros porque ahora estaba segura de dos cosas: a) Ella *nunca* se había liado con aquel chaval: aquella historia era un invento, un lamentable truco para darle un beso a la mujer del jefe aprovechando que estaba confundida. Aquel torpe chico no sabía besar, de hecho estaba casi asustado de cómo Sue lo besaba. Ella nunca se habría liado con alguien así, de eso estaba segura. Y b) ella tampoco había estado nunca en aquella sala, era todo un invento de Heikki; pero por Dios que no pensaba salir de ella hasta que no tuviera información suficiente de lo que se estaba haciendo con aquellos animales. Y si para ello tenía que seguir besando a aquel chaval inexperto y descarado...

Sue no tenía miedo de que él contara lo que estaba pasando: tenía más que perder él que ella. Heikki seguramente se había apostado con algún compañero a que era capaz de seducir a la mujer del jefe, atractiva, alta (y más con aquellos tacones), mayor que él, y además desvalida y confusa: contar por ahí lo que había ocurrido supondría un par de palmadas en la espalda y algo de guasa con sus amigos... y también poner su trabajo al borde del abismo. No: él estaría bien calladito, de eso estaba segura.

Él se apartó de ella de repente: tenía el rostro colorado. Sonreía, nervioso.

—Bue... bueno, creo que te acuerdas, sí —mintió, tartamudeando—. ¡Uf! Esa forma de besar...

—Pues si quieres más... —dijo Sue, mientras pensaba a toda velocidad cómo hacerse con la información que veía sobre algunas de las mesas que había a su alrededor.

—No, no, es decir... ahora no puede ser, ¡tenemos que trabajar! Y estoy pensando que si alguien nos ve salir de aquí a la vez... podrían hablar de nosotros... ya me entiendes.

“Claro que te entiendo, ha sido demasiado para ti, chaval. Ni en tus mejores sueños te habría osado esto por la cabeza” se dijo Sue sonriendo. Y en aquel momento se le ocurrió una idea para que los dos pudieran salir del paso.

—Hagamos una cosa —le dijo a Heikki, bajando la voz—. Tú sales primero, y si hay algún problema o hay alguien fuera, le das conversación o lo que sea. Dame cinco minutos, y después salgo yo sola y me voy por la otra

escalera. De esa forma nadie podrá relacionarnos. ¿Te parece?

—S... sí, buena idea. Hasta luego, entonces —musitó el joven, que evidentemente no había pensado nada para salir de aquel embrollo. Así lo hizo, saliendo deprisa por la puerta y dejando a Sue sola en el laboratorio.

Ella soltó un suspiro de alivio y miró su reloj. Tenía que ser muy rápida.

Capítulo 21

El lavaplatos emitía su tranquilo y rítmico zumbido y Jakke estaba sentado en un taburete al lado de la máquina, esperando a que terminase, para colocar los platos e irse a dormir. Su madre ya dormía hacía horas y su hermana había salido al pueblo de Tervola a tomar una copa, así que él se encontró de nuevo solo en la cocina de su casa, y como casi todas las noches se dedicó a mirar en el móvil su álbum de fotos... fotos de Sue.

Tan bella... sus ojos transmitían tanta alegría... y su boca, que tan escasas veces había logrado besar... Jakke fue pasando foto tras foto, deteniéndose en las últimas que ella le había mandado desde su móvil, cuando su prometido estaba de viaje. Fotos pícaras, divertidas, en albornoz saliendo de la bañera, en sostén tomando un zumo en su cocina, tumbada en su cama mostrando pícaro su escote... pero nada más. Sue podía ser muy seductora, pero lo hacía con clase, tenía una cualidad que la hacía irresistible: insinuante pero dulce, un poco *loquita* pero teniendo claro qué clase de imagen quería desprender, y Jakke adoraba eso. Así que comenzó a sentir que las mejillas se le iban poniendo coloradas, a medida que pasaba de foto en foto a las más sugerentes, cuando de pronto se abrió la puerta de la calle y entró un chorro de aire helado, a la vez que dos personas.

Una era su hermana Anni, por supuesto, abrigada con su enorme plumas y un gorro colorido. El otro tipo vestía como ella, y la rodeaba por la cintura con su brazo de una forma muy íntima. Jakke abrió mucho los ojos al ver que cerraban la puerta, ajenos a su presencia, y entonces su hermana le pegaba al tipo un enorme beso en los labios sin ni siquiera quitarse los abrigos.

—Ejem —dijo desde la cocina, para hacerse notar. Los otros dos le miraron, sobresaltados.

—¡Dios, qué susto! —gritó Anni—. ¿No... no estás durmiendo?

—No, no tenía sueño. Hola —dijo dirigiéndose al desconocido—, yo soy el hermano mayor de Anni.

—Ho... hola —dijo el recién llegado, acercándose—, yo soy...

—Es Juha, un amigo mío —interrumpió Anni quitándose el gorro, frustrada—. Hemos estado tomando unas copas en el pueblo y veníamos a ver un rato la

tele. Si es que te parece bien.

Jakke miró el reloj, con algo de diversión: era casi la una y media de la madrugada. Como no fueran a ver la teletienda...

—Sin problema —dijo despreocupado—, ahí tenéis el sofá. Ni me hagáis caso, estoy aquí esperando a que termine el lavaplatos.

Jakke ignoró la mirada de furia que le echó su hermana, y continuó mirando fotos en el móvil. El tal Juha se sentó en el sofá con Anni tras quitarse su abrigo, y se pusieron a hacer *zapping* un rato. Jakke sonrió para sus adentros: si su hermana pensaba que le iba a dejar hacer lo que quisiera con aquel fulano en el sofá... “bueno, la haré rabiarse un ratito más, pero sólo hasta que terminen los platos”, se dijo.

Al cabo de un rato el invitado dijo que tenía que ir al cuarto de baño, momento en el que Anni saltó del sofá y se dirigió a la zona de la cocina donde su hermano seguía sentado.

—¿Piensas seguir mucho rato vigilándonos, hermanito?

—Para nada —dijo él—, es que el lavaplatos tarda lo suyo. ¿Estás impaciente por que me vaya a la cama, *quizás*?

—Qué tonto que eres. No seas mala gente, anda; ya recojo yo los platos. Para estar viendo porno en el móvil, bien puedes hacerlo en tu habitación.

Fue el turno de Jakke de sobresaltarse: tenía el móvil sobre la encimera con una foto de Sue más que sugerente, en sostén, y Anni lo había visto.

—No, no es... —intentó explicarse mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo.

—No, si ya sé que es tu amiga, Lumikenttä. ¿Cómo le va?

—Se llama Sue, ya lo sabes, y está muy bien. O eso creo, hace días que no me escribe.

—¿Y eso? ¿Os habéis enfadado?

—No es tu problema, pero mira, no. Está recuperándose al lado de su prometido, que es lo que tiene que hacer y es lo mejor para ella.

Anni le miró, incrédula.

—¿Y *eso* te lo ha dicho ella?

—En realidad... no —explicó Jakke—. Fue su novio, Oscar, pero me pareció lo más razonable.

—Y una mierda —exclamó Anni mientras Juha volvía al sofá y los miraba, intrigado por la conversación—. Tienes que llamarla. Ese tío te ha engañado, quiere que te quites de en medio. Igual que yo: lárgate a la cama.

—Me iré cuando quiera, niña...

—Dile eso mismo a Oscar —dijo ella, burlona, volviendo al sofá con su novio o lo que fuera.

Jakke reflexionó sobre aquello y se dijo que bueno, que por aquella noche ya estaba bien; se despidió de los dos a regañadientes y se volvió a su habitación. Como ya estaba en pijama se metió entre sus sábanas sin más preparativos, y siguió mirando las fotos más sensuales que Sue le había enviado. Cómo echaba de menos a aquella chica. Lo que haría por escuchar su voz, por sentir su olor... un calorcillo comenzó a recorrer su cuerpo, como tantas otras veces, pero esta vez le invadió la melancolía, pues tenía la casi certeza de que aquellos momentos de locura no volverían ocurrir nunca. Había tenido sus momentos de fortuna, pero habían pasado, y él también tendría que pasar página en algún momento.

La puerta se abrió de repente y Anni irrumpió en el dormitorio.

—¿Molesto?

Jakke pero se sobresaltó igualmente y metió el móvil bajo la almohada, como un adolescente sorprendido por su madre.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Tengo que hablar contigo. Bueno, *Juha* quiere hablar contigo.

—No entiendo nada...

—A ver —explicaba el novio de Anni—, igual es meterme donde no me llaman, pero Anni ha insistido en que sería interesante explicártelo. Lo primero pedirte perdón por meterme así en tu casa, ya sabes, con tu hermana...

—Mi hermana es ya adulta —dijo Jakke, sentado de nuevo en el sofá con ellos dos, a la vez que soltaba un bostezo—, no entiendo qué necesitas de mí. ¿Que os dé permiso para pasar la noche juntos?

Juha enrojeció un poco y abrió la boca para explicarse, pero Anni se le adelantó.

—No digas tonterías —exclamó—. Juha es periodista, trabaja para un periódico de la comarca, y le estaba contando lo de Lumik... lo de Sue y tú.

—¿Cómo... *lo de Sue y yo*? —Jakke entró en pánico por un momento—. ¿Qué, exactamente?

—Todo. Vamos, lo de su amnesia, lo de que estuviste cuidándola y lo de que está de vuelta en la fábrica con su novio. Eso y *nada más* —y añadió una

mirada significativa a su hermano que quería decir “no soy tan chismosa”.

—Mira —continuó Juha—, la cosa es que llevo unas semanas haciendo una pequeña investigación para una serie de artículos que quiero publicar. Es una cosa para noticias locales, algo que varias personas de la comarca me habían comentado y que en el periódico piensan que podría ser de interés.

El muchacho les relató que algunos ganaderos de la zona, paseantes, cazadores, comentaban entre ellos como curiosidad el extraño comportamiento de algunos animales de los bosques. Los cazadores se quejaban de que disparar contra los conejos era tan entretenido como hacerlo en una feria contra los patos de goma, pues éstos no intentaban escapar, sino que ignoraban al cazador y se dedicaban a hurgar en la nieve o a fornicar entre ellos, ignorando el peligro. Hasta los búhos de las nieves hacían cosas parecidas, y a todos les resultaba divertido, hasta que en una asociación de ecologistas alguien sacó el tema de la factoría química que había a unos kilómetros al norte. Las gestiones para intentar hablar con sus responsables no habían tenido éxito; de hecho la respuesta había sido bastante hostil.

—Incluso llegaron a plantar una manifestación con un par de pancartas, ya ves tú, doce o trece personas, en la carretera de acceso a la fábrica; pero los guardias armados de la puerta les hicieron algunos *amables* comentarios que les convencieron de desistir. No eran vigilantes de seguridad normales: era gente con armas automáticas. Pero entonces, guardias armados de ese modo en una fábrica de medicamentos ¿o de otra cosa? ¿Qué os parece a vosotros? Es todo muy raro, y por eso ando haciendo entrevistas por la comarca. Y ahora Anni me ha dicho...

—...le he dicho —cortó ella— que ahí es donde trabaja Sue... o donde trabajaba, vamos, donde vive ahora. ¡Y tú puedes hablar con ella! Quizás nos ayude a conseguir una entrevista con el director de la fábrica, el tal Oscar, para que nos dé alguna información. Y si están ocultando algo, igual ella podría ayudarnos a averiguar cosas.

Jakke reflexionó sobre todo aquello, y sobre las cosas que ella le había dicho en secreto, sus sospechas de lo que allá se hacía, esos productos que supuestamente podían alterar la memoria, empezando por la suya propia. Pero también recordó lo que le había contado de Oscar, de sus temores... sintió que no podía meterla en aquel embrollo, sería un riesgo para ella; y además Oscar le había dicho con claridad que no se acercase a ella ni la llamase.

—Lo siento, no puedo —dijo al fin, levantándose—. Está curándose y yo

no puedo ahora...

—¿Cómo que no? —exclamó Anni—. Es la excusa perfecta, Jakke... ¿no lo ves? ¿Y si te han dicho eso precisamente para quitarte de en medio?

—He dicho que no —afirmó él, rotundo—. Si me entero de algo os lo diré, pero tengo prohibido llamarla hasta que no se encuentre mejor. Ahora, si me perdonáis...

Volvió a su cuarto, dejando a los dos atrás. ¿Estaría haciendo lo correcto? ¿No debería preguntar por ella al menos? Oscar no querría saber nada de eso de las entrevistas. Y ella estaba adaptándose a su hogar, a su prometido... ¿qué querría tener que ver con Jakke? Viviendo en una casa lujosa y con los mejores médicos a su disposición... recuperando su pasado ¿no es eso lo que tanto ansiaba? No había nada más que hablar.

Y sin embargo, a Jakke le costó una barbaridad dormir aquella noche.

Capítulo 22

Sue no podía dormir y Oscar, al meterse en la cama a su lado, también lo notó. En la oscuridad, por la manera de respirar, por la manera de moverse o no moverse, esas cosas se notan.

—¿Estás despierta? —susurró él, inseguro.

—Sí —dijo Sue con voz clara.

—¿Nerviosa? ¿Ha pasado algo en el trabajo?

—Nada especial —respondió ella, intentando controlar la voz—. Sólo estoy algo tensa, no sé por qué.

Pero sí que lo sabía. Los últimos dos días no había sido ella misma, ni había podido conciliar el sueño como debía ser. Lo primero fue la carpeta de documentos que sacó del laboratorio donde la había dejado pasar aquel idiota de Heikki. Tuvo que guardársela bajo el jersey que llevaba aquel día, y pasar el resto del día con aquello pegado a su pecho hasta la hora de salir. Sue tuvo la feliz idea de llamar a Oscar cuando regresó a su despacho, nerviosa, para saber a qué hora iba a salir él, y de esa manera poder aprovechar para pasar los controles de seguridad juntos. Por supuesto, nadie se atrevió a cachearla, cosa que sí hacían con otros trabajadores al entrar o salir.

Nada más llegar a su chalet entre los árboles, Sue dijo que le apetecía tomar una ducha rápida. Sólo cuando estuvo sola y con la puerta cerrada se atrevió a sacar la carpeta de debajo de su jersey de lana y examinarla bien. El ruido del agua corriendo camufló bien sus exclamaciones de sorpresa al ver que la mitad de los documentos eran evaluaciones del comportamiento de los animales al contacto con determinados productos... de sus hábitos, de su *memoria*, de comprobar si recordaban ciertas pruebas o ciertos juguetes que se les daban. Por algún motivo, casi todas las pruebas o las tablas estadísticas que allí se detallaban iban en ese sentido. Aquello era una confirmación clara de lo que ella siempre había pensado, pero ¿para qué? ¿Qué sentido tenía?

La otra mitad de los documentos estaban escritos en ruso.

Sue no sabía ruso, pero aquel detalle le resultó muy extraño. Y sobre todo, le obsesionaba la idea de guardar aquellos documentos hasta que pudiera leerlos alguien que sí supiera ruso. Algo dentro de ella le decía que era muy

importante, pero ¿dónde esconderlos? Podría hacerles fotos directamente con su móvil y mandárselas a Jakke, por ejemplo, pero estaba casi convencida de que Oscar tenía su teléfono intervenido de algún modo. Y además, últimamente, cada vez que la veía hablando por teléfono o escribiendo algo, le preguntaba con quién hablaba, si era con algún amigo, si era con alguna amiga. Nada de móvil, entonces.

Por fin decidió ocultar los papeles detrás de una rejilla de ventilación que había sobre la bañera, antes de salir y continuar como si no hubiera pasado nada. Aquella noche, cada vez que Oscar decía que iba a pasar al baño, a Sue se le encogía el estómago temiendo que iba a destapar su secreto. Pero nada ocurrió, excepto que durmió fatal.

Y a la mañana siguiente, Sue tuvo que lidiar en el trabajo con el pesado de Heikki, que la llamó por teléfono a su sitio para saber si todo estaba bien y si tenía intención de que volvieran a verse, o tomar una copa juntos o a hablar. Sue lo mandó a tomar viento fresco, aunque no con esas palabras, por supuesto; cuando colgó, pudo ver la mirada inquisitiva de su vecino de despacho. Sí, estaba claro que aquel gusano se lo contaba todo luego a Oscar. Estaba vigilada, de eso no había duda.

Estuvo todo el día al borde de un ataque de nervios. Sopesó la posibilidad de salir antes del trabajo, agarrar los documentos del chalet y largarse con el coche a la granja de Jakke, pero no se atrevió. ¿Y si la pillaba Oscar? ¿Y si al salir del complejo la paraban los guardias de seguridad? Ojalá pudiera llamarle, le echaba tanto de menos... pero Sue sabía que ahora eso era peligroso, muy peligroso.

—Puedes contármelo —insistió Oscar, en la oscuridad a su lado.

—De verdad, sólo estoy cansada —dijo Sue.

No hubo respuesta por parte de Oscar, que se dio la vuelta, con un bostezo. Dios, echaba tanto de menos a Jakke... él sabría qué hacer. Sue cerró los ojos y dejó volar su memoria, pensó en su cara, en su barba, en los ojos que ponía cuando estaba muy cerca de ella... en su manera de hablarla y de tocarla con sus fuertes manos.

Casi pudo sentir de nuevo su aliento, el olor de su piel. Sue se permitió recordar vívidamente aquella tarde en el hotel de Helsinki, hacía ya ¿cuánto? Parecía que había pasado una eternidad desde aquel momento en que ella se había sentado sobre su regazo, y Jakke había enterrado su cara entre sus pechos. El corazón se le aceleró, como tantas veces, al recordar el roce de

sus labios sobre su piel, el tacto de sus manos tomándola de la cintura, el sonido de su respiración en aquella habitación vacía, el olor de su pelo y los escalofríos de placer que la recorrieron por todo el cuerpo, las ganas de que él la comiera entera.

El recuerdo surtió efecto y Sue se removió entre las sábanas, con cuidado de que Oscar no se diera cuenta. “Si estuvieras aquí...” su mente se llenó de imágenes de ellos dos comiéndose la boca con furia, quitándose la ropa con impaciencia. “¡Ojalá haber tenido más tiempo! Ojalá un fin de semana entero, Jakke, cariño, tú y yo dándonos un baño en la bañera del hotel, desnudos entre la espuma”. Sue sonrió para sí misma al notar el efecto que todo aquello tenía en su cuerpo, especialmente bajo su ropa interior. Sabía las consecuencias que podía traer, pero decidió correr el riesgo, y procurando mantener un silencio total introdujo su mano derecha bajo el pantalón de su pijama.

Entreabrió los muslos y colocó sus caderas en una postura más cómoda, y sus dedos comenzaron a traducir a delicados movimientos los recuerdos que le venían a la cabeza, y como consecuencia directa de eso la respiración de Sue comenzó a volverse un poco más agitada. El recuerdo de la lengua de él en su sexo sobre la mesa de su propia cocina casi le hace perder la cabeza, y ciertamente logró que sus dedos se mojaran un poco más, justo igual que aquella vez. Y pensar en la escenita con María la del hotel, en la parte trasera de la furgoneta... las dos mujeres besándolo por turnos, ¿qué habría pasado de haber tenido más tiempo? ¿Y si María se hubiera atrevido a besarla *a ella*? Por algún motivo, aquella nueva idea hizo sentir a Sue como si una nueva clase de corriente eléctrica le recorriese la espalda. Abrió la boca para respirar, le faltaba el aliento...

—Eh, ¿qué pasa aquí? —dijo la voz de Oscar en su oído. Sue se quedó paralizada del susto, ¿se había despertado? ¿se había dado cuenta?

—Na... nada —consiguió articular ella, intentando sacar su mano de donde la tenía... pero Oscar ya le había pasado un brazo por encima del cuerpo, medio abrazándola, y había notado la peculiar postura en la que estaba. Soltó una risa pícaro.

—Vaya con la señorita —le susurró al oído—, supongo que es tu manera de conseguir conciliar el sueño cuando estás nerviosa... me gusta, me gusta. ¿Puedo ayudarte?

Sue no supo qué decir cuando sintió la mano derecha de él colocarse sobre el sitio más sensible de su cuerpo, justo donde la tenía ella. Oscar soltó otra

risita pícaro al sentir en las yemas de sus dedos lo que no se podía ocultar más.

—Estás muy mojada, Sue... ¿puedo saber en qué estabas pensando? Debía ser de verdad muy interesante para ponerte así... déjame adivinar... ¿pensabas en tu amigo Jakke?

Sue creyó morir de la vergüenza en aquel momento. “Ya está, ya ocurrió, lo sabe todo, ahora enciende la luz y me echa de su casa, o peor aún, me pega una paliza”. Pero para su sorpresa, nada de aquello sucedió. Suave, casi con cariño, Oscar siguió acariciando su sexo, con mucha delicadeza. Sue quedó completamente descolocada, y siguió callada, sin saber qué decir. Entonces, sin dejar de tocarla, Oscar le dio un beso en los labios.

—No te avergüences, por favor —comentó él—. No soy tonto, sé que estas semanas no te he podido hacer mucho caso, y debería haber estado más volcado en ti. Y sé que Jakke es tu amigo, que habláis a menudo, y hasta yo me doy cuenta de que es un tipo atractivo. No te culpo por recurrir a él en tu imaginación durante estos pequeños momentos. Venga, ¿a que estoy en lo cierto?

—S... sí, un poco —rió ella nerviosa, notando que la tensión había desaparecido un poco—. Es guapo, pero sólo somos amigos, recuerda que él me sacó de la nieve y...

—Apuesto —interrumpió Oscar, guasón— a que estabas imaginando locuras... como que hacías el amor con él.

Imaginando, se dijo Sue, claro.

—¿Qué le hacías? Cuéntame, pequeña.

Sue se vio en la situación de estar más caliente que una plancha, con la mano de su supuesto prometido acariciando su sexo, y encima le preguntaba acerca de aquellas cosas. Qué *imaginaba* hacer con quien en realidad era su amante. La situación la excitó bastante y decidió que, con ciertas precauciones, le apetecía jugar a aquel juego. Dejarse llevar sólo un poco.

—Soñaba cómo sería si él... si estuviera aquí ahora mismo y me comiera los pechos.

—Hmmm.

—Sí, con esa barba que tiene debe ser muy interesante... y después de eso yo le quitaría el pantalón y le haría... espera, te mueves demasiado rápido, necesito que pongas los dedos aquí y que lo hagas más... sí, así me gusta mucho más. ¿Qué estaba diciendo?

—Lo que le ibas a hacer a él.

—Ah... sí, pues estaba pensando en cómo sería hacerle una mamada.

—¿Sabes qué creo? Creo que le encantaría que se lo hicieras. Tienes unos labios muy especiales.

—Gra... gracias... —y Sue reconoció que le estaba gustando el juego de aquella noche. Casi olvidó por completo el tema de los documentos secretos en ruso, y todo lo demás. Sólo quería seguir pensando en aquellas cosas, y contárselas a Oscar, y ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar con aquello. Lo que no se esperaba fue lo que él dijo a continuación.

—¿En serio te gustaría que estuviera aquí ahora mismo? Para poder comérsela.

—Eh... bueno, sí, hipotéticamente... oye, me gusta cómo lo estás haciendo... mmm... bueno, que sí que me gustaría.

—Y a mí también.

—¿Eh?

—Deberíamos llamarle un día. Tengo ganas de verlo yo también. Ver cómo se lo haces.

—Espera, ¿me estás diciendo que le llame para que venga a... *hacer un trío*? —Sue no daba crédito a lo que Oscar decía.

—No pensaba eso exactamente, pero no me parece mala idea. ¿Y a ti? —dijo él, acelerando sutilmente el ritmo con el que acariciaba el sexo de Sue—. Dime la verdad, te gustaría la idea de hacértelo con los dos.

—Es... es una idea interesante —musitó, sintiendo crecer pequeñas oleadas de sensaciones dentro de su cuerpo.

—Piensa en ello —le susurró él al oído, y Sue obedeció y la imagen en su cabeza cambió: en su mente ahora estaba en el mismo hotel de Helsinki, dejando que Jakke le besara entre los pechos, pero ahora sentía a Oscar a su espalda, recogéndole el pelo hacia un lado, besándola en la nuca y en el cuello, lentamente, muy lentamente... dos bocas sobre su piel, dos hombres besándola a la vez: aquella imagen mental le erizó todos los pelos del cuerpo.

Dejó volar un poco más su imaginación y acabó viéndose a sí misma de rodillas sobre la moqueta de la habitación del hotel, con Jakke en el sofá, sus pantalones bajados hasta los tobillos y ella, mirándole a los ojos a la vez que acariciaba su pene con la mano... y a su vez Oscar, a su espalda, tomándola de las caderas con ambas manos y follándola pausada pero profundamente, igual que días atrás en la ducha. Sue cerró los ojos y retorció su cuerpo sobre la

cama, viendo en su imaginación la cara de Jakke, bello, encantador, mientras ella ponía su pene en su boca sonriente, y Oscar se lo hacía por detrás a Sue cada vez más frenéticamente, y ella estaba dando placer a dos hombres al mismo tiempo, y miraba al espejo de la pared y veía a Oscar, el mismo Oscar que ahora mismo la estaba masturbando en la oscuridad cada vez más rápido en la cama que compartían, y a Jakke, su Jakke, la persona que más placer le había dado en su vida y a la que más deseaba, los tres, ella con los dos y los dos con ella, en aquella absurda...

—¡Oh! —gritó Sue, presa de un espasmo de placer incontenible como nunca había tenido. Se agarró con las manos al brazo de Oscar porque sintió que si no lo hacía se caería de la cama. Al fin, tras unos segundos interminables, su cuerpo se aflojó como una hoja de árbol que cae dando vueltas al suelo, y le sobrevino una sensación de bienestar angelical. La mano de Oscar siguió bajo su ropa interior durante unos minutos más, mientras su cuerpo recobraba la calma otra vez.

Oscar rió quedamente a su lado.

—No sé por qué, creo que la idea te ha gustado. ¿Eh? Pues mañana le llamas y le invitamos a cenar el sábado ¿te parece? —susurró, dando un sonoro beso en la mejilla sudorosa de Sue.

—Va... vale —respondió ella con sus últimas fuerzas, aún sin poder creer lo que acababa de pasar; se sentía flotando en una nube. ¿No lo había soñado? ¿Lo que acababa de decir Oscar iba en serio? ¿Cómo podía pensar que ella podría llamar a Jakke para algo así? Era algo inmoral... y, después de lo ocurrido en el barco, Jakke rechazaría por completo una cosa así. Aquello, por divertido que pareciera en un momento de imaginación calenturienta, estaba descartado por completo.

Pero, pasado un rato, cuando Oscar ya dormía con una suave y constante respiración, Sue volvió a acordarse de lo que tenía escondido en el baño, y la ansiedad que la dominaba; pensaba en lo que ocurriría si alguien se enteraba de que poseía aquellos documentos destinados al ejército ruso. Pensó, con los ojos muy abiertos, en la posibilidad de que hubiera cámaras de seguridad en aquel laboratorio y de que todo hubiera quedado...

¿Cómo sabía ella que eran para el ejército ruso?

Se quedó literalmente boquiabierto en la cama durante unos momentos.

¿Cómo podía saberlo? Estaban en ruso, y ella no sabía ruso. Se dijo que había sido una imaginación, una corazonada que le había venido a la cabeza,

pero sospechaba que había algo más. Se levantó, pues, sin hacer ruido y fue en dirección al baño con la intención de revisar los documentos, en busca de la fuente de aquel inesperado recuerdo.

No hizo falta: todo le vino a la mente al caminar por el pasillo en penumbra.

Capítulo 23

Sue entró por la puerta de la casa como un torrente, blandiendo en su mano un fajo de folios. Iba hecha una furia porque se sentía engañada, y su jefe iba a darle explicaciones al instante o dimitiría. Y pensar que tenían confianza...

Abrió la puerta del despacho y allí estaba Oscar, sentado a la mesa con un hombre muy arreglado a quien Sue no conocía. Pero en aquel momento ella no estaba para presentaciones ni cortesías.

—¿De qué va esto, Oscar? ¿Me lo explicas? —exclamó, interrumpiendo su conversación.

—Susana, eh... ¿qué ocurre? —dijo él, sin entender nada—, estoy algo ocupado, ¿podemos hablar después? ¿Te llamo?

—¿Manipulación de la memoria? ¿En serio? —siguió diciendo ella, ignorando al visitante—. ¿De eso va todo esto? Pensaba que fabricábamos medicinas y tratamientos contra el Alzheimer y ese tipo de problemas, no para provocarlos. No me contrataste para esto.

—Pero ¿de dónde sacas...? Discúlpeme un momento, Fyodor Alexandróvich, será un momento —Oscar se levantó de la mesa y llevó fuera del despacho a la confundida Sue, agarrándola por un brazo.

—Fyodor no sé qué... ¿quién es ese tipo? —le dijo al salir al pasillo. Oscar hizo caso omiso a sus preguntas hasta llegar al salón, donde se dejó caer sobre una elegante chaiselongue que allí tenía, e hizo que Sue se sentara a su lado.

—Mira, Susana, no te importa quién sea —le dijo, bajando la voz—. No sé de dónde has sacado esa información pero es altamente confidencial. Te vas a meter en un lío. De hecho, te exijo que me digas quien te la ha dado.

—Pero ¿es verdad? —gritó Sue, enseñando los folios que llevaba—. ¿Investigamos para provocar amnesia a la gente? Los índices de calidad de los experimentos están diseñados para resultar más exitosos cuanto más confusos y desmemoriados están los animales tratados. Y no es sólo un test, son todos. ¿Qué clase de empresa de innovación es esta, que clase de beneficio aportamos? ¿De quién ha sido la idea?

—Los... los avances tecnológicos tienen sus luces y sus sombras, Susana —se explicó Oscar, impaciente—. Puede que te resulte difícil de entender, como a tanta gente... esos pelmazos de los comités de ética, pero pronto lo van a ver claro, en cuanto les enseñemos nuestros avances... La mente humana ha sido siempre un misterio, pero ahora estamos al borde de...

—Me da igual —afirmó tajante Sue—, porque dimito desde este momento. No pienso colaborar con nada de esto.

—Quizás quiera reconsiderarlo —dijo una voz con acento ruso a su espalda. Sue se volvió para encontrar al hombre de traje que había visto en el despacho, ahora de pie a su lado. Era calvo y sonreía afable.

—¿Y usted quién demonios es?

El ruso extendió la mano para saludarla, mano que Sue ignoró.

—Coronel Fyódor Alexandróvich Miliukov, encantado de conocerla. ¿Entiendo que usted también está involucrada en nuestro proyecto común?

—¿Común? ¿Coronel? —dijo Sue tras unos segundos boquiabierta—. Oscar, ¿qué es esto, por Dios? ¿Militares rusos?

—Verá, deje que le explique un poco —dijo él, sentándose a su lado en el sofá sin ser invitado, de una manera tan tranquila como si estuviera en su propia casa, tan natural que a Sue le entraron escalofríos—. Hoy en día nuestro trabajo cada vez es más complicado. Me refiero al trabajo de militar; nos enfrentamos a amenazas para la seguridad de nuestro país y de otros, pero los tiempos han cambiado y cada vez es más difícil convencer al enemigo de que no nos mate. ¿Entiende? Antes bastaba con borrar del mapa una ciudad, o exterminar a dos o tres mil personas, para que el otro bando se sintiera un poco más cómodo con la idea de dejarnos en paz, temporalmente, por supuesto. Todas nuestras armas, desde una pequeña pistola a nuestros mejores aviones de combate, van destinados a eso. Pero ya no está bien visto, todo el mundo ha cambiado de ideas, las conciencias se mueven por otros caminos. Hay redes sociales, hay trending topics, no puedes mover un dedo sin que se entere medio mundo y se escandalice de ejecutar a un subversivo. Hay que buscar tácticas nuevas, señorita.

—Escuche, Fyódor —interrumpió Oscar—, con todos los respetos, ella no es más que una técnica de control de riesgos, no estoy seguro de que ella deba...

—Tranquilo, amigo mío —dijo el ruso, despreocupado—, es necesario que la gente importante para un proyecto sepa a dónde se encamina. Si no,

se pierde la motivación y el interés y el equipo no rema en la dirección correcta. Como iba diciendo, el mundo ya no acepta con indiferencia que los militares hagamos nuestro trabajo de la forma tradicional. Y entonces ¿qué hacer? ¿Cómo eliminar una amenaza, una conducta subversiva, una tendencia política indeseable para el estado... si los causantes no quieren cambiarla, y no podemos eliminar a los causantes tampoco, porque de repente está mal visto? ¿No es más fácil hacer que, simplemente, la olviden? Un buen día los miembros de un grupo terrorista al completo se despiertan con una extraña sensación en la cabeza, ¿qué hacemos aquí, por qué luchamos, qué son todos estos explosivos? Y se van a su trabajo tranquilamente a cultivar sandías. Otro día un fabricante de droga sintética se toma una copa en un burdel y a la media hora se da cuenta de que ha olvidado la fórmula de su veneno. ¿No es mucho mejor, no es más humanitario? ¿Hacer que los chicos malos olviden que lo son?

—Todo ventajas ¿verdad? —dijo Sue, burlona—. Y supongo que ustedes decidirán quién es el bueno y quién el malo que debe tomarse la sustancia.

—Bueno, siempre ha sido así —el ruso le guiñó un ojo, levantándose del sofá—. Sólo que de esta manera se olvidarían para siempre esas terribles imágenes de las guerras de todas las épocas. ¿Pueblos destruidos? ¿Muertos por doquier? Eso es tan... pasado de moda. Bueno, los dejo solos, amigos; mañana podemos continuar nuestra reunión, Oscar, si le parece bien. Pasen buena tarde y, señorita... piense bien en ello.

—Sigo queriendo negarme a colaborar con esto —exclamó Sue cuando el coronel se hubo marchado.

—Estás loca, ¿sabes quién es ese tipo? —le dijo Oscar—. Podría ordenar matarnos a todos con una sola llamada de teléfono. Es uno de los hombres de confianza del primer ministro ruso, y este proyecto puede hacernos ganar millones. Y acerca de esta tecnología, si no la aprovechamos nosotros, lo harán otros. ¿Qué quieres? ¿Darle la espalda a todo esto?

—Pero... esto debe saberse. ¿No tienes ética ninguna? No puedes obligarme a seguir con esto.

—¡Por supuesto que puedo! —gritó él, y Sue se asustó por primera vez; nunca le había visto así—. Vale ya de comportarse como una niña pequeña, ¿qué parte de “ese tipo puede ordenar matarnos a todos” no has entendido? Da igual, porque no voy a dejar que se lo cuentes a nadie. Eres una profesional, has firmado un contrato de confidencialidad con esta empresa,

y no le vas a hablar a nadie de esos resultados de pruebas que crees haber encontrado.

—Mejor me voy —Sue se puso en pie, pero Oscar la volvió a sentar de un empujón, y ella tuvo miedo.

—No vas a volver a tu apartamento, no vas a volver a la fábrica, ni a tu país, no vas a salir de esta casa hasta que me asegures que vas a mantener la boca cerrada. Eres mi maldita empleada.

—No puedes obligarme —sentenció Sue, saliendo de la casa al instante. Se dirigió al pequeño apartamento que tenía en el edificio de empleados, con la intención de hacer una maleta y largarse a primera hora de la mañana.

El sueño fue agitado y lleno de sensaciones muy extrañas... se despertó mareada...

...los recuerdos de Sue eran difusos a partir de aquel punto. Pero era suficiente. Era más que suficiente.

Sue pasó el resto de la noche sentada en una silla de la cocina, silenciosa y en penumbra, pensando, sopesando opciones, mientras Oscar, su falso prometido, dormía plácidamente en el dormitorio. El mismo que le hacía creer que era su novia. El mismo que, de algún modo, le había provocado aquella amnesia que le había dejado con la vida rota. El mismo que ahora quería invitar a Jakke a cenar y a follar ¿verdad?

Pues, se dijo Sue, en realidad era una idea estupenda.

Capítulo 24

Jakke aparcó su todoterreno frente a la moderna y lujosa casa de Oscar y Sue. Se quedó mirando a través del parabrisas la vanguardista arquitectura con la que estaba construida, y se preguntó una vez más (como ya había hecho quinientas veces durante el viaje), si era una buena idea estar allí.

Había recibido la llamada aquella misma mañana, mientras estaba trabajando en la granja, cortando leña y dando de comer al hermoso caballo que tenían. Hacía un sol radiante y en algunas zonas la nieve estaba empezando a derretirse, dejando algunos claros por donde la hierba saludaba a la primavera. El móvil sonó dentro de su abrigo y Jakke sintió la premonición de que era Sue.

—Hola, Jakke. ¿Cómo estás?

—¡Sue! —casi se le cayó el teléfono a la nieve de la emoción. Lo colocó bien bajo su espeso gorro de lana—. Dios, cuánto te he echado de...

—Estoy aquí con Oscar en manos libres —dijo ella, con tono alegre—. ¡Di algo, Oscar! Deja de mirar la televisión por un momento.

—¡Eh! Hola, Jakke —la voz de Oscar sonaba en segundo plano—. Espero que estés bien.

—Eh... hola, Oscar, encantado de volver a... oírte —dijo Jakke tartamudeando, pues aquello le había pillado de improviso. ¿Sue atreviéndose a llamarle estando *al lado* de Oscar? ¿Y él no le decía nada?

—Déjalo, no te oye —rió ella—. Oye, que hace muchos días que no hablamos.

—Demasiados —musitó Jakke, sonriendo al escucharla a ella, aparentemente feliz. Pero sintió una punzada de... algo que no supo definir. Porque ella era feliz allí sentada al lado de Oscar, después de todo. Era lo normal, ella con su novio, era lo que esperaba encontrar. Y después de todo lo que habían pasado juntos, sintió que le invadía la tristeza sin poder evitarlo.

—Bueno, pues te comento que me va bastante bien por aquí —dijo Sue, ignorante del torrente de pensamientos de Jakke, que cerró los ojos al escuchar aquello—, y que estábamos pensando Oscar y yo que nada de esto habría sido posible sin ti y sin tu generosidad. Y como nunca has venido por casa,

queríamos invitarte a cenar. ¿Qué dices?

—Gracias, sabes que no tiene importancia y que lo haría mil veces —respondió él, algo sorprendido—. Pero no tenéis que molestaros...

—Insisto —dijo la voz de Sue—. Te lo debo.

—Me encantaría verte, Sue, ya lo sabes... pero... no sé si es apropiado.

—¿Qué tonterías dices? —volvió a reír ella—. Te tengo que enseñar esta casa, es casi una mansión. Una cena agradable... recordar viejos momentos... me encantaría verte.

—Y sabes que a mí también —Jakke sintió que aquella última frase le derretía por dentro—, pero...

—Y además, Oscar y yo queremos proponerte algo que creemos que te va a resultar muy interesante.

—¿El qué? —preguntó Jakke, intrigado.

—Ya lo verás. Oye, si el problema es el transporte, te podemos mandar un coche con chófer que tenemos para ir al aeropuerto y esas cosas. La pena es que no es una chica rubia y con gafas ¿eh? Como aquella que me dijiste una vez que te gustaba. Pero no se puede tener todo.

Jakke se quedó paralizado al oír aquello. Aquella referencia al incidente de Helsinki con la recepcionista del hotel no podía ser casual. Y sin embargo, la había soltado con total naturalidad delante de Oscar. ¿Qué estaba pasando ahí? Sintió entonces que Sue estaba intentando decirle algo entre líneas, pero no supo qué.

¿Estaba metida en problemas?

—De acuerdo, estaré encantado —dijo Jakke tras pensarlo unos segundos. Lo peor que podía pasar era ver a Sue dándose abrazos y mimos con su prometido, como una de esas parejas de novios empalagosos.

Y eso fue todo. Así que a la caída de la tarde Jakke estaba aparcando su coche frente al chalet de Sue y Oscar, reflexionando sobre todo aquello. Se había puesto una chaqueta medio vieja (la única que tenía, recuerdo de una boda años atrás) bajo el grueso abrigo, y había traído una botella de un licor de grosellas que su madre le había enseñado a buscar por los bosques cercanos en primavera, y a fermentar después. Esperaba que todo fuera bien.

La puerta se abrió automáticamente dando paso a un espectacular pasillo decorado en estilo minimalista, con un techo de cristales que dejaba ver el cielo, coloreándose ya de rosa y magenta oscuro. Se escuchaba música jazz al fondo, desde un sitio indeterminado, y Jakke se preguntó si tendría que

encontrar su camino él sólo, pero al cabo de un momento apareció Oscar, vestido con una camiseta y vaqueros.

—Bienvenido, amigo —dijo, afable, estrechándole la mano—, sí que te has arreglado. ¡No hacía ninguna falta!

—Uno nunca sabe cómo acertar con estas cosas.

—No te preocupes. Deja todo eso aquí en estas perchas, verás que aquí hace ya bastante calor. Acompáñame al invernadero y tomamos algo.

Caminaron por el largo pasillo, dejando atrás un par de elegantes salones y muchas macetas de plantas tropicales (¡tenían buena calefacción allí!) para entrar en una estancia acristalada, de donde provenía la música. Docenas y docenas de plantas crecían allí, en medio de un calor agradable pero húmedo, con un olor a tierra mojada que hacía pensar a Jakke en estar en otras latitudes. Las plantas tropicales rodeaban una mesa de jardín hecha de madera y unos bancos con cojines, y a través de los cristales que les rodeaban podían contemplarse los campos nevados alrededor de la casa. Y allí, sentada cómodamente, con un vestido corto de color verde y unas sandalias que podría haber lucido en el Caribe en el mes de junio, estaba Sue. Bella, sonriente, feliz. Sue levantó la mirada del móvil que estaba leyendo, y sus ojos brillaron. Y Jakke olvidó todas sus preocupaciones.

Se sentaron los tres, Jakke al lado de Sue, y Oscar al otro lado de la mesita de madera, y estuvieron un rato charlando sin más consecuencia. Ya estaba bastante oscuro al otro lado de los cristales y algunas estrellas comenzaban a aparecer entre las hojas de las palmeras más altas, por encima de sus cabezas, así que encendieron unas velas sobre la mesa. Jakke les ofreció entonces la botella de su licor casero y sus anfitriones la aceptaron encantados, aunque ya tenían una botella de vino blanco abierta.

—Para después de la cena —sugirió Oscar, mientras le servía a Jakke una copa.

Sue le estuvo detallando un rato a Jakke sus progresos recobrando su vida anterior, su reincorporación al trabajo... Oscar le explicó que Sue era un gran valor para su empresa de investigación biomédica y que se alegraba mucho de tenerla de vuelta. Sue reconoció que estaba empezando a tener pequeños recuerdos sobre algunos detalles, pero que era muy complicado y no sabía si alguna vez acabaría por recuperarse del todo; de todas formas el estar allí,

dijo, le venía muy bien.

—No creas que tu amistad, Jakke, no ha ayudado —dijo Oscar, mientras Sue se acercaba a Jakke y le pasaba un brazo por los hombros cariñosamente. Él sonrió nervioso ante tal acto de familiaridad delante de su prometido, pero Oscar no pareció molestarse ni nada parecido.

—A mí me caes súper bien —confirmó ella, dándole un beso en la mejilla—. ¡A veces pienso que, de tener que elegir, no sabría con cuál de vosotros dos quedarme!

Los tres rieron, aunque la de Jakke fue una risa un poco desconcertada. Precisamente Oscar le había advertido, durante su conversación confidencial, contra la posibilidad de que aquello ocurriera, y por ello temía su reacción, ¡pero él estaba allí tan tranquilo, riendo como todos! Todos se sirvieron otra copa de vino fresquito después de aquello, porque si ya la temperatura era alta en aquel lugar, a Jakke le daba la impresión de que había subido cinco o seis grados de repente.

—Sí, no os riáis —añadió Sue tras una mirada cómplice con Oscar—. Cada uno de vosotros sois importantes para mí en un sentido diferente. Tú eres mi jefe y también mi novio, y me tienes aquí viviendo en una casa de ensueño, pero eres un desastre cocinando y manteniéndola en orden. Tú, en cambio, eres más casero, te he visto cocinar y lo haces de maravilla, y cuando estuve en tu casa me trataste como a una hermana. Y eres tan guapo...

—Por favor, Sue —rió Jakke—, vas a avergonzar a Oscar...

—No, para nada —respondió Oscar, recostándose en su banco con su copa en la mano, y preparándose para lo que pudiera pasar—. Me gusta que Sue sea sincera. ¡El vino quita la timidez!

—Y cuando te tengo a mi lado —continuó ella, mirando a Jakke muy de cerca— se me ocurren ideas...

De improviso, Sue acarició con su mano la barba de Jakke y la giró para que quedara frente a su propio rostro, y le dio un largo y sensual beso en los labios. Él abrió mucho los ojos y trató de apartarse de forma refleja, pero Sue no lo soltó.

—Interesante... —murmuró Oscar, complacido, contemplando cómo Sue seguía comiéndole la boca a Jakke, que se dejaba hacer pacíficamente, quizás por efecto del delicioso vino blanco, o quizás porque en el fondo le gustase lo que estaba ocurriendo.

Jakke levantó una mano para acariciarle el pelo a Sue, pero ella se puso en

pie y, con otra mirada cómplice a Oscar, se sentó a horcajadas sobre las rodillas de Jakke, que tuvo que dejar la copa en la mesa a toda prisa para no tirarla. Sue comenzó a mordisquearle a Jakke una oreja, despacio, con calma, y éste cerró los ojos con expresión de éxtasis. Al ver a Sue y a Jakke en tal posición, Oscar se removió en su asiento, excitado: su cara expresaba que aquello era algo que no había podido imaginar jamás, y se levantó para sentarse en el banco opuesto, al lado de la pareja. Jakke ya tenía sus manos en las caderas de Sue, que seguía besándolo en el oído y en el cuello, lentamente, con parsimonia, mientras pegaba todo su cuerpo al de él.

Oscar se sentó, pues, a unos centímetros de ellos, y se humedeció los labios con la lengua mientras miraba a Sue y a lo caliente que estaba, y pensando en que ya era su turno para...

—Lo siento —exclamó Jakke súbitamente, apartando a Sue con las manos—. Lo siento. Para, Sue, por favor.

—¿No te gusta así? —dijo ella, con coquetería.

—Levanta, por favor, Sue —insistió ante la cara desconcertada de sus anfitriones—, no estoy... esta situación es muy extraña.

Sue se puso en pie, dejándolo libre. Jakke se levantó y dio unas vueltas por el invernadero, tratando de pensar.

—Escuchad, chicos, yo... no creo estar preparado para algo así. Necesito... pensar, no sé.

—Creí que esto te gustaría —respondió Sue, recolocándose el vestido, arrugado por las manos de su amigo. Pero él la miró de forma extraña, como si no la conociera, y salió del invernadero, perdiéndose por el pasillo de la casa.

—Tranquila, hablaré con él —dijo Oscar, levantándose a su vez y yendo tras su invitado, dejando a Sue sentada con su copa de vino, colocándose un tirante del vestido que se le había deslizado por el brazo. Pensativa.

—¿Estás bien? —dijo Oscar golpeando suavemente la puerta. Se abrió al cabo de un instante: Jakke había estado lavándose la cara con agua fresca—. Oye, tío, lo siento si te ha incomodado la situación.

—Pues... un poco —confesó Jakke—. La verdad, no me esperaba esto de Sue ni de ti, y a lo mejor no he reaccionado bien... o como vosotros esperabais. Igual no debí venir.

—Oye —Oscar se puso la mano en el pecho—, por favor, no culpes a Sue

de nada de esto. Todo ha sido cosa mía; no sé, quería probar algo diferente con ella, algo un poco más pícaro, y se me ocurrió esta idiotez. Le conté la idea de probar algo los tres juntos y a ella no le pareció mal. Es curioso, yo pensaba que vosotros dos os gustabais, en ese sentido de... algo más.

—Creo que aún está un poco confusa —opinó Jakke, cauteloso tras escuchar aquellas últimas palabras—. Son muchas cosas, muchos cambios. Ella quiere experimentar cosas nuevas, no recuerda su pasado y... no sé si será bueno para ella dejarse llevar tanto. Tenemos que pensar en su bienestar.

—Igual tienes razón. Es una chica genial.

—Es una chica genial —repitió Jakke, mirando por el pasillo hacia el invernadero—. Pero en este momento de verdad que creo que debo irme. Gracias por la sinceridad, Oscar. Siento no ser esa clase de chico que esperabais...

Oscar despidió a Jakke en la puerta de la casa, con un apretón de manos frente a su todoterreno, y volvió a donde estaba Sue esperando, en el invernadero, con las velas medio consumidas ya.

—¿Se ha ido? —preguntó ella nada más ver a Oscar, con el brillo de las velas reflejado en sus ojos.

—Sí, se ha ido. Al final parece que no fue una buena idea. Y lo siento más por ti, por todo lo que te gusta. Se nota. Y se nota que a él le gustas también. Pero creo que esto ha sido una línea roja para él.

—No puedo dejar que se vaya así sin más. Tengo que pedirle perdón — Sue se levantó e hizo resonar sus sandalias por el pasillo, corriendo hacia la puerta. Oscar la miró alejarse mientras se servía otra copa de vino, acabando la botella. En fin, se dijo encogiéndose de hombros, habría sido divertido.

Sue abrió la puerta de la casa y allí estaba aún el todoterreno de Jakke, con el motor arrancado y las luces encendidas. Ella no prestó atención al frío de la noche ni a la nieve que cubría el jardín: dio unos pequeños saltos con sus sandalias sobre la capa de nieve hasta la puerta del acompañante y la abrió, sentándose dentro.

—Jakke... —le dijo.

—Corre, ponte mi abrigo sobre las piernas —exclamó él—. ¿Cómo sales así? Por todos los santos. Da igual, la calefacción ya está empezando a funcionar, pon las manos ahí.

—¿Los has encontrado?

—Justo donde me dijiste al oído mientras me besabas: estaban todos los papeles y tu bolsito, todo detrás de la rejilla. Casi me da un ataque, muchacha. Los tengo ahí atrás, detrás de mi asiento. ¿Estás segura de esto?

—Del todo —afirmó Sue sin titubear.

—Pues ponte el cinturón. Al amanecer podemos estar en Helsinki. Por el camino llamaré a mi hermana y a su novio: quedaremos allí con ellos.

—¿Qué tienen que ver ellos? —preguntó Sue, intrigada.

—No quiero que estén en casa durante los próximos días; pero además hay otro motivo. Ya lo verás. Todo va a salir bien, te lo prometo. Ahora agáchate y tápate con el abrigo, corre, que no te vean.

Al pasar por el puesto de seguridad, los guardias saludaron amables al invitado que abandonaba la casa, sin sospechar nada en absoluto. Jakke no sabía de hasta dónde serían capaces de llegar de haber sabido la carga oculta que llevaba, pero prefería no averiguarlo: recordó lo que le había contado el novio de Anni.

—¿Y tú, estás seguro de esto? —quiso saber Sue al cabo de unos segundos, sentándose normal, mientras el coche tomaba el camino de salida hacia la carretera.

—Sí, pero... casi me hubiera gustado quedarme un rato más, media horita más tan sólo, y ver de qué eras capaz —fue la respuesta de Jakke, mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

—Idiota —respondió ella, dándole un suave codazo, mientras se alejaban de allí para siempre. Sólo se permitieron parar el coche para darse un rápido abrazo, cuando estuvieron a cuarenta kilómetros al sur, y nada más.

Ya habría tiempo.

Capítulo 25

Los siguientes tres días transcurrieron como en una niebla. Se alojaron sin llamar la atención en la casa de un amigo de Juha, el novio de Anni, que también era periodista y vivía a las afueras de Helsinki, y les trató muy bien. Durante el primer día vinieron unas cuantas visitas, amigos que trabajaban en periódicos locales, una prima del dueño de la casa, que daba clases de ruso en una academia, y entre todos examinaron los documentos de Sue entre cafés y pizzas, y tomaron nota de todos los detalles de lo que ella les explicó. En efecto, todo aquello parecía sugerir que alguien en el ejército de Rusia estaba interesado en desarrollar aquellas armas biológicas, aparentemente para causar amnesias selectivas entre grupos de disidentes, o personas no gratas al gobierno.

Sue era una prueba viva de ello: les explicó cómo estaba convencida de que Oscar acabó por probar uno de esos compuestos directamente en ella, para que no hablara y dijera lo que sabía. Sin embargo, no les contó su convicción de que, como efecto secundario, su deseo sexual se había visto incrementado a unos niveles que hasta a ella la asustaban: aquello lo sabía sólo Jakke por el momento, pero estaba dispuesta a contarlo también si en el futuro hiciera falta.

Los colegas de Juha quedaron impresionados por aquellos documentos, y a las pocas horas los periódicos locales empezaron a publicar la noticia, mientras todos sus amigos hicieron lo propio en las redes sociales. Al día siguiente empezaron a escribirles de medios más serios, preguntando si era cierto lo que estaban contando de la misteriosa fábrica y de los rumores de animales sin memoria. Pronto todo se hizo viral, y las páginas escaneadas que Sue sacó de los laboratorios acumularon millones de descargas desde todo el mundo.

Y durante aquellos primeros días, mientras se desataba la tormenta, Sue se mantuvo a una distancia prudencial de todo, por su salud mental. Desde la habitación que le habían dejado, miraba por la ventana cómo se reflejaba el sol sobre el Báltico, y se preguntaba una y otra vez si había hecho lo correcto. Y luego se respondía a sí misma que sí... para al cabo de unos minutos

repetirse la misma pregunta. ¿Y si todo resultaba ser falso? ¿Y si era un malentendido? ¿Qué haría en aquel caso?

Pronto sus temores comenzaron a hacerse realidad. El tercer día, la empresa de Oscar publicó un comunicado oficial para “desmontar todos los rumores infundados y de naturaleza anticientífica y pseudo ecologistas”. Sus experimentos con animales eran auténticos, admitían, pero estaban destinados a un mejor conocimiento de las enfermedades mentales.

—Si lo piensas —le comentó a Sue uno de los amigos de Juha, de profesión médico, mientras cenaban una lasaña precocinada en la habitación con Jakke y Anni—, podrían tener razón. Los documentos que nos has traído, aunque inquietantes, no se refieren más que a experimentos con animales. No hay mención alguna a su uso con humanos, y menos aún para su utilización como arma. Aparentemente podrían pasar por... digamos, experimentos éticamente discutibles, eso sí, pero nada que pueda usarse como prueba de un delito.

—Pero —exclamó Sue indignada— ¿y los documentos en ruso? ¿Y el emblema del ministerio de defensa? Leed entre líneas, joder. Si hasta un general me lo confesó todo.

Él se encogió de hombros.

—Yo... nosotros te creemos, por supuesto, pero necesitaremos algo más sólido para convencer a las autoridades. Lo sabes, ¿verdad?

—Seguro que conoces a alguien que esté metido en el ajo —añadió Anni—. Alguien que quiera hablar para apoyar lo que descubriste. Protegeríamos su anonimato, por supuesto, ¿verdad que sí, chicos?

Sue se dio cuenta de que tenían razón; en caso de que a Oscar se le ocurriera presentar batalla, sería la palabra de una pobre amnésica contra la de él. Todo lo que había tenido que pasar, para que quedara en nada.

Así que pensó unos instantes... y al momento se le ocurrió una persona que podría aportar pruebas reales de que aquellos experimentos iban destinados a humanos. Pero ¿podría convencerlo para hablar? Aquello era otro cantar. Entonces miró a Jakke, y lo encontró mirando al suelo, sin decir nada.

Sí, también él lo había pensado. Y, como Sue había previsto, no le gustaba nada la idea.

Pero había que hacer lo que había que hacer...

Sue permanecía dentro del coche, con Jakke a su lado, aparcados cerca de la puerta de la consulta del doctor Paasikivi. Durante toda la tarde iban anotando en una libreta la descripción de todos los pacientes que entraban y salían, hasta que se aseguraron de que ya no debía haber nadie más en la consulta.

Durante toda aquella espera habían hablado muy poco. No era un bonito tema de conversación.

Se acercaba la hora de cerrar y Sue se mordía una uña, nerviosa, sabiendo que tendrían que actuar en breve o perderían la ocasión. Con lo rápido que se estaban desarrollando las cosas, quizás sólo tuvieran una posibilidad. La chica reunía fuerzas en su interior, insegura de cómo debería comportarse. La otra vez había sido tan fácil...

—Mira —indicó Sue en un momento dado— ésa es la recepcionista. La conozco de la otra vez. Ahora es el momento, entonces.

—¿Estás segura de querer ir sola? —murmuró Jakke.

Ella se lo pensó unos instantes. Iba a ser duro para él e intentó ponérselo fácil. No quería mentirle, pero tampoco quería hacer daño a la persona que más la quería en el mundo. Así que se volvió hacia el asiento de Jakke, porque Sue se dijo que aquel chico se merecía al menos unas palabras antes de salir.

—Sólo voy a hablar con él, a intentar convencerle de que conceda una entrevista. ¿De acuerdo?

Él la miró, diciendo mil millones de frases con aquella mirada. Ella sonrió y le acarició levemente la barba con la punta de los dedos.

—Te lo prometo —insistió Sue, esperando en su interior tener la posibilidad de poder cumplir esa promesa. Recordó que antes de salir de casa se había mirado al espejo, fijándose en la camiseta escotada que había elegido conscientemente para aquella visita. Estaba muy sexy, constató, y Sue se prometió mentalmente volver a ponérsela para salir a cenar con Jakke, lo antes posible, cuando todo aquel embrollo acabase.

Pero para eso primero había que acabarlo.

Salió del coche, pues, y subió las escaleras hasta la puerta de la consulta del psicólogo. Jakke la vio llamar al timbre y entrar cuando la puerta se abrió, y suspiró al verla desaparecer en el interior.

Sue echó un vistazo a la máquina de coca-colas del vestíbulo, ahora apagada, antes de entrar al despacho del doctor Paasikivi. Su aspecto le

sorprendió: estaba enfrascado en su ordenador, con los ojos enrojecidos de mirar la pantalla, y tenía el cuello de la camisa desabrochado; su aspecto era el de alguien agobiado, rozando la desesperación. Levantó la mirada al entrar Sue y soltó una risita de sorpresa.

—Ésta sí que es buena —dijo—. No pensé que te enviaran a ti.

—No entiendo —repuso Sue—. Yo he venido sola.

El doctor se la quedó mirando unos segundos, reflexionando.

—Supongo que es verdad. Tienes todo el derecho. Si no eres tú quien se libre de mí, serán los otros. En fin, era cuestión de tiempo...

Aquello pilló a Sue fuera de juego. ¿De qué hablaba?

—No quiero librarme de nadie. Sólo quiero respuestas.

—Si ya tienes todo lo que querías saber —protestó él, casi sin fuerzas—. Ya te dije lo que querías saber. No sé de dónde has sacado el resto que están publicando por ahí, y me da igual.

—No sé nada —fue el turno de Sue para quejarse—. Sólo tengo unos resultados de unas pocas pruebas con cuatro ardillas mareadas. Necesito saber que me pasó *a mí*. Y usted lo sabe.

El doctor Paasikivi se dejó caer hacia atrás en el respaldo de su sillón.

—Qué demonios. Si se va a descubrir todo, al menos que tengas alguna posibilidad de arreglar algo de lo tuyo. Mira, la idea era controlar emociones, siempre lo fue —explicó—. Al menos eso fue lo que me pidieron que evaluara. El sitio evidente era la amígdala, claro; la zona del cerebro enterrada en el hipotálamo que controla nuestras motivaciones. El producto debía bloquear determinadas capas de esas neuronas, pero pronto vieron que no podíamos evitar que la memoria a largo plazo, que anida por esas regiones también, se viera afectada. Simplemente no teníamos la tecnología. Pero al cliente no le pareció mal tampoco.

—¿El cliente? Usted quiere decir...

—Oscar me dijo después —continuó el doctor, ignorando su comentario— que tú empezaste a averiguar cosas que no debías, le amenazaste con hacer aquello público, y de repente se vio en un callejón sin salida. Y creo que su desesperación le llevó a intentar contigo lo que ningún comité de ética nos habría permitido nunca.

—Lo sabía —musitó Sue, con fuego en la mirada—. Y experimentó conmigo y de paso aprovechó para hacerme creer que era su novia y así... acostarse conmigo.

—No fue así, en realidad. Los primeros días fueron muy malos. Me pidió ayuda; estabas en una ansiedad continua, fue muy intenso, casi no podías hablar ni comunicarte, y temimos que fueras a hacer algo horrible. Así que Oscar te construyó un pasado, te llevó a vivir con él, te compró ropa, retocó algunas fotos para que salieras en ellas... para que tuvieras un suelo donde apoyarte, y también para tenerte cerca y poder observarte.

—Claro —le espetó Sue sarcástica, que no veía en absoluto todo aquello como un gesto de humanidad—, y de paso me añadió un poco de deseo sexual desaforado para animar la cosa ¿verdad?

Esta vez el doctor Paasikivi la miró genuinamente sorprendido.

—Entonces, ¿quieres decir que iba en serio lo que me contaste en el barco?

—Del todo. No se haga el ignorante. Cada vez que me dejo llevar por esos deseos, me asaltan recuerdos inquietantes que me dan pesadillas. Han conseguido ustedes volverme una chalada.

—Espera un momento, amiga mía —el doctor levantó las manos, intentando ganar tiempo y comprender—, nosotros no hicimos tal cosa. Quizás sea un efecto secundario por el filtrado del neurotransmisor a través de la membrana inter... pero bueno, eso ya no tiene importancia. Nosotros no preparamos nada de eso: sólo intentar que estuvieras a gusto y olvidaras lo que pensabas hacer. Y funcionó bien durante un par de semanas, pero una noche tuviste una recaída, te escapaste de allí con uno de los coches de la compañía y... bueno, el resto ya lo sabes. Le prometí que nunca te contaría nada de esto, pero creo que ya da igual.

—Ya sospechaba todo eso; pero no me vale —dijo Sue mientras intentaba procesar todo aquello en su cabeza—. Necesito pruebas. Necesito que venga conmigo y cuente todo esto.

—¿Y acabar de destruirme la vida?

—Pues sería lo justo —le espetó Sue—, después de haber hecho ustedes lo mismo con la mía.

El doctor Paasikivi fue a responder, pero algo le hizo detenerse en seco. Miró a la puerta como si reflexionara, con expresión de estar pensando en otra cosa.

—Puedo ayudarte —dijo al cabo de un instante—, pero con una condición. Ven aquí, a mi lado. Rápido.

“Allá vamos” pensó Sue, preparándose para lo que fuera. Hasta aquel

momento aún contaba con no tener que repetir la maniobra del barco con él, pero daba igual: a aquellas alturas estaba dispuesta a todo. Rodeó la mesa y se quedó de pie frente al doctor Paasikivi.

—Ponte de rodillas —ordenó, brusco. Tenía la frente perlada de sudor, y toda la imagen que Sue tenía de él como honrado padre de familia arrastrando a aquel loco plan por culpa de Oscar se acabó de desmoronar. Pero algo había cambiado. La cosa era ahora distinta de lo del *ferry*, muy distinta, y Sue tuvo un momento de duda antes de acceder a lo que el doctor le pedía.

“Así no” pensó.

—De rodillas. Deprisa, niña —repitió él, y ella obedeció despacio, de pronto llena de reparos. “Será rápido. No seas tonta” se repetía una y otra vez Sue, observando el pantalón del doctor mientras se colocaba frente a él. Puso sus dedos sobre la cremallera que debía bajar, haciéndose mil preguntas en su mente, cuando notó el peso de la mano del doctor Paasikivi sobre su pelo, empujándola suavemente, pero con firmeza, hacia abajo.

Sue sintió que perdía todas sus energías en aquel momento. No era así como ella quería hacerlo. Así no era divertido, no era sensual; era forzado, era desagradable. Pensó en Jakke y en su mirada de advertencia, pensó en cómo podría salir de allí. Pero ¿por qué? Recordó el barco, recordó lo fácil que había sido, y hasta le había gustado. ¿Cuál era la diferencia?

Y de pronto cayó en la cuenta: aquella tarde en el *ferry*, mientras el doctor le susurraba palabras calientes al oído, ella había tenido a Jakke a la vista en todo momento, abajo en cubierta. Recordaba el morbo que le había provocado la situación de que él la viera así, pero hasta ahora no había caído en la *seguridad* que su mirada le había hecho sentir durante aquellos minutos. Sentir que no estaba sola, que estaba arropada por aquel chico que en tres segundos podría haber estado a su lado si algo se torcía. Pero ahora ya no era así. Ahora sí que estaba completamente sola.

—No tenemos tiempo para esto —le espetó el doctor, soltando su pelo y metiendo su mano derecha, bruscamente y sin ceremonias, dentro del escote de Sue. Sus torpes dedos se introdujeron dentro del sostén y Sue se asustó al sentir el dolor de un desagradable arañazo en su piel, entre sus pechos. Se apartó instintivamente, indignada, y echó mano a la muñeca de aquel odioso...

—Qué bien se lo pasa el doctor —dijo la voz masculina al otro lado de la mesa— fuera de las horas de consulta. Me pregunto si su mujer no le estará echando de menos en casa.

Sue se quedó helada y agachó la cabeza para ocultarse. Miró bajo la mesa: había dos hombres allí. Sus zapatos eran negros y elegantes y era evidente que habían entrado sin llamar mientras ella estaba absorta en sus pensamientos.

Ahora Sue sintió miedo de verdad.

—¿Quién coño son ustedes? —exclamó el doctor Paasikivi, que había sacado la mano apresuradamente del escote de Sue.

—Venimos a hablar un rato, nada más —comentó el otro tipo—. Por supuesto, si su *paciente* puede esperar a otro día.

—Es mi recepcionista —improvisó el doctor con una voz tensa—. Creo que... ¿mejor... nos vemos mañana, sí, Alisa? Y vemos el tema de tus días libres.

Sue reaccionó rápido. Se puso de pie, fingiendo una sonrisa avergonzada lo mejor que pudo, teniendo en cuenta que estaba muerta de miedo. Pues los dos hombres que se estaban sentando y la miraban con guasa eran jóvenes, elegantes, con aspecto fuerte, pero lo más preocupante: habían hablado con un inconfundible acento ruso.

Lo último que vio Sue antes de cerrar la puerta del despacho tras de sí fue al doctor Paasikivi, mostrando lo que parecía una sincera mirada de disculpa.

Se dio la vuelta y pasó frente a la máquina de coca-colas de nuevo, fijándose por primera vez en la cámara de seguridad que allí había instalada en el techo, apuntando a la puerta de la calle. “Por supuesto”, se dijo, comprendiendo al fin, antes de abrir la puerta para salir afuera y casi chocarse con Jakke, que estaba en ese momento subiendo por las escaleras a la carrera.

—Han subido dos tíos... —comenzó a decir él, pero ella le agarró del brazo, arrastrándolo de vuelta al coche, a toda prisa. Lejos, lejos. Casi sintió pena por el doctor; nada bueno le esperaba con aquellos dos rusos. Arrancaron el coche y se alejaron del lugar, con Sue mirando continuamente por el cristal trasero, hasta que estuvieron lejos de allí y ella estuvo segura de que nadie les seguía. Sólo entonces Jakke se atrevió a abrir la boca.

—¿Qué ha... pasado? —dijo, cauteloso—. Si me lo quieres contar, claro. Yo... no quisiera...

Sue no respondió al momento. Aún estaba aturdida y se sentía bastante mal por lo que había estado a punto de ocurrir allí dentro. Se sentía casi sucia. Y eso que le había repetido tantas veces a Jakke, y a sí misma, que no se detendría por nada a la hora de averiguar la verdad, pero... el recuerdo de aquellas manos sobre su piel ahora le daba escalofríos y le hizo llenar los ojos

de lágrimas. Niña tonta, ¿quién te creías que eras? Tan sólo pensar en lo que hubiera pasado de no haber aparecido esos dos...

Puso sus dedos, reflexiva, justo donde había sentido el arañazo, entre sus pechos. Y entonces, incrédula, sacó de dentro del sujetador el pequeño *pendrive* que el doctor, en el último segundo, le había dejado allí.

Miró de cerca, parpadeando, el diminuto lápiz USB, como si pudiera ver sus contenidos a simple vista.

¿Al final, qué clase de hombre era? Sue no sabía si algún día lo averiguaría.

Capítulo 26

Los compañeros de Sue se quedaron boquiabiertos aquella tarde al leer los documentos que el doctor Paasikivi había guardado en aquel *pendrive*. Sue estaba segura de que el hombre llevaba horas o días planeando escapar con todas aquellas pruebas, en vista del escándalo que se avecinaba, y sólo por pura desesperación se lo dio a ella justo antes de que llegaran los rusos. A Sue le dolía no haber podido hacerle hablar frente a algún periodista, pero aún le dolía más sospechar lo que aquellos rusos pudieran hacer con él. Por algún motivo, se sentía culpable.

—Creo que me salvó —le confesó a Jakke aquella misma tarde, abrazada a él, como buscando refugio—. Estoy segura de que los vio llegar por la cámara de seguridad, y al aparecer ellos, fingió rápidamente que yo era su secretaria y que le estaba haciendo una mamada. Y *no, no se la estaba haciendo*, Jakke, no pongas esa cara. Pero lo importante es que ellos no me reconocieron y me dejaron ir.

—Yo que tú no saldría mucho de casa, de todas formas —respondió él—. Has sido muy valiente.

—No te creas —murmuró ella, y poco más hablaron del tema. Permanecieron abrazados, juntos, durante todo el resto del día, y nadie los molestó. Pero a pesar de la intimidad de la que disfrutaban, nada mínimamente apasionado ocurrió en aquella buhardilla; Sue estaba aún como obnubilada, casi traumatizada por lo que acababa de ocurrir. Se aferró al cuerpo cálido de Jakke, pero no sintió deseo de nada más; por una vez, aquella necesidad de sexo salvaje que venía sintiendo desde que conociera a aquel hombre se había desvanecido, y Sue tuvo miedo de que fuera permanente. Se sentía vacía, se sentía desorientada, y además se sentía no poco culpable al ser consciente de la tormenta que acababa de levantar ella solita. Habría gente investigada, seguramente gente detenida, muchas personas perderían su trabajo... no es que lo lamentara, por supuesto, pero no podía evitar que se le encogiera el estómago de la tensión, y que el peso de todo aquello le cayera encima como una enorme roca sobre una pequeña musaraña de Laxan.

Pero mientras todo aquello se desataba en su interior, también notaba que

aquel tímido granjero del norte de Finlandia, al que había arrastrado a mil locuras impensables en su tranquila vida rural, no hacía otra cosa que abrazarla en silencio y protegerla, y eso la llenó de bienestar infinito. No echaba en falta, pues, nada más.

Así que hizo caso del consejo de Jakke, y permaneció en la casa todo el tiempo durante los siguientes días, mientras las nuevas pruebas comenzaban a circular y levantaban la gran polvareda que esperaba. Él estaba a su lado casi todo el tiempo, hablando de cualquier cosa, pero evitando sacar a colación el tema de la divulgación de los documentos y las pruebas de las que todo el mundo hablaba. Y es que Jakke percibía perfectamente la incomodidad de Sue cuando alguien le contaba algún detalle nuevo, como cuando el embajador de Rusia negó todo conocimiento del asunto, o cuando se anunció que el ministerio de sanidad finlandés al fin iba a pedir explicaciones sobre el asunto a la empresa de Oscar.

Sólo hizo Sue un comentario, cuando subieron Anni y Juha a decirle que un conocido periódico nacional quería conocer a la persona que había hecho la filtración, para hacerle una entrevista.

—No quiero que todo el país esté pendiente de mi cabeza, de mi amnesia, de lo que han hecho conmigo —dijo con firmeza—. No quiero que todo el mundo opine de mí, o de si estoy loca o no, o que entren en mi vida privada.

—Pero sería respetuoso —insistió Juha.

—Nunca lo es —le interrumpió Jakke—. Dejemos que los datos hablen por sí mismos y que la verdad salga a la luz con ellos. No dejaré que hagan más daño a Sue.

Sue lo miró entonces con gratitud infinita. Sabía que se moriría si su nombre y su vida y sus trapos sucios empezaban a ser comentados por millones de desconocidos, muchos de ellos con mala fe. Sabía que los rusos tenían gente dedicada en exclusiva a eso, a difundir noticias falsas o exageradas con tal de salir bien parados de aquel escándalo. Eso si no recibía antes una visita de aquellos dos siniestros agentes, claro.

También sabía perfectamente que no pocas personas cuestionarían su comportamiento, su traición a la empresa, a su novio, incluso podrían ir a por su amistad con Jakke. Y Jakke también había pensado en ello, por eso él alargó la mano para agarrar la suya y transmitirle su apoyo.

—De hecho —añadió Jakke, mirándola, cuando los demás se hubieron ido —, creo que lo mejor es quitarnos de en medio un tiempo. Voy a llevarte de

vuelta a España una temporada: me parece que te hará bien.

—Pero no conozco a nadie. No sé quién soy allí. Incluso mi documentación seguramente sea falsa.

—No te preocupes ahora de eso. Estarás tranquila, alejada de todo esto, y nadie te molestará; y una vez allí, con calma y con discreción, buscaremos quien te ayude. Tengo algún dinero ahorrado por ahí que nos permitirá pasar unas semanas fuera.

Sue sonrió ante la idea. No se le había ocurrido. ¿Recordaría más cosas estando allí, en su país de origen? Seguro que sí, el calor y el sol contaban como sensaciones placenteras. Pero ¿no echaría de menos la nieve? ¿No echaría de menos nada?

Y supo que no: que si Jakke estaba con ella, no iba a extrañar absolutamente nada. Ni aunque vivieran en medio del desierto del Sáhara.

Capítulo 27

Y así fue como, a los pocos días, supieron que la policía registró el complejo de investigación, después de que la opinión pública y las redes sociales no pararan de hablar del tema, y detuvieron a Oscar para ser interrogado. Curiosamente, no pudieron sacar mucha información de él: había sufrido un súbito trastorno psicológico que, al parecer, le había provocado una pérdida de memoria muy importante. Los médicos que se encargaban de él no encontraban una explicación, pero las malas lenguas y los blogueros expertos en teorías de la conspiración miraron rápido hacia Rusia y sus servicios secretos. Parece que le habían dado a probar, literalmente, de su propia medicina.

—Que alguien se la mame —comentó Sue, desdeñosa, cuando se enteró— y quizás tengan suerte.

—Qué borde eres —dijo Jakke riendo, tumbado a su lado en una hamaca. Las olas balanceaban suavemente el pequeño barco en el que se encontraban, fondeados frente a una cala de Ibiza. El único ruido era el chip-chop del agua contra el casco del barco, que les arrullaba como en una enorme cuna. Sobre ellos, las nubes sonrosadas del atardecer reflejaban el sol que ya se acercaba al horizonte. Seguramente, había dicho Jakke horas atrás mientras leía una guía de viajes, en agosto aquel lugar habría estado atestado de barcos y motos acuáticas y gente gritando: pero en mayo el mar era todo para ellos.

Aquellos últimos días había lucido el sol y la temperatura había sido agradable en las islas, y Sue se animó a ponerse un bikini por primera vez en muchos meses. Jakke también se había comprado unas bermudas, encantado de poder disfrutar de aquel clima, pero, temiendo quemarse su nórdica piel con el sol del Mediterráneo, también llevaba una camiseta.

—En serio, eso ayudaría. Una buena mamada. Lo digo por experiencia —respondió Sue al cabo de unos segundos—. Aunque hay maneras más rápidas, parece: me ha llamado antes el tipo de Boston.

—¿El que nos recomendó la embajada americana? —exclamó él— ¿Te ha llamado? ¿Cuándo ha sido?

—Mientras estaba en el hotel y tú bajaste a alquilar la lancha —explicó

ella tras tomar otro sorbo de vino blanco de la copa que tenía a su lado—. El tipo estaba muy interesado en que nos mudáramos allá lo antes posible, y me aseguraba que ponía todos los medios para garantizar nuestra seguridad. Y me ha estado explicando acerca del equipo de neurólogos de la universidad de Harvard que él lidera, que asegura que tienen un método que están probando para revertir la amnesia de este tipo.

—Todo resuelto, entonces —celebró Jakke—, aunque para ello hayas tenido que revelarles en parte quién eres. Espero que sepan guardar bien el secreto.

Sue dejó su vista vagar durante un rato por el paisaje de acantilados que les rodeaba.

—No creerás que esto lo hacen por amor al arte —comentó al fin—. Quieren hacer lo mismo que los rusos. Enterarse de todo lo que yo sé, y si no surte efecto, al menos estudiar lo que le ha ocurrido a mi mente, para hacer ellos algo parecido. No olvides que esto que hacía Oscar no era otra cosa que un arma, al lado de las cuales un misil nuclear es un tosco juego de niños. Ahora soy una especie de secreto industrial. No me convence, vaya.

—Tu psicólogo —exclamó Jakke, atando cabos—. ¡Quizás los rusos se lo llevaron por el mismo motivo! Igual no le han hecho nada malo, solamente lo tienen allí para trabajar. Como cuando se llevaron, unos y otros, a los alemanes expertos en cohetes durante los años cuarenta.

—He pensado lo mismo. Por eso no quiero prestarme a eso, aunque sean americanos los que me lo hayan ofrecido. Temo que tengan motivos ocultos, aunque sean majos y me aseguren que tienen un posible remedio para lo mío.

—Pero ¿qué más te da si es así? Pensé que querías curarte lo antes posible...

—Pues ya no estoy tan segura.

—¿Y eso? —dijo Jakke, perplejo.

—Hay muchos malos recuerdos del pasado que me aguardan. Ya he experimentado alguno.

—Y también buenos. Eso no lo sabes. Tu familia, tus amigos, la gente que antes solía cuidar de ti, todos andan por ahí, en alguna parte. Hasta tenemos esos teléfonos y direcciones que nos dio la embajada, y a los que te has negado a llamar. No me digas que ya no tienes curiosidad.

El largo pelo oscuro de Sue ondeó al viento unos instantes antes de que ella contestara.

—No sé, la verdad. Lo de mi familia, especialmente... me estoy pensando muy en serio si realmente quiero contactar con ellos, saber qué ha sido de toda esa gente. Es que hay otra cosa de la que hemos hablado ese tío de Harvard y yo: me ha vuelto a preguntar si había notado otros cambios en mi comportamiento en estos meses, y bueno, he sentido que debía contarle algo más. Por si pudiera ayudar... y le he dicho que me sentía extraña, ya sabes, por ese deseo de sexo que me entra a menudo.

—Pero yo no creo que eso sea raro.

—Bueno, yo sí. A mí me estaba inquietando, qué le voy a hacer. Y entonces este hombre me ha dicho algo que no sabía: que ese lo-que-fuera que Oscar me dio para provocarme la amnesia, *no puede*, de ninguna manera, hacer que mi deseo sexual cambie. No puede volverme lesbiana ni ninfómana ni nada parecido. Como tampoco puede hacerme vegana o comunista o zurda. Esas cosas van en la personalidad, es algo más profundo. Es como la hipnosis: no puedes hacer algo que no harías en condiciones normales por tu propia voluntad...

—Entonces...

—Entonces, debe ser que yo *siempre* he sido así de ardiente, o apasionada, como quieras llamarlo. En mi interior soy así, no hay más. Es mi carácter desde siempre y tengo que admitirlo.

Jakke se acercó un poco a ella, haciendo que la pequeña lancha se balanceara un poco durante unos instantes. Pensó que estaba preciosa con aquel bikini, tenía aquel cuerpo de ensueño que le volvía loco; pero sobre todo, estaba hermosa, feliz y relajada, por primera vez en mucho tiempo. Quiso darle un enorme beso, acariciar su negra melena, sentir su piel suave contra la suya, pero... dudaba en dar aquel paso. No estaría bien, en aquellos momentos en que ella se sentía insegura de sus propias emociones. Se limitó a contemplarla, pues, y a prometerse a sí mismo que iba a cuidarla como a un pequeño tesoro.

—Así que —dijo Sue tras un momento de reflexión—, supongo que si tengo esos sentimientos encontrados es por algo de mi pasado. Una vez más, todo vuelve ahí. Quizás es que tuve una pareja muy controladora, o una familia muy conservadora, o un entorno de amigos que me miraban mal cuando me ponía a tontear con alguien o era descarada, y me dejó ese poso de

intranquilidad en mi interior que me sale cuando, bueno, cuando soy yo misma y me dejo llevar. Coartaban mi libertad y me hacían sentir extraña. Todo eso está ahí, enterrado muy profundo dentro de mi memoria.

—Y la amnesia provocada por...

—Me liberó. Sí, suena feo, pero eso al menos se lo tengo que agradecer al idiota de Oscar. Al hacerme olvidar esos prejuicios, me devolvió parte de mi antigua personalidad, de mi auténtico yo. Es toda una paradoja ¿verdad?

Una gaviota pasó volando por encima de ellos dos mientras el sol rozaba ya el horizonte. Era un momento ideal para sacarle una foto a la fantástica puesta de sol, pero ni Sue ni Jakke tenían ganas de ponerse a buscar el móvil en la mochila. Así que se quedaron unos minutos en silencio, disfrutando juntos del momento.

—Pues tienes un dilema, pequeña —le dijo Jakke, mientras se ocupaba de teparle a Sue las piernas con la toalla, ahora que el sol desaparecía y la temperatura se hacía más fresca poco a poco—. Si aceptas la oferta de ese científico americano, y dejas que te trate, puede que recuperes tu memoria rápidamente... pero a cambio, junto con toda tu vida anterior, regresarán de golpe todos esos malos rollos del pasado que habías dejado atrás. Pero si no...

—Si no —continuó ella—, será mucho más lento. Lo sé. Puede tardar años mientras van surgiendo los recuerdos.

Jakke se tumbó en su colchoneta, boca arriba, y contempló el cielo sobre él. Entonces, sin previo aviso, donde estaba el cielo apareció el rostro de Sue, que se había puesto de pie en la cubierta de la lancha. Ella echó un vistazo a su alrededor, contemplando durante un momento, sin prisa, el mar a su alrededor y las rocas del acantilado, y las estrellas que, una tras otra, comenzaban a dejarse ver. Disfrutando del paisaje, pero también asegurándose de estar completamente solos en aquel lugar.

Entonces, satisfecha, se quitó la parte de arriba del bikini con un rápido movimiento, y lo tiró sobre la cubierta. Sintió el aire fresco de la tarde sobre la piel de sus senos, y respiró hondo antes de quitarse también la parte de abajo, y sentarse, ahora totalmente desnuda, a horcajadas sobre el bañador de un sorprendido Jakke.

—Pues yo prefiero hacerlo con mi método —le susurró Sue al oído, mientras se fundía con él una vez más.

